

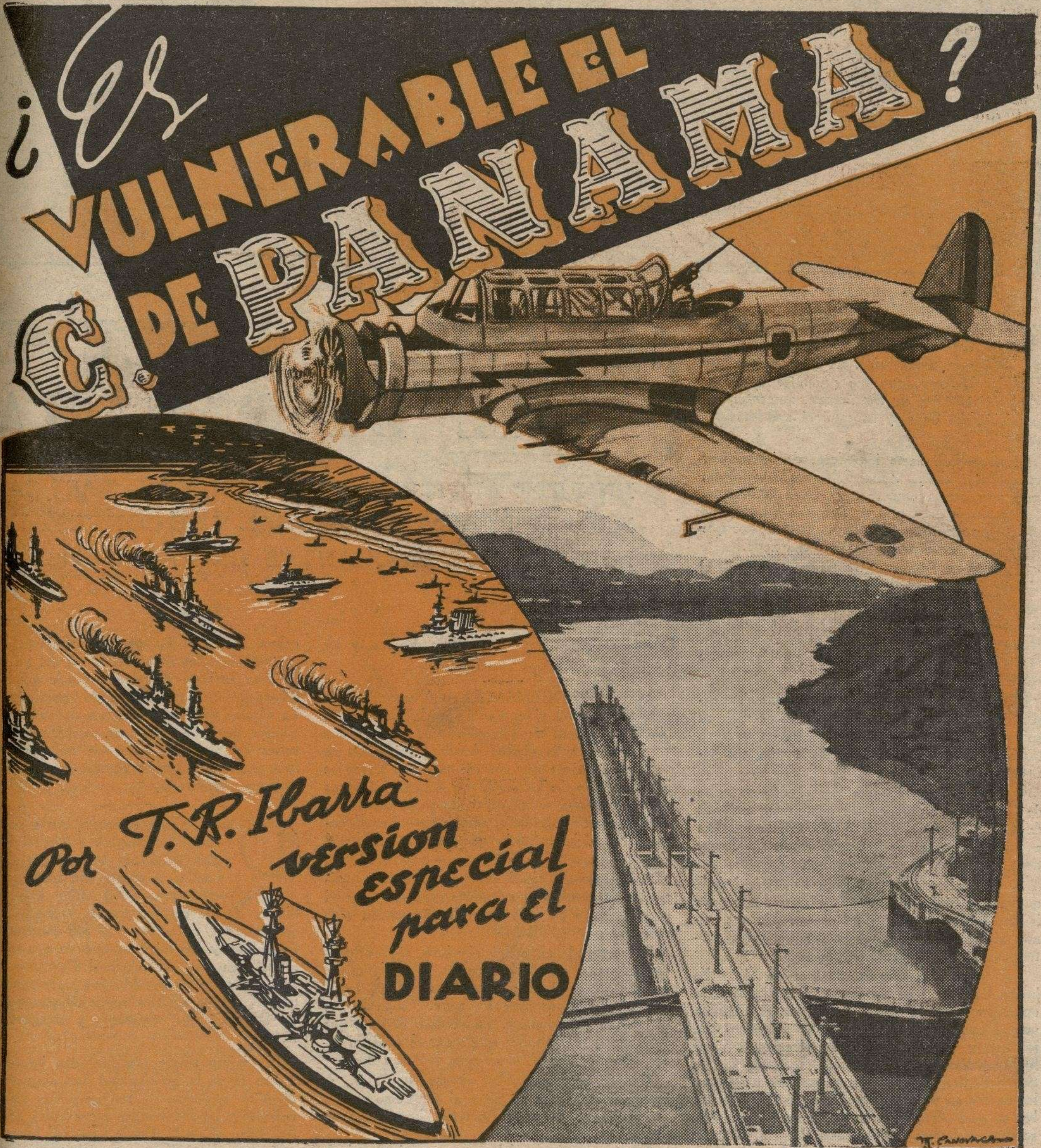
DIARIO

Decano de
la Prensa
de Cuba

DE LA MARINA

Sección dominical
Literatura-Amenidades
Reportajes-Colaboraciones
exclusivas de Europa y
America

Habana, 30 de Abril, 1939





Un detalle del Corte de Culebra, cerca de la esclusa de Pedro Miguel

LA Zona del Canal contará pronto con defensas que la harán punto menos que invulnerable. La Ley Nacional de Defensa, que fué promulgada recientemente en Washington, aumentará la guarnición del Canal y consolidará sus fortificaciones.

La necesidad, harto imperiosa, de intensificar las defensas de la Zona del Canal, es obvia. Cada vez que la escuadra del Pacífico se traslada, a través del Canal de Panamá, a aguas del Atlántico o viceversa, claman los técnicos por que se dé una mayor protección a dicha zona.

El Canal de Panamá es—¿quién lo duda?—el eslabón más importante, por no decir vital de la seguridad de la nación yanqui. Esto no se le oculta a nadie, y menos al pasajero que, a bordo de un buque mercante, hace la travesía de esa ruta de enlace entre los dos océanos que bañan las costas de Norteamérica.

El canal propiamente dicho tiene unas cincuenta millas de largo y atraviesa un istmo—el de su nombre—de selvas semivirgenes. De trecho en trecho se avega en lagos, que tienen sus esclusas y sus diques.

Cuando el pasajero pasa por el angosto corte de Gaillard o espera en las gigantescas esclusas de Gatún, Pedro Miguel o Miraflores, empieza a comprender la importancia incalculable que tiene esa línea de comunicación.

Si no existiese el Canal de Panamá, habría que dar un viaje de 13.000 millas por mar para ir de Galveston a San Francisco. Sin ese canal, sería imposible que una sola escuadra protegiera las costas yanquis.

La travesía del canal dura cerca de ocho horas. Cuando se va del Atlántico al Pacífico, se entra en la bahía de Cristóbal; luego remonta uno el canal hasta las esclusas de Gatún, donde los barcos son elevados desde el nivel del mar hasta el nivel de las aguas del Lago de Gatún. Se cruza después ese lago y nuevamente entran los barcos en un canal, hecho por mano de hombre y, pasando por el famoso corte de Culebra, se llega a la esclusa de Pedro Miguel. Allí son descendidos los buques al nivel del lago de Miraflores. El resto de la travesía es fácil de hacer.

¿ES VULNERABLE EL CANAL DE PANAMA?

EN ESTE ARTICULO SE EXAMINAN LAS CARACTERISTICAS DEL CANAL Y SE CONTESTAN MUCHOS INTERROGANTES DE SU DEFENSA.—

Pronto se llega, por el canal, a Balboa y al Pacífico.

APARENTEMENTE, no hay nada más banal ni corriente que la travesía del Canal de Panamá. Sólo cuando uno estudia ciertos detalles, tomando en cuenta que en ese pequeño tramo se han invertido 300,000,000 de dólares en obras de construcción, en maquinarias y en ingeniosos dispositivos de ingeniería, acierta uno a comprender toda la importancia que tiene la Zona del Canal.

A lo largo del canal hay una perfecta organización de hombres y máquinas gracias a la cual es el tránsito por esa ruta de navegación algo rutinario hoy en día.

En medio de un orden absoluto, sin estridencias algunas, remolcan locomotoras eléctricas a los barcos por toda la zona del canal. De cuando en cuando se oyer un silbido, seguido por el repique de campana. En verdad, dijérase que los barcos, por grandes que sean, se deslizan solos, cual fantasmas silenciosos, por el canal.

Cuando se llega a las alturas de Gatún, se recibe siempre una sorpresa al ver cómo se eleva el barco, en pocos minutos, hasta el Lago del mismo nombre.

El procedimiento del paso por el Canal de Panamá se caracteriza por su tranquilidad, su

calma... En todas partes reina una limpísima perfecta bajo los rayos candentes del sol tropical. Ahí, en la zona del Canal, puede admirarse la última palabra en materia de ingeniería. Se ve en efecto, toda una sucesión de milagros de técnica moderna, acres de maquinarias, series de viviendas para los millares de obreros que manipulan ese engranaje y, por doquier, acero y más acero.

CURRE, sin embargo, que a pocos centenares de metros del canal hoy hay montañas tan densas, tan impenetrables, que uno se pregunta, sin quererlo, si es el corazón del Africa. Desde las montañas de los buques pueden contemplarse las montañas vírgenes siniestras. Por allí pasaron Napoleón y sus hombres cuando avanzaron por el Darién para descubrir el Pacífico; por allí pasaron Sir Henry Morgan y sus sanguinarios piratas en su marcha sobre la antigua ciudad de Panamá, que saquearon y redujeron a cenizas.

El viajero recibe también otra impresión de la zona: la de la invisibilidad casi absoluta de miles de soldados, de las innúmeras baterías de cañones y las incontables escuadrillas aéreas que defienden el canal. Desde Cristóbal hasta Balboa está defendido el canal por baterías anti-aéreas ocultas en la jungla y, en mitad de la selva,



...ros en los que escuadrillas de aviones de combate esperan una sola señal para remontarse a los aires y repeler cualquier ataque. Nadie—exceptuando a las autoridades militares—sabe dónde están enclavadas las principales defensas de la Zona del Canal. El secreto que envuelve esos detalles militares es impenetrable. Las principales fortificaciones son las de Randolph y Sherman, en el extremo del canal que termina en Colón y cerca del Pacífico se ocultan los fuertes de Davis y Amador. Pero el turista, por sagaz y acucioso que sea, no advierte la presencia de esas fortificaciones.

La importancia económica del Canal de Panamá se desprende del hecho de que por él pasa casi tanto tonelaje como por el de Suez. Durante el año fiscal de 1937 cruzaron el canal 5,300 buques. En caso de emergencia, podrían enclavarse en los Estados Unidos de Norteamérica armas y material de guerra de la costa del Atlántico a la del Pacífico, o viceversa, por tren. La protección de ese eslabón primordial del problema de la defensa de Norteamérica ofrece dificultades casi insuperables. Los expertos temen con la posibilidad de que las entradas del Canal sean objeto de ataques navales directos. Por ello fué aumentada, no hace mucho, la artillería de la costa en ambas salidas. El Canal de Panamá puede ser, además, víctima de otros varios ataques. Las autoridades piden, por ejemplo, que se incrementen las defensas anti-aéreas de la zona vulnerable y abogan porque se construya una red de caminos estratégicos a ambos lados del canal.

El Gobierno de Panamá ha construido ya una carretera que llega casi hasta la frontera de Costa Rica.

Un ataque por el Atlántico será, según estiman los expertos, más difícil que un ataque por el lado del Pacífico. Los yanquis cuentan, en efecto, con la base naval de Guantánamo y la estrechez de los pasos de Puerto Rico y de las Islas Vírgenes permite, además, que se vigile y se defiendan mejor el acceso al Canal de Panamá.

El Gobierno de Washington no afirma que el Canal de Panamá es invulnerable. Sin embargo, no es tan fácil de atacar como comúnmente se cree. Un ataque que paralice el canal tendría que verse precedido, famosamente, por la captura del mismo. Ni siquiera en el caso, haría improbable, de que un enemigo bombardeara las esclusas de Gatún, pongamos por caso, faltaría el agua en el canal.

Los actos de sabotaje serán, asimismo, sobremodo difíciles de realizar. Primero, porque el canal está muy vigilado, aunque no lo parezca y, segundo, porque no puede destruirse una gran

represa en un par de horas. Las esclusas funcionan con energía hidroeléctrica de Gatún y Madden, pero si esas plantas llegaran a ser destruidas, podrán funcionar las esclusas a vapor con carbón. La destrucción desde los aires no será, tampoco, cosa fácil. Las defensas entrarán, naturalmente, en acción y ya se han hecho ciertos experimentos que demuestran que las partes más vulnerables del canal pueden ser ocultadas por cortinas de humo.

(Cortesía del "N. Y. Times").

Margarita, voy a contarle la historia de JUANA

por Kathleen NORRIS

«La vida no es justa» me escribe una muchacha provinciana. ¿Por qué la gente mayor no nos dice esto? Sería más fácil sobrellevar esta existencia si de niñas no nos hubieran inculcado la idea de que tarde o temprano vendrá nuestra oportunidad y que una joven buena no tiene por qué inquietarse.

«Tengo 19 años —agrega— y he pasado cinco de ellos devorada por ambiciones. Soy pequeña y no particularmente bonita, pero no mucho peor que las que pasan por tales. Me desempeño bien en un escenario, he sido buena actriz en el colegio, sé de música y me expreso bien. Vivimos en una casa de seis piezas en una ciudad de 10.000 habitantes. Trabajo en la oficina de teléfonos; nuestros jóvenes concurren a colegios mejores, fuera de nuestra ciudad; nuestras fiestas sufren siempre del desequilibrio de tener demasiadas muchachas para los jóvenes.

Tengo buenos amigos y mejores padres y no soy sorda ni coja. Oh, sí, soy una niña feliz!... feliz por no haber nacido en Abisinia o en la China. Mi padres y mis hermanos tienen automóviles y vamos a fiestas continuamente y al cine con igual frecuencia.

«Pero, señora Norris —agrega— me devora un hambre de VIDA, así con mayúscula. Quiero ir a Hollywood, a Nueva York, a Londres, y ser alguien y que me conozcan en donde llegue. Quiero tener vestidos y dinero y una profesión y dinero AHORA que todavía soy joven. ¿Cómo puede decirsenos que la vida es justa cuando hay tantas muchachas que gozan de todo esto, bellas y admiradas, mientras otras miles como yo están condenadas a arrastrar una existencia monótona de aldea con un miserable empleo de oficina?

Esta carta expresa lo que yo he llamado La Voz de la Juventud; porque eso es lo que los jóvenes han venido diciendo, gritando y llorando por generaciones. El miedo de no disfrutar nunca de las emociones del éxito en grande amarga las ambiciones de los jóvenes de ambos sexos. Saben que alguna gente, hombres y mujeres, han escapado de esa anonimidad para disfrutar de fama y dinero y preguntan ¿cómo? ¿por qué no yo?

La citada carta de Margarita parece dar por establecido que la vida es igual o debe ser igual para todos. Pues no lo es. Margarita, sin culpa alguna de su parte, nació en circunstancias desventajosas para sus ambiciones. Es posible que algunas generaciones de sus antepasados fueron



Me devora un hambre de VIDA. Quiero ir a Hollywood, a Nueva York, a Londres, y ser alguien y que me conozcan donde llegue.

negligentes o perezosas, malgastadores o sin escrúpulos. Contra esa herencia de incapacidad tiene que luchar la velerosa Margarita como han luchado muchas otras iguales que ella hasta triunfar. La historia del éxito es casi siempre esa: un individuo que reacciona contra su ambiente. Son muchas las mujeres que llevaron un triple peso de humillaciones, responsabilidades y aburrimientos y salieron adiante en su empeño.

Una señora inmensamente rica y famosa que yo conozco trabaja doce horas al día de obrera en una hiladuría cuando tenía la edad de Margarita. Otra me ha dicho que dormir bajo los puentes de Filadelfia y andaba descalza por las calles recogiendo leña para el fogón de su casa. Una tercera estudió trabajando de sirvienta en el colegio.

Pero estas mujeres llegaron al triunfo cuando ya eran de edad. Margarita seguramente protestará contra esto. «¿A quién le importa el éxito a los 40? —dirá Margarita—; yo quiero mis pieles y mi buena vida ahora, que soy joven».

Eso es lo que Ud. dice, Margarita, pero no es lo que Ud. piensa en realidad. Sólo los jóvenes piensan que la juventud es la etapa importante de la vida y que perdida la juventud todo se ha perdido. Eso no es verdad en absoluto. El éxito y el dinero significan muchísimo más a los 30 años que a los 20 y más que todo a los 40. Sólo cuando hemos madurado y tenemos experiencia podemos apreciar el valor de las cosas.

Si tuviera que darle a Ud. Margarita, la lista de las muchachas que tuvieron su relámpago de gloria y de éxito cuando jóvenes, muchas de ellas en Hollywood, y luego se hundieron en el olvido diez veces más amargo que el suyo, sería una

larguísima lista, Margarita. Y sería una colección de historias trágicas también. Hace mucho tiempo malbarataron sus joyas y pieles y a que andaban deslizándose por la «entrada para el personal» de los restaurantes donde fueron festejadas sus días de gloria. Son miles, Margarita.

Pero voy a contarle otra historia: la de Juana, porque ocurre que precisamente hoy me refiere ella en una carta.

Hace veinte años Juana tenía, 19 como Ud. hoy, Margarita. Y vivía también aburrida en una aldea que era un dogal para sus ambiciones. Tuvo sus horas de resentimiento, de envidia y de rebelión. Pero algo de refinado que había en su madre y la indujo a economizar horas para perfeccionarse y estudiar. Su hogar era un desastre. Juana se casó muy apurada para salir de esa situación a los 22 años. Lo que creyó una liberación sólo la cargó de nuevas responsabilidades y bajos. Su marido era bueno y alegre pero ineficaz, y dos hijos no agregaron mucha firmeza al hogar. Luchó otros cinco años estudiando para enfermera mientras cuidaba a su madre enferma, a sus niños y a su casa. A los 38 años de edad, mientras trabajaba de enfermera en un hospital, escribió su primer cuento. Un diario le pagó 15 pesos por él, pero una revista de películas le pagó 1.500.

Con sus dos hijos Juana se fué a Hollywood y muy luego firmó un contrato de 100 dólares semanales. No era una fortuna, pero era suficiente para Juana. La semana pasada firmó otro contrato con doble sueldo. Ahora Juana tiene su casita propia, sirvienta, automóvil. Es feliz. . . a los 20 años de lucha con el destino.

EL PERRO "TRABAJADOR" ALEMAN QUE HA CAUSADO SENSACION EN LOS ESTADOS UNIDOS

No solamente gana "Ferry Von Rauhfelden" los concursos en que toma parte, sino que, pasando por sobre la casta privilegiada de la aristocracia canina, ha puesto de moda a los "trabajadores" de su raza.—Como no sabe inglés ni estaba acostumbrado a ver tanta gente, los fallos en su favor hay que emitirlos "sin tocarlo".



U condición era tan perfecta, su cuerpo todo tan maravilloso y sus piernas tan belias, que no tuvimos más remedio que concederle el primer premio".

Algún lector pensará que quien de manera tan fervida y convencida hablaba de la perfección corporal de un ser viviente, se estaba refiriendo a una muchacha de dieciséis a veinte años, una de esas jóvenes que acuden a los certámenes de belleza y no solo se ganan con sus encantos el título de "miss", sino también la admiración incondicional de todos los que luego ven publicada su linda efigie en los periódicos. En este caso, sin embargo, se trataba de un concurso de belleza perruna y el triunfador ni siquiera pertenecía al bello sexo. El apologista se refería a "Ferry Von Rauhfelden", triunfador de la exposición canina celebrada en Madison Square Garden de Nueva York en el mes de febrero pasado, en la que figuraron tres mil setenta perros. La exposición duró tres días, y entre las personas destacadas que le dieron lustre con su presencia al perruno acontecimiento, figuró el ex Presidente de los Estados Unidos, Mr. Herbert Hoover, quien, como es sabido, siente una gran devoción por el tradicional amigo del hombre.

"Ferry Von Rauhfelden" es un perro alemán de la clase trabajadora, al que en inglés se denomina con el nombre de "doberman pinacher". Y aunque por primera vez en los sesenta y tres años que hace que se vienen celebrando en New York exposiciones caninas, un "trabajador" derrotaba a las clases aristocráticas—que también las hay en el reino perruno—los diez mil espectadores que se encontraban en el amplio recinto al anunciarse el fallo aplaudieron estrepitosamente una decisión con la que estaban de acuerdo.

Tal vez al hecho de que "Ferry Von Rauhfelden" ha puesto de moda a los "doberman pinacher", se debe el triunfo de ese otro perro "Champion Orsova of Westphalia", que acaba

VENCEDOR EN LA EXPOSICION CANINA DE ATLANTIC CITY

Este perro «doberman-pinscher» que se llama «Champion Orsova of Westphalia, fué el máximo triunfador de la Exposición Canina de Atlantic City, New Jersey, Estados Unidos de América, celebrada recientemente. Aquí aparece Miss Jewel Lindsey entregando el emblema de la victoria al propietario del perro, Mr. Francis Fleitmann



de ser proclamado vencedor en la exposición canina de Atlantic City. Porque no deja de ser extraño que el éxito sensacional de Ferry, que se repitió en la Exposición Canina de Chicago, se reprodujera en New Jersey con otro "trabajador" que no era él. Lo evidente es, sin embargo, que los trabajadores están de moda, aunque no procedan de Rusia, sino de Alemania.

Desde luego el caso de "Ferry Von Rauhfelden" es excepcional por todos conceptos, ya que se trata de un can que cuando alcanzó la apoteosis de Madison Square Garden sólo llevaba dos semanas en los Estados Unidos. Entonces no entendía ni una palabra de inglés, lo que resulta en Norteamérica un "handicap" tanto para los perros como para los seres humanos.

Antes de que Ferry fuera ungido por los óleos de la victoria, había tenido que sufrir durante tres días la más desconsiderada de las competencias. Al fin se calificó entre los seis vencedores "de grupo" que compitieron por el gran premio, el cual fué definitivamente para el perro alemán de dos años, tal vez entre las protestas de los "sangre azul" del reino canino que no podían comprender semejante desacato a sus "pañales". Sus dueños, por lo menos, estaban escandalizados.

Hay que tener en cuenta que Ferry había pertenecido hasta poco antes a un barbero de Angsburg, Alemania, a quien se lo había comprado Mrs. M. Hartley Dodge por mediación de McClure Halley el día de Año Nuevo.

La elección de "Ferry Von Rauhfelden" se realizó bajo las más adversas circunstancias. Nunca se había visto ante una concurrencia tan numerosa, y su mismo cuidador no sabía decirle palabras que entendiera. Tan sorprendido se hallaba el bello animal con todo lo que le estaba pasando, que el veterano juez George S. Thomas se cuidó muy mucho de no tocar el animal, aunque es la costumbre corriente registrarlos de la cabeza a las patas.

El premio que obtuvo Ferry consistió en una copa de plata, una vasija con agua—para que pudiera apagar la sed—y media hora de prueba ante los fotógrafos y los cinematografistas. Además, de ahora en adelante no tendrá que vivir en un apartamento reducido como le ocurría en Alemania, sino que dispondrá de las amplias perreras que su dueño posee en Madison New Jersey. Allí su existencia se desarrollará como corresponde a un perro célebre, un perro destinado a crear—si se encuentra la reina a propósito— toda una dinastía de triunfadores...

ESCRIBIA lentamente, cuidadosamente, estudiando los giros que daba a cada párrafo. Al mismo tiempo, empleó Bill algunos vocablos que su socio Joe usaba con predilección. Imitaba también, con la misma minuciosidad, la letra de su socio. Y es que desde hacía seis semanas, es decir, desde que urdió el plan que se proponía ejecutar, había guardado los borradores de cartas que Joe arrojaba al cesto de los papeles.

Bill ya había escrito varias muestras del mensaje que pensaba dirigirse a sí mismo. Uno de ellos, que rompió después, decía lo siguiente:

«Querido Bill:

El destino, inexorable como siempre, me condena. Prefiero poner fin a mis días antes de que estalle la «bomba». Nos volveremos a ver en los periódicos y después en el más allá.

Bill siguió escribiendo. Tenía que dejar terminado aquel «asunto» aquella misma noche.

Sus desfalcos, que la muerte de Joe taparían para siempre, habían comenzado tres meses antes, cuando el mercado de valores había bajado ya alarmantemente. Bill especuló al alza.

Fué una suerte para Bill que los bonos de Fraser no se guardaran en la caja de caudales de la oficina. Guardábanlos en las bóvedas de un Banco de la ciudad.

La anunciada supervisión de los libros de contabilidad y de los depósitos de bonos y acciones de la compañía asestó un rudo golpe a los planes de Bill. La baja pertinaz del mercado de valores era, probablemente, la causa de aquellas investigaciones. Había, pues, que actuar con rapidez.

Cuando hubo terminado —¡por fin!— la nota que imitaba la letra de Joe y en la cual éste anunciaba que iba a suicidarse, se arrellanó Bill en un sillón. El se encontraba en su apartamento. Al día siguiente por la mañana pondría en práctica su siniestro plan.

De pronto sonó el timbre de la puerta. Bill se levantó a abrir —había despedido aquella noche a sus criados— y recibió de manos de un mensajero una carta.

—¿Es usted Mr. William Smith? —preguntó el mensajero—. Es un certificado. Firme aquí.

Estaba Bill firmando el recibo cuando dos policías flanquearon de pronto la puerta. Sin hacerse invitar, penetraron en el apartamento.

Uno de los intrusos le arrebató a Bill la carta certificada que acababan de llevarle.

—¿Qué significa esto? —exclamó Bill—. ¡Déme esa carta!

—Se la daré en cuanto la haya leído, Mister Smith —contestó el interpelado—. Y, rasgando el sobre, que contenía la dirección de Bill escrita a mano, con la letra de Joe, leyó el policía el contenido de la carta. Luego le entregó la carta a Bill. Este leyó en voz alta la misiva, con trémula voz. He aquí lo que decía su socio:

«Querido Bill: El destino, implacable, me condena. Cuando te enteres de lo ocurrido, ya estaré yo en el otro mundo. Confieso aquí que cometí un desfalco. Vendí una parte de los bonos de Fraser. Joe».

Bill humedeció sus labios y alzó la vista. En aquel momento sólo estaba con él uno de los policías. El otro había penetrado en su despacho. Bill se volvió al policía y preguntó:

—¿Qué significa esta carta?

—Significa —repuso el policía— que su socio se suicidó tirándose por la ventana de su oficina, hace una hora. El contador de la oficina, Henderson, nos dijo que usted estuvo hablando con su socio hasta momentos antes de venir.

—Cuando yo me fui esta tarde de la oficina —murmuró Bill— no sospeché que fuera a suicidarse...

En aquel momento regresó el otro policía de la biblioteca del apartamento. Traía, en la mano, un puñado de hojas sueltas. Bill comprendió.

—¡Mira esto! —dijo el policía a su compañero—. Escribió una docena de misivas imitando la letra de su socio...

Bill quiso protestar, pero uno de los policías le mandó callar. Los dos agentes de la ley compararon entonces la letra de esos borradores con la de la carta certificada que Bill había recibido momentos antes y miraron fijamente a éste.

Bill adivinó que las circunstancias le hacían aparecer como autor de un crimen. Las autoridades no vacilarían ahora en creer que la carta de Joe —la verdadera carta de Joe— había sido es-



UNA COINCIDENCIA FATAL

Por BEN AMES

UN RELATO POLICIACO SUGESTIVO, EN QUE LO INESPERADO OFRECE UNA ORIGINALIDAD POCAS VECES LOGRADA EN TEMAS DE MISTERIO

Bill intentó, en vano, apoderarse de aquellos documentos....

crita por el propio Bill. Desesperado, intentó probar su inocencia:

—¡Juro —gritó— que mi socio vivía cuando salí de la oficina! El mismo Henderson nos oyó hablar...

—Henderson —rectificó el policía— sólo oyó que usted le habló a su socio. Debajo de la ventana por la cual se arrojó la víctima hay un pasadizo. Transcurrió casi un cuarto de hora antes de que descubrieran el suicidio. Usted tuvo tiempo de sobra para venir acá antes de que se descubriera.

Bill bajó la cabeza. Sabía que estaba perdido. Las declaraciones que podía hacer no se las cree-

ría ya nadie. Por lo visto, había robado también Joe bonos de Fraser de otras cajas de depósito. Joe se había suicidado!... Sí, se había suicidado. Mas, ¿quién lo había de creer después que encontraron las notas en que él, Bill, había falsificado la letra de su socio?

—¡Maldita suerte! —murmulló Bill entre dientes— ¿Por qué no esperaría ese condenado cuatro horas?

—Si usted hubiese sido más listo —comentó uno de los policías— habría quemado esos borradores inmediatamente. Vamos, póngase el sombrero. Vamos a la Comisaría.

Estudiando al Hombre

DE HACE **50.000** AÑOS

por el Sr. Julio Cantala

L 4 de abril han vuelto a aparecer en Filadelfia vestigios del «hombre escurridizo» de América. En esa fecha la Asociación Norteamericana de Antropología efectuó una reunión en la ciudad citada. Un cargamento de huesos, cráneos, pelos y fragmentos de piel ocupó la atención de los antropólogos.

El doctor Dale Stewart, del Instituto Smithsonian de Washignton, presentó un cráneo exótico, de color verde, aparecido recientemente en tierras de Dakota del Norte. Los arcos superiores de las órbitas eran salientes, la nariz afilada y la frente aplastada. Tales eran las características de esa calavera que por razones que se desconocen es de un tinte verdoso. Se la catalogó como pieza anatómica perteneciente al «hombre de Folsom»—el «hombre escurridizo»—ejemplar humano de Europa que vivió en épocas paleolítico-cuaternarias, cuando el Viejo Continente estaba aun en el último período glacial. Unos 50.000 años de edad...

Un venablo—lanza corta con punta de pedernal de doble estría—es el «documento» que guarda el misterio de la genealogía del «homo» norteamericano, discutida nuevamente por los antropólogos reunidos recientemente en Filadelfia. Folsom, villorio arcaico del estado de Nueva México, es el solar de esa raza.

Los aztecas y los mayas son «parvenus» comparados con este individuo, que ya tenía una inteligencia y una cultura relativamente elevadas, hasta el extremo de construir un venablo que hería con crueldad a las bestias y las hacía desangrarse con facilidad. El «caballero de Folsom» ha dejado vestigios, desde el Canadá hasta la frontera mexicana. ¿Quién era y cómo vivía?

LAS PRIMERAS REVELACIONES

En el estado de Nevada, la cueva de Gypsum ha sido una mina de información que ha permitido resolver parcialmente varias incógnitas. Allí por el año 1925, Howarth y Schwachheim comenzaron a excavar. En 1933 aparecieron numerosísimos instrumentos correspondientes a la remota época mencionada.

El doctor Howard, de una universidad de Pennsylvania, llegó a profundizar más el estudio del problema y demostró la existencia, entre esos huesos milenarios, del esqueleto del «carnero almizcleño», animal que vivió en América en la época de los fríos intensos, lo que ha hecho pensar a geólogos y antropólogos que hubo un período glacial americano casi contemporáneo al europeo. Fue esa la época en que el hombre comenzó a pintar figuras de bisontes y renos en las cuevas del norte de España. Así quedó comprobada la existencia de una América fría que fue habitada por el «caballero de Folsom», hace, sin duda, unos 30 ó 50.000 años.

Es un ciclo lleno de tinieblas el de la prehistoria Americana. Surgen de recientes investigaciones peldaños aislados que todavía no se pueden conectar.

Parece que este «complejo» tiene su origen en el hombre que habitó el continente americano en épocas prehistóricas, semejantes a las europeas. Y aun al estudiar las civilizaciones más recientes, como la azteca y la incásica, la investigación moderna tiende a unirlos aunque estén apartadas por distancias de miles de kilómetros.

Si esta teoría es verosímil, quiere decir que Colombia y Venezuela son el punto de unión de las civilizaciones del norte y del sur. Y para realizar futuras investigaciones en este sentido, los colombianos se preparan con elementos científicos de notable valor. El cable llegado a Nueva York, anunció que el 11 de abril se había inaugurado el nuevo museo de arqueología en Bogotá.

UNA CONFERENCIA SIGNIFICANTE

El doctor Herbert Spinder, autoridad reconocida en materia de las culturas primitivas de América, profesor en el Instituto del Museo de Brooklyn (Nueva York), pronunció el 27 de febrero pasado una conferencia en la Academia de Ciencias neoyorquina en la que sostuvo esa continuidad de las culturas nórdicas con las sureñas.



En los puntos marcados con triángulos se cree que habitó el hombre pre-histórico que unía las culturas indígenas de Norte y Sur América.

En esta ocasión, expuso los resultados de sus viajes desde México al Perú. Destacó como punto de mayor atracción a Colombia, por su situación geográfica tan importante. «En este país situado entre dos lagos (focos de dos civilizaciones)—el Texcoco en México y el Titicaca en el Perú—, hemos encontrado pruebas arqueológicas de la anostomosis de las dos Américas».

Son comunes en los dos hemisferios las pinturas con cera y pigmentaciones blancas y rojas para dar lo que se llama «dibujos negativos» en la cerámica; el barniz o las que hace resaltar el colorido de vasos y piezas de maderas, y la manipulación de ciertos metales por medio del método ya perdido de la cera. La misma técnica de la filatura de muchos tejidos.

Aparte de estos elementos objetivos, el doctor Spinder, citó algunos conceptos religiosos que dominan en todos los países americanos: por ejemplo el jaguar, como dios del cielo; el disco del sol adornado con serpientes a guisa de rayos y muchas veces guarnecido con una cabeza de jaguar.

En la agricultura son comunes ciertas especies de plantas domésticas que se cultivan en la misma forma desde la Sierra Madre a los picachos de los Andes.

El maestro de Brooklyn describió como puntos exóticos de interés arqueológico y antropológico, la región que se extiende entre Cartagena y el golfo de Urabá, teatro de tres Reinos de características muy independientes. Se llaman estos «focos», Zenu, Panzenu y Zenufana, puntos que tuvieron el primer contacto colombiano con los conquistadores de España.

La cultura de Zenu debió ser «silbarítica» por la influencia que en ella tuvieron las mujeres y las reinas. En los vestigios de la cerámica abundan como motivo las mujeres sonrientes y el busto femenino representado de diferentes maneras.

SIMILARIDADES AFROAMERICANAS

En los cementerios de Zenu, el doctor Spinder halló unos montículos mortuorios llamados «pirú» que al parecer han dado origen a la palabra «Perú».

El «pseudo-matriarcado» en las regiones de la costa del Atlántico americano, recuerda organizaciones sociales semejantes estudiadas en África y que hacen pensar en esa discutida conexión entre América y el Continente Negro a través de la quimérica Atlántida.

El año pasado, por el mes de agosto, Gualt Mac Gowan, periodista neoyorquino, llegó a la «región prohibida» de las montañas del Atlas africano en compañía de las primeras expediciones exploradoras que hacían los franceses bajo la protección de un batallón de la Legión Extranjera.

Cartago, Roma y Grecia también oyeron hablar de cierto grupo escondido en las escabrosas montañas

«Gente de piel blanca, enjutos, cráneos dolicocefalos, vida pastoril, con concepto de la justicia y grandes enemigos de la influencia extranjera». Así define MacGowan a esas gentes que son además nómadas y pastores, que no obstante tener cierta influencia mahometana, colocan a la mujer en un sitio preferido en la sociedad. Son monógamos. Sus hembras se dejan ver como los hombres y toman cierta parte activa en la vida social. Con estos elementos se ha tratado de conectar estos supuestos vestigios de la discutida Atlántida a ciertos grupos etnológicos de la costa Oriental de la América del Sur.

Un «hombre de Folsom» que viaja del norte al sur... Un hombre amazónico que emigra de este a oeste... Y el encuentro se realiza en esos lugares que Spinder califica como puntos críticos en los futuros estudios antropológicos de América y que están situados entre Colombia y Venezuela. Sin duda es un problema que atraerá la atención de los estudios de Caracas y Bogotá...

EL DESTIERRO

TAL VEZ LLEVE FELICIDAD A LA INFORTUNADA JOVEN REINA DE ALBANIA



UN novelista no hubiera podido crear una situación más novelesca que la de Geraldine Apponyi, la bella joven esposa del Rey Zog, a quien Mussolini echó de Albania recientemente.

Según un artículo publicado en el «Daily News», el caso de Geraldine ha sido uno de los ejemplos más perfectos de equívocos que se haya visto en el periodismo moderno. Se había tratado de hacer creer que Geraldine era una joven heredera americana y que había llevado a Albania los millones de una Princesa del Dollar.

Tiene sólo 23 años de edad y ha vivido un siglo de experiencias angustiosas. Su huída en una ambulancia sobre caminos montañoses, sin ayuda médica, mientras los aviones de Italia arrojaban bombas en su derredor es solamente un incidente en su vida trágica.

Tal vez su infortunado destierro sea el fin de sus angustias, si logra salir con bien de sus males recientes. Tal vez algún empresario de Hollywood le ofrezca una oportunidad para ganarse la vida en el cine y así podrá independizarse de sus parientes húngaros.

El día señalado por su padre para casarse en París en julio de 1914 con la bella dama americana Virginia Stewart, estalló la guerra europea. El Conde Julio Apponyi y la señorita Stewart se iban a casar en la Embajada húngara en París. Las hostilidades aplazaron las nupcias y la aristócrata húngara tuvo que escapar a Suiza. Se casaron en Ginebra el 29 de julio de 1914.

Geraldine fué la primogénita. El aristócrata regresó a Budapest y Geraldine llevó la vida de una niña de familia noble, pero pobre. Creció viendo a otras niñas de su edad llevar mejores vestidos, gozar de la vida y tener lo que quisieran. F

Geraldine tenía una hermanita menor, Virginia, y un hermanito, Antón. Virginia es actualmente la señora de Andrés von Baghy de Budapest; Julio tiene actualmente 15 años de edad. La viuda fué a Francia después de morir el conde y allí casó el comandante francés Gontrand Girault. Geraldine no pudo encontrar cariño en casa del padrastro y escapó de la casa materna, refugiándose con la familia de su padre en Budapest.

Allí fué la cenicienta de la casa. La miraban como a una sirvienta. Logró emplearse en una granja cerca de Budapest y luego se empleó en el Museo Nacional vendiendo postales en el mostrador. Sus tres idiomas—inglés, francés y húngaro—la ayudaron en el puesto.

Hace poco más de dos años Kota Koci, diputado del parlamento albanés fué a Budapest en busca de novia para el Rey Zog. El ex monarca quería dar respetabilidad a su recién adquirido trono y deseaba contraer matrimonio con alguna joven de la aristocracia europea. Primeramente trató de conseguir una heredera americana; pero el Ministro de Washington explicó a las candidatas que Zog se había casado en el país y que «no era aceptable».

Zog había sido un libertino consumado. Uno de sus amores—la joven Mariana Zougidi, hija de un cacique montaños—murió a manos de su padre, quien luego le envió el cadáver al rey. Otros cuentos dicen que el viejo Zougidi sólo le envió el corazón de Mariana al zorro Zog. Otra aventura peligrosa fué

la que tuvo con la bella Francisca de Janko, hija de un comerciante búlgaro. La conoció en un cabaret vienés y se la llevó a Albania.

Otra vez se enamoró de una bailarina americana en Viena; pero la muchacha se rió de él. Con la Baronesa Dorotea von Ropp tuvo más suerte, porque la voluptuosa mujer, considerada como una de las austriacas más bellas de la época, abandonó a su esposo para seguir al bandido-rey a Tirana. †

Fué entonces cuando el ex-rey quiso contraer matrimonio respetable. La primera candidata fué la condesa Johanna von Mikes, de Budapest, quien fué a Tirana en diciembre de 1936 y estuvo allí unos días, regresando aterrizada a su casa después de ver los cadáveres de seis conspiradores colgando en los postes.

Trató de casarse con la Condesa Catalina Teleki; pero ésta lo desahució. Fué entonces cuando el diputado Koci vió a Geraldine vendiendo postales en el Museo Nacional de Budapest y le hizo la proposición en nombre del Rey Zog.

La joven estuvo pensando en la proposición. «Si no me va bien en Albania—se dijo—perderé el puesto y en estos días no es fácil conseguir trabajo».

Geraldine no tenía ropa; pero un modisto de Budapest, con la intervención de una cronista de modas, ayudó a remediar el mal y la joven pudo presentarse en Tirana ataviada con decencia. En cuanto se supo que la joven iba a ser reina, llovieron las amistades. Poco antes de la boda, Zog la hizo princesa y le dió una casa donde Geraldine, que había logrado rebajar unas cuantas libras porque la joven era algo robusta, recibió a sus amistades. El 27 de abril de 1938 tuvo lugar la ceremonia nupcial.

Cuando Geraldine se dió cuenta de que iba a ser madre, escribió a su madre; pero la señora Stewart

no quiso ir a Tirana. Su abuela, Mme. D-Estrale D-Ekna fué a asistirle.

La desgracia no quiso abandonar a la joven ni aun en sus momentos más tristes. El mismo día en que ingresó en el hospital de Tirana, Mussolini concibió la idea de apoderarse del país. El recién nacido—llamado Príncipe Skander, en honor del patriota albanés Skanderberg—llegó algunas horas antes de que las tropas del Duce desembarcaran en Durazzo.

Apenas había cumplido el príncipe dos días se hizo aparente que para vivir había que correr. Las tres hermanas del Rey Zog, Myseyen, Ruhije y Maxhide fueron las primeras en escapar. Geraldine, que había quedado muy debilitada en la orfandad, fué colocada en una ambulancia improvisada.

Los caminos de Albania son vecinales. Sobre el terreno accidentado rodó la camioneta-ambulancia y la joven sufrió de una hemorragia violenta que la tuvo a las puertas de la muerte.

En las calles de Florina, la primera aldea griega pasada, los vecinos dijeron que habían oído a la reina dando gritos de dolor. En Florina no había medios de atender a la enferma y fué preciso continuar hasta Volo. Geraldine estaba casi muerta. Por fin llegaron a Larissa, donde hay un hospital.

De Atenas llegó un ginecólogo que ordenó el traslado de la reina a la capital. En el hospital la joven recibió el orden del gobierno griego. «Tiene que mejorarse pronto porque el gobierno de Grecia no le conviene que el Rey Zog y la Reina Geraldine estén en el país».

Zog dijo que iría a Turquía u otro país mahometano. La pobre Geraldine no sabe a dónde irá. Su única esperanza es que algún empresario de Hollywood le ofrezca un puesto en el cine.

A salida de veinticinco unidades de la escuadra alemana de Kiel y Wilhelmshaven para un programa de maniobras anuales en las costas españolas es indicación segura de que los estados totalitarios se preparan para resistir la acción naval conjunta de Inglaterra y Francia en el Mediterráneo. Desde hace muchos meses, los ingleses esperaban este movimiento de acorazados, cruceros y submarinos alemanes hacia el teatro de las operaciones, desde Gibraltar hasta el Canal de Suez.

TRIUNFO DE FRANCO Y LA GUERRA EN EL MEDITERRANEO

El mismo día que los gobiernos de Francia e Inglaterra reconocieron el régimen del General Francisco Franco, doce Almirante y 107 buques de guerra, entre los cuales figuraban las unidades principales de las flotas del Reino y del Mediterráneo, doblaron la Punta de Europa en el Peñón de Gibraltar y desembarcaban en Djibuti, en el extremo sur del Canal de Suez, contingentes frescos de tropas francesas destinados ya los preparativos militares de Túnez ante a la cual Mussolini reforzaba su ejército de Li-

Durante los primeros tres meses de 1939 el viajero vio cientos de buques grises con sus cañones empujados en la costa del norte de África, y aviones bombardeando en Benghasi, Trípoli y Túnez. Están el Marruecos español, detrás de la artillería que en el año pasado, señalando al blanco del Peñón de Gibraltar. En el otro lado de la zona neutral separa al Peñón de España, se nota una gran actividad de tropas, parque de guerra y guarniciones para «defender» el territorio nacional.

La revisión no es una de expansión alemana hacia el Oriente, según lo ven los peritos navales de Inglaterra y Francia. A estos hombres sin titubeos diplomáticos se les habla con números redondos. Tanto buques de guerra y tantos cuerpos de ejército en zona del Mediterráneo no significan otra cosa que preludio de la ruptura de hostilidades. Mientras Hitler medita en su retiro de Berchtesgaden sobre el caso que le impone la acción inglesa en Polonia y los Balcanes, Mussolini vuelve sus ojos a las aguas del Mediterráneo y al África. La toma de Albania y la caída de Franco en Madrid son dos signos evidentes. Pero la escuadra francesa ha partido de Tolón con rumbo desconocido, a ponerse, indudablemente, bajo el mando estratégico de la inglesa en Malta.

LO QUE ITALIA QUIERE

Italia y Alemania buscan la expansión por rutas marítimas: ésta por tierra; aquélla por el mar. En ambos casos, las repercusiones de la expansión debilitan a Francia hasta convertirla en un país subordinado, y acabarían por avasallar el poderío naval inglés. En términos concretos, lo que Italia quiere y lo que desea en el Mediterráneo es:

Consolidar su poder en Libia, Sicilia, Cerdeña y Baleares, mediante la adición de otros territorios y bases estratégicas que le permitan el dominio de ese mar por fines imperiales y económicos. Quiere a Niza, base de la base naval de Spezia, ahora protegida por grandes centros avioneros le Turín y Milán. Necesita Córcega y Túnez, porque estas posesiones unidas a Sicilia y Cerdeña constituirían la segunda muralla de bloqueo al comercio de Francia con sus colonias africanas.

Más allá de este objetivo inmediato está el Canal de Suez, con el puerto de Djibuti, terminal del ferrocarril del imperio en Abisinia, y llave del tráfico internacional con India y Asia.

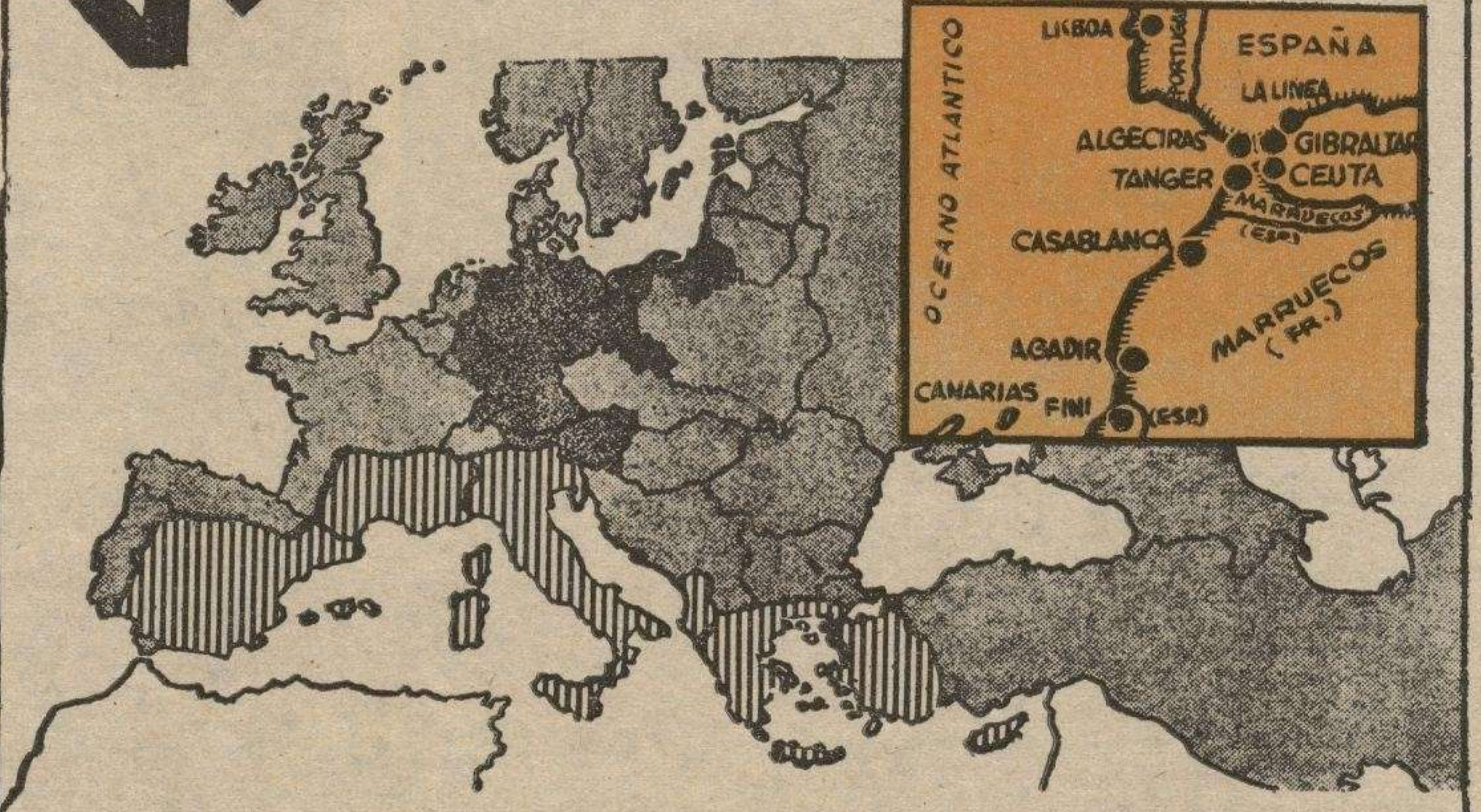
Con bases a ambos lados de Gibraltar, Mussolini dominaría la entrada al Mediterráneo. Desde Cerdeña amenaza a Túnez con grandes concentraciones navales y militares. En Libia tiene cuatro cuerpos de ejército y una formidable flota aérea. Desde Sicilia sus aviones pueden hacer el vuelo a la base inglesa de Malta en 25 minutos; desde la base aérea de Pantelleria, al noroeste de la de Malta, hay 30 minutos de vuelo a la ciudad de Túnez y las bases aéreas francesas del Norte de África. Por el noroeste, extiende una zona de influencia tremenda: ha tomado a Albania, el Adriático; busca compartir el dominio de Rumania y Turquía con su aliado el Fuehrer alemán; tiene la vista puesta en Chipre, base naval inglesa, el único que el brillante judío Disraeli pudo llevar a los ingleses del memorable Congreso de Berlín que Bismarck, el Canciller de Hierro, distribuyó como antojos, los territorios y las soberanías de Europa.

INCIDENTE DE AGADIR ZANJADO EN 1911 PLANTEADO POR LA PAZ DE VERSALLES

La historia parece repetirse en todo este movimiento de escuadras sobre Gibraltar y Marruecos. Desde tiempos de Augusto, 42 años A. de Jesucristo, los romanos vieron en el territorio marroquí una zona de dominio necesaria a su hegemonía en el Mediterráneo y se establecieron allí, en la Mauritania. Cuatrocientos sesenta años después los Vándalos cruzaron el



Groß-Deutschland 1938-1948



Deutschland, Deutschland über alles!

La Guerra Naval en el MEDITERRANEO

estrecho y pusieron fin a la ocupación romana en Marruecos. Con motivo de la campaña de terror de los piratas berberiscos en los siglos 17 y 18, las potencias europeas convinieron en 1880 el código de los derechos civiles en dicho territorio.

En 1904 Inglaterra obtuvo libertad de acción en Egipto a cambio de reconocérsela igual a Francia en Marruecos, con la protección de los derechos de España. Alemania, siempre activa en las cuestiones coloniales del África, protestó del arreglo y mandó sus emisarios a conferenciar con el Sultán para que resistiera la intervención europea. La Convención de Algeciras de 1906 solucionó el conflicto por el momento, hasta 1907 en que Francia bombardeó a Casablanca y provocó la caída del Sultán Abdul-Asiz, que fué sustituido por su hermano Mulai Hafid.

En el 1911, sin embargo, Alemania volvió a mezclarse en el problema del Mediterráneo al despachar para el puerto de Agadir al crucero «Panther», con el fin de proteger los intereses alemanes en Marruecos. Este incidente, que estuvo a punto de precipitar la guerra europea, fué solucionado de nuevo por Francia mediante una concesión a Alemania de 96.000 millas cuadradas de territorio en el Congo francés, colonia que el Reich había de perder por el Tratado de Versalles en 1919. En el 1924, Inglaterra, Francia y España firmaron un tratado para neutralizar la zona de Tánger. La revisión de la situación en Marruecos y en el África meridional sería una de las consecuencias de la lucha por el Mediterráneo, que envolvería a España en la guerra y constituiría una cuestión de programa para Hitler con motivo de su repudiación del Tratado de Versalles.

LA SALIDA DE LA CONQUISTA ALEMANA AL MARE NOSTRUM DE MUSSOLINI

Además de la importante línea de operaciones navales y aéreas que Italia mantiene en el Mediterráneo, ejerce un dominio completo del Mar Egeo por medio del archipiélago de Dodecaneso, arrebatado a Turquía en 1912 y desde entonces fortificado con miras a vigilar la base de Rodas y desafiar a la Gran Bretaña

en Chipre. Solamente necesitaría para redondear su posición, tres adquisiciones: las islas Canarias, en las afueras de Gibraltar; las Baleares, también en el camino de Francia; y la isla de Corfú, perteneciente a Grecia y la cual Inglaterra impediría de cualquier manera que cayera en manos de los estados totalitarios.

A partir de la toma de Albania y la posible amenaza que ella representa para Grecia, se ha visto claro que este movimiento de Mussolini en el Mediterráneo tiende a prepararle una salida al mar a la arrolladora ofensiva alemana hacia el oriente, por la ruta de los Balcanes. De esta suerte, no sería aventurado predecir que llegará el día en que se realice el sueño del Kaiser Guillermo II, expresado en la frase que él hizo famosa: «De Berlín a Bagdad».

Pero hay quien dice que el plan de Hitler es todavía más ambicioso. A raíz de haber declarado el gobierno de Checoslovaquia en septiembre del año pasado que la existencia del Partido Nazi en la zona Sudeten era incompatible con la soberanía nacional, las autoridades realizaron un «raid» en las oficinas de la organización política de Konrad Heinlein y se apoderaron de una voluminosa información relativa a las actividades de los agentes políticos del Reich en dicho territorio. Allí descubrieron un mapa en el que se indicaba claramente el desarrollo del plan de Alemania, en que los objetivos, no eran sólo ya «de Berlín a Bagdad» como quería el Kaiser, sino también «de Berlín a Belfast», para incluir la invasión de Francia, Bélgica, los Países Bajos, Inglaterra y España, con Italia como socia en el reparto de las márgenes del Mediterráneo.

Este mapa señalaba la conquista del Reich así: en 1938, Austria y Checoslovaquia; en 1939, Hungría y Polonia; en 1940, Yugoslavia, Rumania y Bulgaria; en 1941, Francia, Suiza, Bélgica, Holanda, Dinamarca y la Ucrania Rusa.

Las indicaciones del mapa concuerdan con la doctrina expuesta en «Mein Kampf» y hasta la fecha se han cumplido al pie de la letra bajo el lema: «Ein Volk, ein Reich, ein Fuehrer», una raza, una patria y un caudillo.



El Talento Femenino y el Cinema Francés

SEIS JOVENES ACTRICES HAN CONTRIBUIDO CON SU LABOR A HACER DE FRANCIA UN SERIO RIVAL DE HOLLYWOOD. — SEMBLANZA BREVE DE LA "CONSTELACION" FRANCESA.

Por Rose Patterson

Corinne Luchaire y J. P. Aumont (Al lado) Pocos son los que han visto a Danielle Darrieux de bailarina

SI bien es cierto que el arte cinematográfico francés está firmemente cimentado en valores tales como Charles Boyer, Sacha Guitry, Pierre Renoir, Harry Baur y varios otros nombres que la crítica ha consagrado, es también cierto que el gran prestigio de que goza actualmente el «séptimo arte» de Francia ha sido realizado por la labor de seis jóvenes actrices de talento: Simone Simon, Danielle Darrieux, Michele Morgan, Ginette Leclerc, Corinne Luchaire y Vivianne Romance.

Las dos primeras han conocido también grandes triunfos en la pantalla de habla inglesa. Tanto Simone Simon como Danielle Darrieux han preferido, empero, abandonar el escenario efímero de Hollywood y reintegrarse al cine de su patria.

Danielle Darrieux nació en París en 1917 y dió comienzo a sus actividades teatrales a la edad de catorce años, estando aun en la escuela. Su madre es profesora de canto, lo que podría explicar la predilección que siente todavía la joven por el violoncello. Su primera labor en el cine fué un papel sin importancia en la película «Le bal». Tan buena impresión causó en ella que las empresas comenzaron a disputarse sus servicios, y Danielle Darrieux se fué haciendo cada vez más popular. El director Decoin, en colaboración con Henry Koster (a quien debe su fama Diana Durbin, la chiquilla norteamericana), tomó luego a su cargo a la joven actriz francesa, con quien casó más tarde.

SU PRIMER EXITO

El viaje de bodas fué interrumpido por un telegrama de Charles Boyer, que la ofrecía el papel femenino principal (el de la baronesa Vetsera), en la película «Mayerling», que tanto éxito ha tenido en todas partes, especialmente en Norteamérica.

A raíz del triunfo obtenido por la actriz en esta cinta vino la inevitable oferta de Hollywood. En los Estados Unidos su éxito fué inmediato; pero cuando ya este país creía contar definitivamente con los servicios de la artista francesa, ésta debió regresar a París, donde la reclamaban obligaciones contraídas anteriormente con algunos compatriotas. Y no obstante las tentadoras ofertas que Hollywood ha vuleto a hacerla, Danielle Darrieux ha preferido quedarse en Francia, estimando que el cine de su patria tiene grandes horizontes, y que desde el punto de vista artístico está llamado a cumplir una obra de más trascendencia que Norteamérica, cuya industria cinematográfica no tiene más aliciente que el dólar.

Mme. Darrieux es actualmente la actriz favorita del público londinense.

Simone Simon, nacida en Marsella en 1914, ha preferido también regresar a su propio país, como lo han hecho algunos grandes artistas ingleses (Charles Laughton, Robert Donat y otros) que confían más en el arte de su tierra que en las perspectivas comerciales del cine norteamericano.

UNA ACTRIZ VIAJERA

No obstante su juventud, Simone Simon ha viajado mucho. Sus primeros años transcurrieron en su Marsella nativa, pero luego su familia se trasladó a Madagascar, donde vivió bastante tiempo. A su regreso a Francia la joven Simone, que quería dedicarse a las tablas, hizo su estreno, a los 16 años, en una comedia titulada «Balthazar». Luego tuvo a su cargo un pequeño papel en «Le roi Pausole», en el teatro «Bouffes Parisiennes», de París, que le sirvió para obtener una interpretación más importante, en el mismo teatro y dos años más tarde, en «Tout c'est moi».

De París pasó a los talleres cinematográficos de Berlín; de allí a Munich, y de ésta nuevamente a la capital francesa. Su primer gran triunfo fué en el papel de Puck en la cinta «Lac aux dames». Esta obra tuvo gran éxito en la Unión. Hollywood la ofreció inmediatamente un contrato, que Mlle. Simon aceptó. Terminado éste sin más ventajas que las puramente monetarias, la joven actriz siguió el ejemplo de su compatriota Danielle Darrieux y retornó al lar nativo.

Michele Morgan es una de las últimas revelaciones de la pantalla francesa. Hace unos tres años, a la edad de dieciocho, se inició interpretando un papel importante en «Gribouille». Su consagración fué inmediata. Luego ha intervenido, con igual éxito, en «Orage» (Tempestad) y «Quai des brumes» (El muelle de las brumas).

Mlle. Morgan es de apariencia frágil y triste. Sus ojos, de un tono gris sui-géneris, le dan un aire melancólico. En su última cinta, «Le récif du corail» (El arrecife de coral), encarna a un personaje perseguido e infeliz. Su admirable interpretación impide que esta película, mediocre, sea mal recibida.

GINETTE LECLERC

Ginette Leclerc es una verdadera parisiense: nació en el mismo Montmartre en 1912. Es una mujer de temperamento jovial y caprichoso, aunque fácilmente dada a la melancolía. Mme. Leclerc casó a la edad de diecisiete años. Un día, estada de que buscaban quien interpretara un papel de «extra» ne «La dame de chez Maxim», logró que le fuera confiado. Fué ese su estreno en el cine.

Vinieron luego diversas cintas rodadas en París y en Berlín, pero no llegó a consagrarse hasta que desempeñara con suma brillantez un papel de primera

línea, en compañía de Corinne Luchaire, en «Prison sans barreaux» (Cárcel sin rejas). Desde entonces ha figurado en calidad de «estrella» en numerosas películas, de las cuales las más importantes son «Métropolitain» (drama), «La femme du boulanger» (La mujer del panadero) (comedia), y «Louise» (opereta), en que intervino la cantante norteamericana Grace Moore.

Corinne Luchaire ha sido el «hallazgo» de 1933. Desde edad temprada se ha dedicado a las tablas. Uno de sus abuelos es el autor del argumento de «Altitude 3.200», cinta que ha tenido marcado éxito. Su labor en esta obra llamó la atención del empresario Mosler, que la dió el papel a que hemos hecho referencia en «Prison sans barreaux».

TRIUNFOS DE MLE. LUCHAIRE

Con tanto beneplácito fué recibida por la crítica a raíz de su desempeño en ésta que el empresario inglés Alexander Korda la ofreció en seguida el mismo papel en la versión inglesa de la misma cinta. Empero, Mlle. Luchaire prefiere trabajar en su propio ambiente, donde no existen las restricciones y la riglamentación estricta que privan en los talleres ingleses y norteamericanos. Entre sus papeles mejor interpretados figuran los de las películas «Conflicto», «Le déserteur» y «Le dernier tournant» (La última vuelta). Su próxima cinta será «Dedée d-Anvers» (Dedicada de Amberes), que dirigirá Chenal.

Vivianne Romance (cuyo nombre verdadero es Pauline Ortman), nació en Roubaix y se crió en París, donde comenzó su vida de adolescente trabajando como modista. Sin embargo, tenía la ambición de dedicarse a las tablas. Con el nombre de teatro de Vivianne Horthy participó en las revistas de «Monte-Rough», en compañía de la célebre Mistinguette. En calidad de «Miss París 1931» apareció luego con Henri Pilcher en el «Théâtre de l'Empire», las revistas de Rip y el «Théâtre des Nouveautés», pasando finalmente a los talleres franceses de la empresa Aumont.

Su primera cinta importante fué «Princesse Tam-Tam», después de la cual Duvivier la contrató para el rodaje de «La Bandera», de ambiente hispano-africano, donde tuvo gran éxito. Su desempeño en «Tiffo Rossi en «Naples au baiser du feu» (Niño bajo el beso del fuego) la ha colocado en primera fila entre las jóvenes actrices francesas.

MARTIRES DE LA CIENCIA

POR JUAN LARNER

H, los mártires de la ciencia...! Por fin tengo a varios al alcance de mi mano. Qué felicidad poder llamar de tú y pegarle una palmadita en la espalda a un solemne mártir de la ciencia. Porque mártires de la ciencia son Pedro y Juan y el Patas de a Legua y el Nariz de Alcachofa, y el Diez para las Tres y el Ceniciento y el Ojos de Pescado.

Todos ellos se han devanado los sesos durante diez años, por lo menos desde que estuvimos juntos en la escuela, por descubrir el misterio de los seis y los ases y los gemelos en el juego de dados; han perdido la mitad de su vida y de sus haberes, en un centenar de disputas han salido malamente magullados, alguna vez visitaron el cuartel de policía, recibieron los regañones de sus madres y esposas e hijas sucesivamente. Todo por una investigación de orden puramente científico. Cuando se les eleve un monumento en el patio universitario, yo me ofrezco para pronunciar el discurso inaugural. Entretanto vayan para ellos, sabios mal comprendidos, estas palabras de reconocimiento.

Todos hemos leído los cablegramas de las solemnes sesiones de la Convención Anual de la Academia Británica para el Avance, celebrada recientemente en Nottingham; se habló del Universo que se expande o se contrae; de la capacidad de reproducción de las hormigas, de las picardías de la glándula suprarrenal, de una nueva teoría sobre el origen de los Rayos Cósmicos que ya me están cargando, y de la posibilidad de que mediante el control de las glándulas se pueden hacer a todos los hombres enteramente iguales, física y moralmente, lo que ocasionaría menuda confusión entre nuestras mujeres. Pero qué Sir Edward Poulton el que arrebató al público y llenó las páginas de los diarios de todo el mundo.

Sir Edward dijo a la docta asamblea lo que mis amigos mártires de la ciencia habían estado estudiando durante su vida entera. Es un hecho que los números altos salen con más frecuencia que los ases en los dados. Largas experiencias en nuestros laboratorios nos permiten revelar ahora la causa. Es que al fabricarse el da-



Todos ellos se han devanado los sesos durante diez años por descubrir el misterio de los seis y los ases y los gemelos en el juego de dados...

do, se extrae un cierto peso por cada número que se horada; en las caras de los seis o los cinco se ha sacado, por lo tanto, más materia y más peso que en la cara de los ases o los dos. El dado tiende a estabilizarse o sentarse, por lo tanto en las caras que tienen más peso y es en la opuesta donde están los seis y cinco, etc.

Hasta ahí la explicación del profesor Sir Edward Poulton; y no hay en ella nada de broma, ni agregado alguno de nuestra parte. Nos parece sorprendentemente simple y lógica. Pero se nos ocurre una objeción de viejo tirador de dados. ¿Cómo es que todos los maestros de nuestro arte ignoraron esta lógica científica? ¿Para qué demonios sigue trabajando ese profesor Sir Edward Poulton, siendo que jugando a los seis y los cinco podía hacerse de una suculenta rentita en cualquier parte del mundo donde queden cultores del gran arte dadístico? (no confundirle con el dadaísta).

Para mí, lo más sensacional y gratificante del

caso de Nottingham y su Academia de Ciencias está en la revelación de que por las grandes testas del saber ha entrado bien este morbo. A mí no me convence el profesor Sir Edward Poulton de que sus estudios sobre los dados le vinieron a la mente por pura curiosidad científica. El hombre debe haber sido un enviciado como nosotros y a buen seguro que antes y después de su dramática conferencia las canas cabezotas de toda esa ciencia británica reunida se han agrupado sobre unos pares de dados que corrían sobre una mesa, que puede haber sido de vivisección para muchos bolsillos.

De todos modos los jugadores de dados podemos llamarnos en adelante, investigadores científicos. Y mucho me temo que más de alguno de los sabios que en Nottingham tomó dados en sus manos por primera vez a causa de Sir Edward, haya dejado de ser investigador científico para pasar a ser un simple jugador de dados para el resto de su vida.



La ÚLTIMA función

por John MOREIRA

FSTA mañana, de las cinco mil almas con que cuenta «Despeñadero», dos mil se aprestan a presenciar el desfile del «gran circo Fuller». La calle principal, desde su nacimiento en la margen del arroyo «Pintado», hasta su terminación en la Vicaría, está atestada de curiosos. Tras la primera fila de muchachos, aparece otra de mujeres que charlan de vereda a vereda, sueltan pellizcos a sus hijos y soportan a pie firme el humo de las pipas de sus maridos.

La banda del circo encabeza el brillante cortejo. Es poco numerosa y un tanto destemplada; mas ejecuta gratis una marcha en boga y los chiquillos, por corearla, olvidan la pedrea con que, en estos casos, acostumbran exteriorizar su entusiasmo. A pesar de ello, el sheriff Danes y su ayudante, continúan flanqueando a los músicos. Más de un chichón levantado en cabeza de forastero justifica esta prudente medida.

Frente a la puerta del «Hotel Sárdenson», Buck Morton, secretario de la compañía ecuestre, dirige la palabra a la multitud.

—Respetable público —exclama—: ¡el circo se va! Esta noche, a las nueve, celebra su función de despedida. Desarrollaremos un programa sencillamente formidable, sin alterar el precio de las localidades. Nunca se ha dado más alegría por menos dinero. Para vernos, Nueva York ha pagado diez dólares por una butaca. Ello no obstante, era tal la afluencia de espectadores, que hubimos de lamentar desgracias personales...

El auditorio permanece indiferente. Buck Morton agradece una aprobación imaginaria, y continúa:

—«Despeñadero» puede comprar por medio dólar tres horas de emoción. Nuestra ganancia material no será mucha, pero la compensa con creces

el honor de divertir a tan inteligente concurso —se descubre—. Las damas podrán llorar de angustia, los hombres de risa... Eso queda a cargo de los arriesgados trapezistas, del fakir, de los clowns... Como homenaje a este pueblo tan expresivo, la empresa ha resuelto la celebración del desfile. Pasarán héroes y payasos, princesas rubias y jaguares, flores del Japón, sedas de Bombay, bailarinas. Nos parecerá estar hojeando un libro de estampas. A pesar de ser hoy 8 de diciembre, ustedes podrán asegurar que los Reyes Magos cru-

zaron por aquí con nueve días de adelanto... Buck es el único que parece entusiasmarse con su discurso. Vuelve a saludar. Luego, aparta su mirada de aquellos rostros inexpresivos, señala al primer jinete del cortejo, y exclama:

—¡Ahí tienen ustedes nada menos que a Federico Fuller, nuestro director, azote de los leones del Atlas!

El famoso domador pasa sobre su corcel, enlazado a usanza árabe. Fuller parece contar cincuenta años. Es corpulento, teatral. Usa melena y per-

la estilo Búfalo Bill. Viste la clásica ropa de los guías del Oeste. Casaca de cuero, pantalón con guardamonte, pañuelo de vivos colores. Calza botas granaderas.

—¡Parece uno de sus leones! —agrega el entusiasta secretario—. Es, desde luego, más valiente que ellos. ¡Entra en la jaula sin más arma que su bravura! ¡Entre rugidos y zarpazos, que deshila- chan su brillante uniforme, juega con los tigres de Bengala, hace sonar su fusta y les humilla a sus pies!

Algunos vecinos se dignan sonreír. Las mujeres aplauden. Federico Fuller detiene su caballo, descubrese y avanza. Todos notan que ni desarrugó el entrecejo, ni suavizó la sombría expresión de sus ojos. Buck Morton refiere ahora las proezas realizadas en Africa por el temerario domador. Muestra a Fuller impávido, cazando sus leones, esco-

giendo, por orgullo del oficio, las fieras más salvajes.

—¡Señores! —termina—. ¡Los que le han visto en la faena, no lo olvidan jamás! Ustedes, pacíficos habitantes de «Despeñadero», ¿dejarán perder la ocasión?

La algazara de los chiquillos anuncia el paso de «Cascabel». El viejo clown desfila repartiendo vejigazos en la espalda de cuatro o cinco tonys. Luce un traje blanco recamado de lentejuelas, gorro de punto, zapatillas bicolors.

—¡Cascabel!

El payaso se acerca.

—¿Qué le pasa a Fuller?

—No lo sé —responde el clown—. Algo desagradable ocurre. Será preciso que lo averigües, Buck.

—Tú también estás triste, payaso.

El clown suspira. Intenta responder. Varias señoras se acercan y Cascabel acaba por alejarse con su cara llena de harina, sus ojos fatigados y su boca roja enorme...

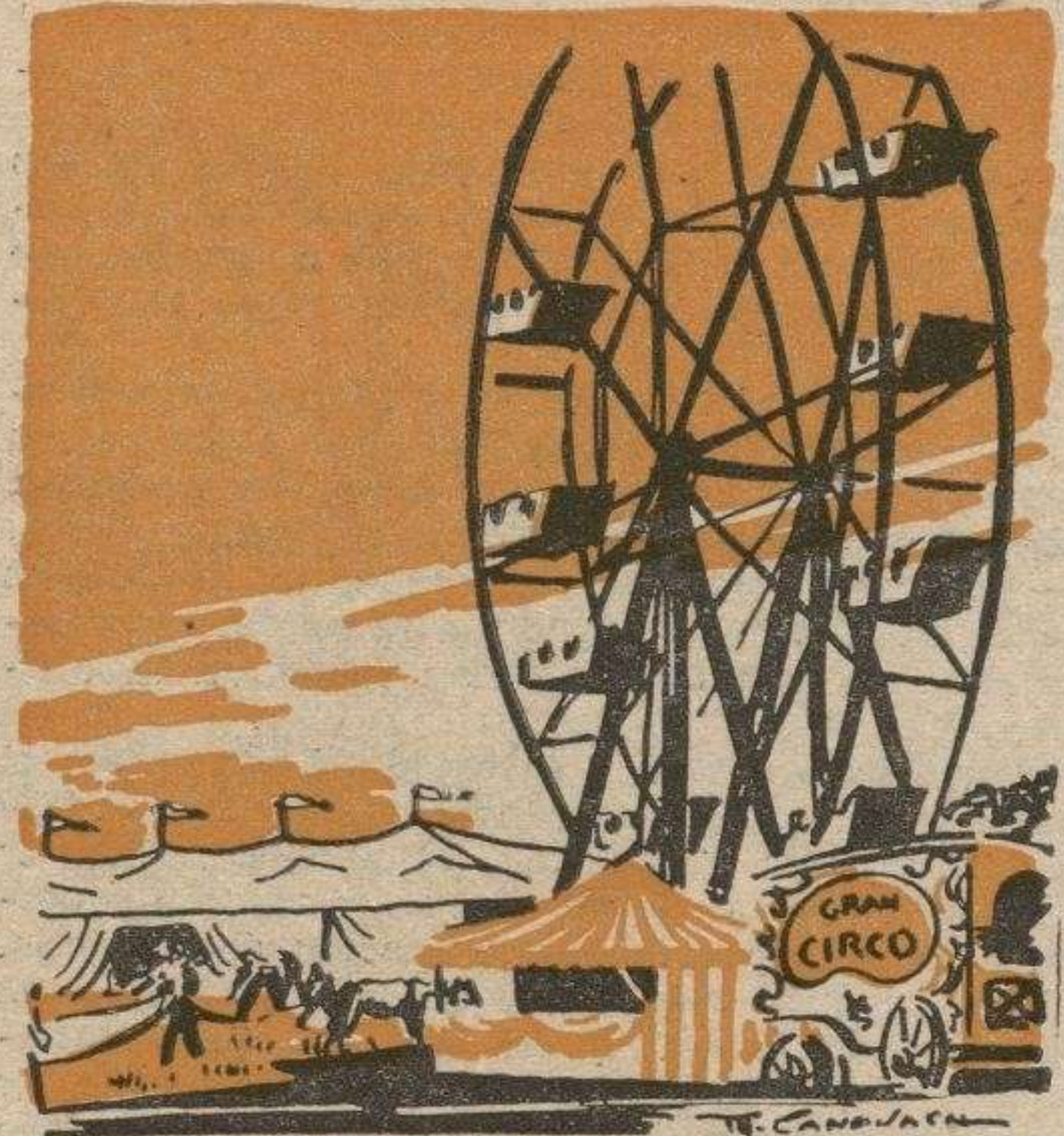
—Sea lo que fuere, clown —grita Buck—, hoy es preciso hacer reír. ¡Parece que van ustedes a un entierro!

Durante varios segundos, Buck Morton guarda silencio, preocupado a su vez. En seguida reacciona. El vecindario parece dispuesto a tomar en guasa aquel desfile de fantoches marchitos.

—Señores: ¡acabáis de ver y oír a «Cascabel»! ¡Este payaso es el inventor de la risa! —grita Buck—. Causa gracia siempre, hasta cuando llora. Entró en el mundo dando saltos mortales y así saldrá de este valle de lágrimas. Su cara es el mejor remedio contra el mal de pueblo, enfermedad conocida también con el nombre de aburrimiento. El pobre «Cascabel» tiene, como todos sus congéneres, un drama íntimo. Yo puedo contarlo a ustedes en secreto: mató de risa a un lord inglés.

Los vecinos ya no prestan atención al orador. Dedicándose a mirar a toda una familia de equilibristas japoneses, que desfila en una carroza, con sus kimonos bordados, sus alfileres y sus abanicos.

—¿Quiénes son esos? —pregunta la señora Sár-



denson, la vecina más curiosa y también la más comunicativa de la localidad.

—«Los Crisantemos» —responde Buck.

—¿Amarillos? —apunta un chusco.

—Desde luego, señor... «Made in Japan». Las niñas son equilibristas de fama mundial. El padre de esa familia nipona se traga un kris malayo con la facilidad con que uno de nosotros devora un sandwich. En el Japón fué perseguido por contrabandista de armas.

Uno de los oyentes se indigna.

—¿Cree usted, forastero —dice—, que estamos aquí para oír patrañas?

Con fingida indignación, Buck responde:

—¡Patrañas, caballero! ¿Duda usted de mis palabras? Si no cree que Crisantemo, a la vista del

público, traga todas las noches un haz de sables, toma como postre un cuchillo de caza y se enjuaga la boca con un vaso de ponche encendido, puede usted ir a cerciorarse de ello. Le invito a que lo haga. Lleve cuatro testigos. Para ver de cerca la operación es conveniente que tomen un palco de primera fila. ¡Vale apenas cinco dólares!

En otro pueblo, Buck habría conquistado al auditorio; en «Despeñadero» sólo consiguió hacerle



encoger de hombros. Entretanto, el desfile continúa. Aquí y allá algunas damas inician débiles aplausos. Las palabras se apagan en la apatía general. Pasa en silencio el fakir con su serpiente y su flauta de caña. En un coche descubierto le siguen los hermanos Grant, trapecistas.

—¡Son dos suicidas! —comenta Buck—. En sus trapecios, a treinta metros del suelo, noche a noche se juegan la vida. ¡Con decir a ustedes que ninguna compañía de seguros les acepta una póliza!

Miss Grant saluda. Sólo Buck Morton le contesta. El acróbata permanece impassible. Sabe que su cuerpo escultural, ceñido por la malla, despierta admiración y adopta quietud de estatua.

—¡Señores —prosigue el orador—: los Grant vienen de la Guayra, donde, a pesar del calor sofocante, sus ejercicios dejaban helada a la concurrencia!

El auditorio suelta la carcajada. Buck ignora si lo que causa gracia es su discurso o su figura. Teme lo segundo; porque está muy lejos de hablar en broma. Usa la exageración como recurso expresivo. Por otra parte, sabe la oración de memoria. La ha repetido cien veces desde el Atlántico al Pacífico, en ciudades y villas. Luego, esta mañana especialmente, tiene muchas razones para estar triste: la temporada desastrosa, el gesto sombrío de Fuller, la indiferencia de la población...

Ahora, por la calle polvorienta empieza a pasar la «menagerie»; primero un leopardo. Tras esa jaula aparece la de los tigres reales, bellísimos.

—Son de Bengala —dice Buck.

—¿Jaguares? —pregunta la señora Sárdenson.

El secretario habla de la India. Describe la peligrosa cacería del tigre real.

—El cautiverio —agrega— no consigue domar su fiera. Aseguro, señoras, que aun en la jaula resultan imponentes. ¡Necesitase buena dosis de energía para acercarse a ellos y soportar el frío de sus pupilas retráctiles y crueles!

Y toca el turno a la última jaula. La flanquean dos sirvientes, armados de largos hierros.

—¡Respetable público —dice Buck—: he ahí al león Menelik, el rey de las selvas!

Todo el pueblo conoce, por los anuncios, la historia de la fiera. Algunos vecinos se acercan a la jaula. Menelik les recibe con un rugido. Los guardianes alejan a los curiosos.

—¡Cuidado, señores! —grita el secretario—. Menelik es un peligroso vecino. Sobre su conciencia, para llamarla así, pesa la sangre de Ricardo Powell, víctima de su temeridad. El «Olimpia» de Manchester, fué teatro de aquella tragedia. ¡A la vista de mil espectadores este león destrozó al joven domador!

Buck exhibe el recorte de un periódico inglés, con el relato del drama. La crónica pasa de mano en mano. Los más incrédulos se rinden.

—¡Lean ustedes! —continúa Morton—. No olviden que se trata del «Sol» de Manchester, uno de los primeros diarios del reino unido. Se trata de un testimonio irrecusable. En el final de la crónica se hace constar que Federico Fuller adquirió a Menelik. Sólo nuestro director podía hacerlo. Yo le he visto entrar en la jaula de esta fiera. ¡Aseguro que era un león frente a otro león! Lucharon. Menelik mostraba sus zarpas asesinas y el domador su látigo. Ninguno de los dos ha vencido aún. ¡El duelo continúa a muerte!

Por la multitud corre un escalofrío. Muchos espectadores lamentan no haber aplaudido al temerario domador.

—¿Dice usted la verdad, forastero? —pregunta Samuel Gillespie, ex cazador de búfalos.

—El evangelio, señor mío.

—Sin embargo, Fuller no ha trabajado aquí con Menelik...

—¿Sabe usted por qué? —pregunta Morton.

—¿Por precaución?

—¡Error! Por una razón mucho más responsable: no le faltó valor; le faltó público.

Gillespie replica algo que nadie oye, pues todo el concurso pónese a mirar a una mujer joven y bella que cierra el desfile.

—Es Gloria Fuller —informa Buck—, honra de nuestra troupe. Me descubro ante su belleza.

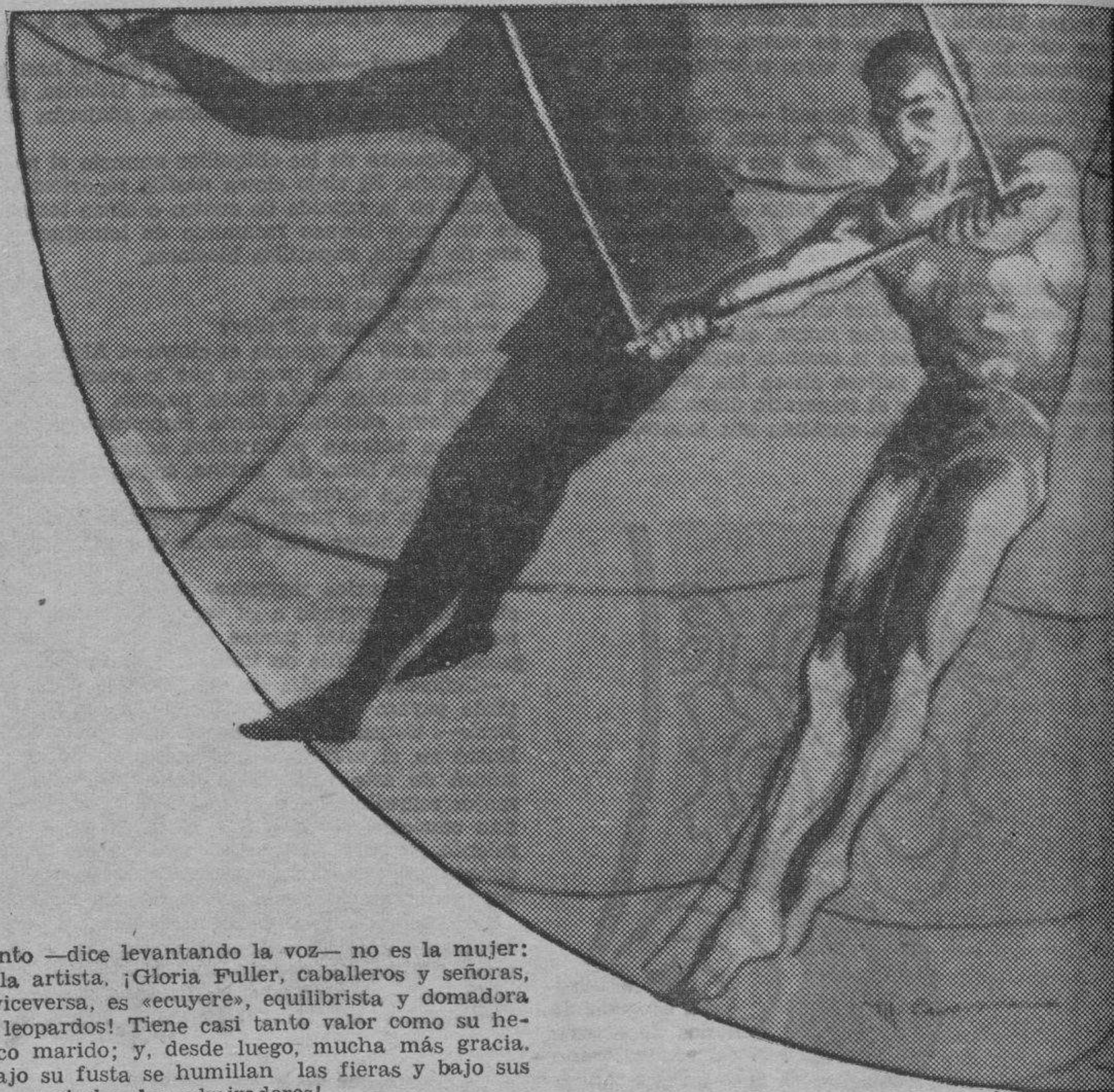
La dama sonríe con profundo desaliento. Todos notan en sus bellos ojos la misma angustia que encontraran en el domador y en el viejo payaso.

—Esa mujer sufre, señor Buck —observa la señora Sárdenson—. ¿Qué ocurre?

—Lo ignoro —responde el interrogado.

—Sin embargo, usted tiene que saberlo —insiste la hotelera.

—Pudiera ser... Pero lo que interesa por el mo-



mento —dice levantando la voz— no es la mujer: es la artista. ¡Gloria Fuller, caballeros y señoras, o viceversa, es «ecuyere», equilibrista y domadora de leopardos! Tiene casi tanto valor como su heroico marido; y, desde luego, mucha más gracia. ¡Bajo su fusta se humillan las fieras y bajo sus ojos se rinden los admiradores!

Todos sonríen, excepto la «ecuyere», que saluda con melancolía y se aleja.

El desfile ha terminado.

Buck Morton responde con evasivas a las últimas preguntas de la señora Sárdenson y se encamina al circo. Media hora después, Buck y Cascabel entran en el bar del «Hotel Sárdenson». Siéntase frente a la mesilla más próxima al mostrador y permanecen buen rato, mudos y graves. Con su traje de calle el payaso parece menos triste.

Llena de curiosidad, la señora Sárdenson se acerca a sus parroquianos.

—¿Qué les sirvo, señores? —pregunta.

—No deseo nada —responde Buck. Y pregunta al clown—: ¿Tienes sed, Cascabel?

—¡Mucha! En estos momentos —dice Cascabel— resulta amigo el alcohol.

El secretario se opone.

—Necesitamos serenidad, viejo —declara—. ¡No bebas!

—De acuerdo.

La señora Sárdenson, intrigada, pone su diestra sobre un hombro de Morton.

—¿Algo que no marcha, Buck? —pregunta.

—Así es, hotelera... Deseamos tratar con Cascabel un asunto grave. Trate de que nadie nos oiga.

Hace quince días que Buck Morton llegó a «Despeñadero» a preparar el pueblo para la temporada del gran circo Fuller, el primer espectáculo del mundo. Buck fué simpático a media población y desagradable a la otra mitad. Apenas llegó, las señoras de la localidad se pusieron de su parte. Este movimiento obedeció a varias razones: el aspecto arrogante del forastero, su desenvoltura, su locuacidad y su indumentaria; la galera gris, la americana oscura y las polainas blancas. El secretario es galante por necesidad de su cargo. Sabe hacer de cada cumplido un acto de propaganda. Luego, tuvo para las damas del pueblo la atracción del hombre de teatro; protagonista o, por lo menos, testigo en cien lances de bambalinas, por fuerza escandalosa, con olor a colorete, azufre y pecado; Buck Morton sostuvo siempre que al elenco Fuller lo componía gente de paz. No fué creído. En vano aseguró que los artistas leían la Biblia los domingos, que eran personas tristes, con los defectos y las virtudes comunes. El pueblo continuó dudando. El primer día de sermón casi toda la «troupe» concurrió al templo. Oyeron al predi-

cador, cantaron el salmo y se marcharon a la carpa. Este acto devoto, aconsejado por Buck, no sumó simpatías al conjunto. Enfrío a las admiradoras que deseaban ver en Despeñadero una docena de buenos demonios con las caras pintadas. La opinión siguió más dividida que nunca. Los hombres insistieron en hacer pagar a Morton su elegancia, y aun cuando las señoras deseaban asistir a las funciones, la noche de la inauguración sólo veinte personas concurrieron al espectáculo. De estos veinte espectadores, diez eran autoridades locales y entraron gratis, y nueve eran claques. Uno solo pagó su entrada: Daniel Jones, forastero. Aquella misma noche, Buck y Fuller conferenciaron. Era preciso efectuar una demostración de fuerza. Resolvieron salir al día siguiente por las calles del pueblo con música, payasos y leones. El tiempo se opuso. Las lluvias duraron una semana. Durante ella fué necesario suspender las funciones. Encerrados en el hotel, los artistas se dedicaron a recomponer sus mallas, jugar al poker y bostezar, esperando la visita del hotelero con la cuenta. Cuando esto ocurrió, Buck Morton pidió a Raniel Jones un préstamo de cien dólares. Gracias a este dinero, el señor Sárdenson concedió ocho días de crédito. Por fin, el cielo se compadeció de la farándula. Salió el sol. Fué preciso marchar a la carpa y ayudar a los maquinistas. Fuller llamó a su marchito secretario.

—Buck —preguntó—, ¿vió usted al maldito hotelero?

—Desde lejos, patrón —repuso Morton.

—¿Y esa cuenta?

—Continúa amenazando.

—¿A cuánto asciende?

—Ya estamos en los trescientos dólares, director.

—¿Los haremos en boletería esta noche, Buck?

El secretario señaló la pista.

—Hay demasiado lodo, Fuller —repuso—. El pueblo se muestra reacio... Nos queda un solo recurso.

—¿Cuál?

—Daniel Jones. Será preciso volver a pedirle dinero.

Fuller hubiese preferido otra salida. Mas acabó por aceptar.

—Yo sé lo que pasa, director —dijo Buck.

—¿Qué sabe usted? —gritó Fuller.

—Nada... tonterías... ¿Dónde estará Jones?

—En el camarín de mi mujer.

Allí le encontró Morton. La señora Gloria, aguja en mano, cosía los alamares de su traje de domadora. Daniel Jones ayudábale en la tarea. Al notar la llegada del secretario, ambos guardaron silencio.

—Daniel —dijo Buck al mozo—, el marido de esta señora quiere hablar con usted.
Salieron. Camino del «picadero». Morton preguntó:

—Jones, es usted muy joven, ¿verdad?
—Tengo veinte años, Buck.
—Y padres, ¿tiene usted?
—En Charlesburg —repuso el interrogado.
—¿Y fortuna? —interrogó Morton.
—Todavía no; pero voy camino de eso.

Daniel sonreía. El secretario echó a la nuca su galera y tomando por un brazo al forastero:

—Detengámonos un segundo, querido —dijo—. Es usted un joven simpático. Tiene pocos años y lo demuestra. Tiene dinero y también lo demuestra.
—¿Puedo saber por qué me dice esto, Buck?

—Sí, señor. La vida debe ser muy agradable para usted. Aunque no sepa ver lo que tiene a su lado. ¿Quiere que le ayude a quitar esa venda, Jones?

—Bueno.

Aun cuando nadie podía oírle, Morton dijo al oído del forastero:

—¡Gloria Fuller es toda una mujer!

—Lo sé.

—Y el marido —agregó el informante— es todo un bruto.

—También lo sé, Buck.

—Usted, acaso, se pregunte por qué me embarco en este asunto...

—Por amistad a Fuller, desde luego...

El secretario le miró con un poco de lástima.

—Error, muchacho; por amistad a usted—. Como el forastero continuase sonriendo, agregó—: Vivía usted en su granja de Charlesburg, tal como Dios manda; la frente sudorosa, las manos encallecidas... ¿No era así?

—Precisamente.

—Un día llega el circo Fuller a Charlesburg. Usted deja su arado para concurrir al espectáculo.

Se entusiasma, como no pudo menos de ocurrir. Ríe de las gracias de Cascabel. Luego, los trapezistas audaces, le dan frío en el estómago. Aplauden. En seguida aparece Gloria Fuller con su amazona, su hermoso caballo plateado y su gracia. La «ecuyere» le mira a usted; porque esas miradas figuran en el contrato, señor mío, y desde entonces Daniel Jones asiste a todos los espectáculos; es el concurrente más asiduo. Noche hubo en que usted fué todo el «respetable». Acaso le encantaba pagar un dólar y sumar una multitud. Cuando el circo levantó la carpa en Charlesburg para plantarla en «Despeñadero», usted dejó el arado, abrazó a sus padres y se vino con nosotros. Aquí, la noche del debut, volvió usted a ser nuestro público. Luego, en el hotel, prestándonos cien dólares, se convirtió en nuestra providencia. Sería un dolor que pasase a ser nuestro remordimiento.

Como Jones guardó silencio, Buck agregó:

—¿No le estarán extrañando por la granja, muchacho?

—¿Me lo dice usted en nombre de Fuller?

—En nombre propio, hijo.

—¿Para eso me mandó llamar?

—Lo ignoro, querido —dijo el secretario—. Fuller es muy reservado. Hace cinco años que regentó su negocio y no sé como piensa ni lo que siente. No me ha hablado de esto. Ya le dije que el director habla poco. El tiempo apenas le alcanza para jugar con sus pesas de cien kilos, entrar en la jaula de los leones y amar a su mujer. Es un silencioso, muchacho. Si me promete usted reserva, le daré una prueba de ello.

—Hable, Buck.

—¡Bien! Fuller y yo somos muy camaradas. Pero, a pesar de esto, nunca me contó que hubiese estado en presidio.

—¿Cómo lo sabe, entonces?

—Por Cascabel.

—¿Y por qué delito fué preso el empresario?— preguntó Jones.

—Por la muerte de Nat Bow... Alguna vez hablaremos de esto. Fuller estuvo en su derecho, desde luego, y no tenía intención de matar; quiso tan sólo dar un puñetazo. Se le fué la mano.

—¿Pretende usted asustarme? —interrogó Jones con aspereza.

—De ninguna manera, querido. No está usted en el caso de Bowers.

—¿Porque no me dejaré castigar?

—No; porque el difunto fué en vida un romántico perdido.



—Acepte que yo lo sea también.

—De acuerdo; pero creo que usted es un honrado muchacho y no atentaría contra la paz conyugal del empresario.

Aquella tarde, Daniel Jones no pudo facilitar el dinero. Buck Morton propuso que se rebajara el precio de las localidades. Se hizo. La medida no dió resultado. Así han llegado al final de la desastrosa temporada. La de esta noche será la última función. Para que la compañía pueda abandonar «Despeñadero» sin enojosas incidencias, es fuerza que el público acuda al espectáculo de despedida. El hotelero Sárdenson parece resuelto a confiscar la carpa. Buck debe evitárla. Dispone de algunas horas para quebrar la indiferencia del pueblo. Acaso con actividad, propaganda y oratoria consiga ese milagro. Y, sin embargo, en vez de recorrer la población, se ha dejado caer sobre una silla del bar.

Tras del mostrador, la señora Sárdenson le anima:

—¡Arriba, Buck! ¡Aún es tiempo!

—Ya es tarde, buena señora —responde.

—No han tenido suerte, en realidad.

—Mucho menos de lo que usted supone, señora.

—No importa —insiste ella—; no hay que desesperar. Usted, Cascabel, tiene cara de sepulturero...

—Es que acaso..., acaso —dice el clown— estamos de entierro.

La señora se inclina sobre el mostrador.

—¿Qué dice usted?

Buck, molesto, se adelanta a responder:

—¡Nada!

El secretario y Cascabel inician un diálogo en voz baja. La hotelera les mira con profunda lástima. Está indignada contra los habitantes de «Despeñadero», pues conviene en que la situación de la farándula es desesperante. Ni la gracia de la «ecuyere», ni el formidable aspecto del domador de fieras, ni los rugidos de los leones han conseguido interesar a la localidad. Para muchos vecinos, aquellas fieras desmelenadas y tristes, eran simples pieles con ganapanes adentro, y las pesas, juguetes de cartón-piedra.

—Cascabel —dice Buck—, tengo un secreto que me ahoga.

—¡Habla, muchacho!

—Sí, es preciso, viejo. Para decírtelo te he traído aquí. ¿No adivinas lo que ocurre?

—¿Gloria?... —pregunta el clown—. —Pero es posible! ¿Hablas en serio?...

—Sí!

—¿Con el estúpido forastero, Buck?

—¡Vaya usted a entender a las mujeres!

Cascabel, indignado, levanta la voz.

—¡El es el único culpable! —exclama.

—No estoy de acuerdo, viejo. ¿Por qué la defiendes a ella?

—Porque la conozco.

—Te equivocas. No es razón...

—Bueno —grita el clown—, la disculpo ¡porque la quiero!... Siempre ha sido una buena muchacha.

—¿Y Bowers?

—¡Un momento, Morton! A pesar de ese canalla, Gloria es inocente.

—¿Ignora que sus coqueteos pueden costar sangre?

El viejo payaso da un puñetazo en la mesa.

—Dime, Buck —dice—, ¿tienen amores?

—Lo temo...

—¡Es imposible, hijo! ¿En qué ese muñeco puede aventajar a Fuller?

—Es más joven.

—¿Te parece bastante?

—Por lo visto para Gloria lo fué.

—¡Tú no pretenderás hacerme creer que ignorabas esas relaciones!

—Las conocía.

—¡Pudiste llamar al orden al atrevido!

—Te pido que no grites —responde Buck—. Lo hice en su hora.

—Y él, ¿qué respondió?

—Sonreía, viejo.

—¿Le contaste la historia de Bowers?

—Con detalles. No le impresionó mayormente.

—Pudiste avisar al marido.

Buck, sin notarlo, grita a su vez:

—¡Estás loco, payaso! ¡Entonces no conoces a Fuller! ¿Querías que la sangre del muchacho cayese sobre mí?

—Ese forastero quiere morir —afirma Cascabel.

—Me prometió dejar en paz a Gloria. Dió su palabra.

—¡Y faltó a ella!

El secretario asiente. Callan. A poco, Cascabel sacude por las solapas a su interlocutor:

—¡Despierta! —grita—. ¡Habla! ¿Fuller les sorprendió?

—Esta mañana.

—¿Te lo dijo?

—No, viejo. La escena ocurrió antes del desfile. Cuando llegué al circo, Fuller lloraba. Le encontré solo, junto a la jaula de Menelik. Al verme, se dominó. Nada me dijo; pero tengo miedo.

—Yo también. Queda un recurso.

—¿Alejar al otro?

—Desde luego.

—Ya lo hice. Daniel Jones acaba de tomar el tren para Charlesburg —informa Morton—. Sin embargo, viejo, el peligro subsiste. Temo por la vida de Gloria.

—Yo respondo —afirma el clown—, si conseguimos que Fuller no beba.

—Lo evitaremos.

En esto, Buck nota que la señora Sárdenson les oye, y baja la voz. A poco, ambos quedan en silencio, inmóviles, fatigados por la angustia. Pocos minutos pasan cuando Fuller entra en el bar. Mira a sus compañeros. Acaso no les reconoce, pues sin saludarles se aproxima al mostrador.

—¡Deme usted un vaso de gin, señora! —ordena.

Al oírle, Buck y Cascabel se acercan al empresario. La hotelera, enterada del peligro, vacila, esperando la contraorden del secretario.

—¿Por qué bebes, Fuller? —pregunta el clown.

El interrogado vuelve hacia Cascabel su rostro grave.

—Bebo —responde— porque tengo sed.

—Bien, pero el gin es un mal amigo tuyo —insiste el payaso—. Temo que hagas una barbaridad.

En vez de responder, Fuller grita a la hotelera: —¡Obedezca!

Cuando el vaso está lleno, el empresario lo eleva y dice sonriendo:

—Eso pudo ocurrir antes, Cascabel, cuando yo no era feliz. Llevaba al diablo asido por los cuernos, y el pícaro aprovechaba cualquier distracción mía para soltarse —el vaso tiembla en su mano—. Hoy, viejo, ya no tengo colmillos. ¿Sabes a quién se lo debo?

—¿Al penal?

—No; a Gloria. Necesitaba junto a mí una muchacha como ella, incapaz de ninguna traición.

(Continuación en la página 20.)

MADAME Eiffel

tiene 50 AÑOS

por Eduardo Avilés RAMIREZ



Las ceremonias en honor de la torre de encaje.—En ella se casan los novios «snobs» y desde su tercera plataforma se precipitan los desesperados.—La indignación de los intelectuales y los artistas vencida por la voluntad tenaz del gran Gustave Eiffel.

HOY he subido a la Torre. Quise de nuevo ver el paisaje de París desde su última plataforma y hacer un esfuerzo reconstructivo para ver cómo los parisienses de 1889 vieron el paisaje del París de aquella época. Porque la Torre cumple hoy cincuenta años de edad.

Desde su última plataforma evoqué la silueta de Gustave Eiffel, el más intrépido, el más innovador y el más tozudo de los ingenieros franceses de todos los tiempos. Era pequeño, tenía el cráneo desarrollado, la barbicha rala, y usaba binóculos, como Zolá. Antes de construir su Torre, había llenado los fastos franceses con sus invenciones metálicas. Había echado puentes sobre vías férreas, sobre ríos y sobre brazos de mar, no sólo en Francia, sino en Europa. Yo recuerdo la impresión singular que me causó ver una estación Eiffel en Pest; y en la misma Hungría, un puente magnífico, género Torre Eiffel en Selgedin. Además había leído sus triunfos en los libros conmemorativos de las Exposiciones de París de 1878 y 1887, cubiertos de estampas alucinas.

Gustave Eiffel, para poder elevar en el corazón de París su extraordinaria torre había tenido primero que vencer, en batallas épicas de pluma y de tribuna, obstáculos inverosímiles: en efecto, casi todo París estaba opuesto a la erección de su Torre. Los intelectuales y los artistas publicaban manifiestos y artículos violentos contra su invención. Yo tengo bajo los ojos uno de estos documentos, verdadero panfleto firmado nada menos que por Guy de Maupassant, Karl Huysmans, Gustave Flaubert, los hermanos Goncourt, Lucien Descaves, Jean Moréas, José-María de Heredia, Alfred Capus, Anatole France, Edmond Rostand y Maurice Barrés, quienes, poniendo en la balanza de la discusión sus resplandecientes espadas, declaraban «que ese proyecto mastodóntico y completamente disparatado, no sólo sería un baldón de ignominia para la armonía clásica de París, sino una prueba definitiva de la decadencia de las bellas artes francesas».

En el seno mismo del Parlamento, en el seno del Gobierno y de las Cámaras Municipales encontraba Eiffel una oposición tenaz. Todo parecía concertarse para ser opuesto a su proyecto, y la crónica recoge un curioso documento oratorio, de un sabio sacerdote de Saint-Sulpice, quien no tuvo frenos para reprimir su indignación estético-personal y dictó, desde el púlpito de su célebre parroquia, una serie de sermones destinados a combatir «el adefesio incalificable de Monsieur Eiffel».

¡Y sin embargo, París tuvo su Torre!

Sería largo contar aquí las peripecias dramáticas de aquella larga batalla sonora de epítetos malsonantes. Gustave Eiffel ignoró todas las crisis y salió victorioso de todos los obstáculos. Resolviendo problemas para aquel entonces atrevidos y erizados de dificultades materiales, logró elevar su Torre en medio de un París indignado que lo ridiculizó en todas las formas posibles. Imaginaos que pintores, escultores, músicos, filósofos, sacerdotes, diputados y hombres de letras lo llamaban «Monsieur Gustave-Fou-Eiffel»!

Considerando que antes que de la cólera de los hombres debía prevenirse contra la cólera de la naturaleza, se aplicó a resolver el problema de la solidez de su Torre. Los fundamentos le dieron muchos dolores de cabeza, pero, no cabe duda, la suya era una ca-

beza dura y resistió todos los dolores. Antes de asentarse sólidamente las cuatro patas gigantescas de la Torre, pensó en resolver el problema del huracán. Para evitar su fuerza formidable, decidió que las tempestades no encontrarían ninguna masa de resistencia seria y se inclinó a construir su Torre en forma de encaje. Este encaje fué sometido primero a presiones incalculables (400 kilogramos por metro cuadrado), de manera que el centro de gravedad de cada una de las cuatro secciones inferiores de la Torre estaban preservadas de esa cólera de la naturaleza. El equilibrio estaba asegurado. Hoy las tempestades «se cuelan» por entre el encaje sutil y resistente de la Torre. Apenas si dejan entre sus hilos un largo quejido y un gruñido áspero.

La cólera de los hombres se fué aplacando poco a poco, como él mismo lo había previsto. De todos los rincones del planeta venían las notabilidades a admirar sin recelos aquella extraña girafa de metal. Testas coronadas se confundían con glorias científicas, del Emperador del Japón a Tomás Alva Edison. Los ingenieros de todo el mundo hicieron el viaje a París, la peregrinación del Champs de Mars, sólo para conocer el fenómeno. Millares de artículos comenzaron a circular en la prensa de todo el mundo, todos elogiosos. Esos artículos eran coleccionados por Eiffel y comunicados a la prensa (a esta misma prensa de París que lo atacaba con tanta saña y tanto odio).

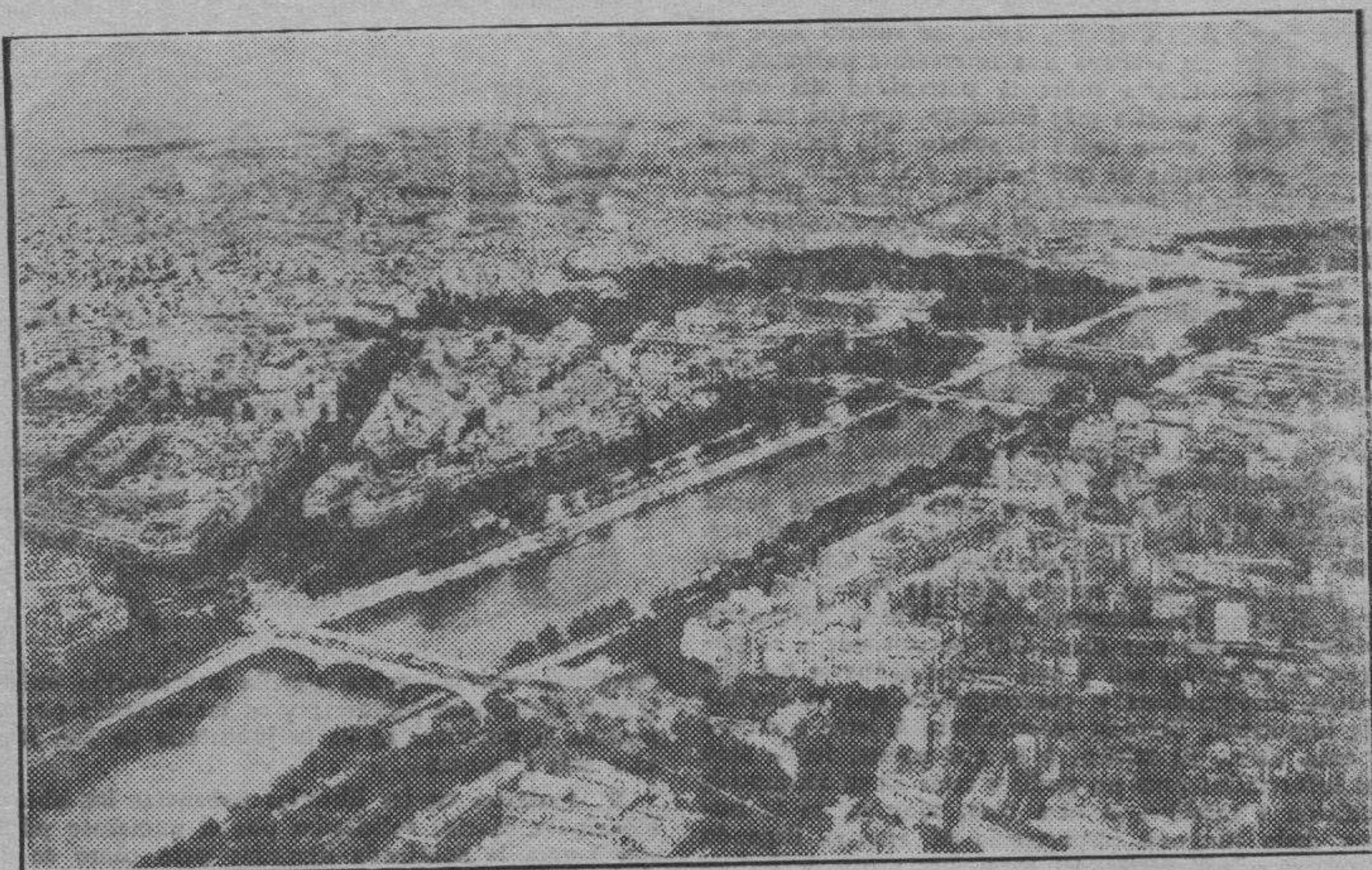
El turismo, que no existía aun con ese nombre, se



organizó alrededor de la Torre. La Exposición de 1900 fué su venganza gloriosa: millares de turistas venían a la Exposición, pero todos confesaban que sobre todo venían para conocer la Torre de Monsieur Eiffel.

Monsieur Eiffel se había instalado frente a su Torre, en una casa cuyas ventanas se abrían todas del lado de la Torre. Monsieur Eiffel podía, desde su cama, contemplar su obra maravillosa. En esa misma casa del Champs de Mars murió, en 1923, con las ventanas abiertas, frente a su torre de encaje metálico entre cuyos dibujos el aire y las nubes circulaban con facilidad. Es en esa casa que recibió el homenaje del mundo entero. París, poco a poco arrepentido, comenzó a desfilar por la residencia del gran ingeniero. Primero fueron los señores del Municipio que lo habían atacado, los que se presentaron en masa para dejar sus firmas en el inmenso Libro de Oro de la Torre. Después fueron los artistas y los hombres de letras. Y la Torre comenzó a vivir una vida de paz gloriosa. En los primeros tiempos la Torre era como una ciudad: había en ella instalados con lujo, cuatro restaurantes, una sala de teatro para revistas, un periódico, sucursales de los grandes almacenes, ventas ambulantes de «souvenirs», una estación de observaciones meteorológicas y una oficina de correos. Después se instaló en ella la Reina del Día: la estación del Radio. Se celebraron banquetes suntuosos, se dieron bailes organizados por la alta sociedad, se comenzaron a oír las voces poéticas en libros de poemas. El ditirambo dejó escuchar sus cascabeles, y para que no faltara nada de lo humano, los enamorados comenzaron a casarse en su tercera plataforma (Cocteau dixit) y los desesperados comenzaron a suicidarse echándose desde esa misma plataforma.

Hoy la Torre cumple cincuenta años. Todo esto me lo digo mentalmente desde el sitio estratégico en que he venido a colocarme, hoy 28 de marzo. París está a mis pies, ondulante y sólido a la vez, y móvil y multicolor y vivo. Me acuerdo de las noches



Paris visto desde la Torre Eiffel

feéricas de las Exposiciones, cuando la electricidad, buda indescriptible, lanzaba sus cabriolas al cielo, en una explosión caracterizada de arco-iris y de paisajes de sueño. Los habitantes de Marte, si logran observar estas hecatombes eléctricas, pensarían que los habitantes de la Tierra se habían vuelto poetas. Fuegos de artificio policromos, rayos entrecruzados formando colas de pavorrales que se paseaban en el jardín de la noche, ojo de Polifemo a veces, solitario en la oscuridad, y otras veces orgía de movimientos, danza báquica de colores, fiestas de Babilonia que debieron hacer palidecer de celo a las constelaciones.

—¿Qué sería de París—me pregunto, curioso, en lo más alto de la Torre—sin esta curiosa y admirable invención de Gustave Eiffel?

Porque, poco a poco, esta Torre ha llegado a ser la síntesis lineal de la inmensa ciudad. Ni las Torres de Notre Dame, ni la basílica de Montmartre, ni el Arco del Triunfo, ni los puentes del Sena son capaces de disputarle a la Torre su papel de símbolo. Trazad tres rayas sobre un papel cualquiera, dos inclinadas y unidas en el vértice, una pequeña y transversal en su mitad, y ya tenéis el símbolo de París. No hay un solo hombre civilizado que no comprenda ese lenguaje gráfico y simple, bajo todos los cielos. Echad una carta en la China, en el sur del continente americano, en Australia, en los islotes del Pacífico, con abajo del nombre de la persona a la cual va dirigida, y el nombre y el número de una calle, una rápida Torre Eiffel abajo, y veréis cómo esa carta llega derecho a París. «Desde lo alto de la Torre Eiffel...» así comienzan los trillones de cartas postales que todos los turistas del globo han enviado a través de todos los mares y por sobre todas las montañas. «Desde lo alto de la Torre Eiffel pienso en usted». Es ya una etapa en mitad de la vida de trillones de gentes...

Enclavada en mitad del corazón de París, la Torre tiene más precio que la catarata del Niágara, es más sensacional que las Pirámides de Egipto, más simbólica que el Coloso de Rodas, más espiritual que los rascacielos de New York. No todas las maravillas son siete, ni todas son Tour Eiffel...

PENSAMIENTOS

Por DIOGENES

Puede que un soltero no disfrute de gran felicidad, pero escapa de grandes miserias.

Se necesita un poderoso cristal de aumento para ver el manto de caridad de cierta gente.

El más grande acontecimiento en la vida de una gallina es un huevo y un cacareo.

Mientras más un hombre trata de probar que

no es un tonto mejor prueba que lo es.

No porque nunca sepamos de lo que somos capaces hasta que lo intentamos vamos a intentarlo todo en esta vida.

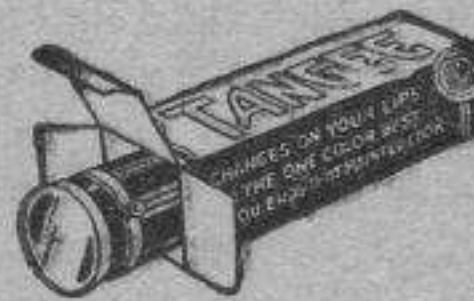
Los hombres son como las mujeres sólo en la más tierna edad: cuando se dan cuenta de que para obtener lo que se desea lo mejor es llorar.



Ella lo amaba en silencio. El se había fijado en ella—pero la evitaba. Le chocaban esos labios recargados de pintura. Ella se dio cuenta... usó Tangee y...



Ella se tomó la revancha! Por algún tiempo se dejó cortejar—pero se mostró reservada... hasta que por fin le dió el sí... «Me gustas—él dijo—por tu boca de grana... por que no te pintas... ¡no veo la hora de conducirte al altar!»



Causa sorpresa al usar Tangee por primera vez. Y luego admiración. Usted ve que pasándose ligeramente es rosa. Repasándose llega hasta un grana encendido. Un matiz aún más vívido lo da el nuevo Tangee "Theatrical". ¡Y siempre luce usted "naturalidad" que encanta! Por eso es el lápiz de más venta en Estados Unidos. Allá las imitaciones no tienen aceptación ¡cuidado que no intenten vendérselas aquí! Exija Tangee ("Natural" o "Theatrical").

Use también el colorete y el Polvo Facial Tangee. Deje hoy mismo las pinturas y luzca más atrayente usando Tangee!

El Lápiz de Más Fama
TANGEE
EVITA EL ASPECTO DE PINTURA



ACIA el año 1903 se suscitó aquí en la Habana una interesante polémica literaria sobre la paternidad del soneto «La más hermosa», que fué tan famosa como el soneto. No había otro tema de qué hablar, y el litigio adquirió una inusitada importancia. Ruy Díaz —Enrique Corzo— el crítico mordaz y de reconocida autoridad literaria que se había hecho muy popular redactando una sección de crítica menuda en el DIARIO DE LA MARINA, acusaba al autor del soneto de haberlo producido íntegro de una colección de ellos, que algunos años antes había publicado en Sevilla el renombrado y erudito escritor cervantino don Francisco Rodríguez Marín. Enrique de Corzo era hermano de Isidoro y Juan, los tres hijos de don Antonio Corzo, ilustre jurisconsulto, notable periodista y aplaudido autor dramático que tanto figuró en nuestro mundo social y político allá por los años del 82, al 95, 96, etc. Como el autor del vapuleado soneto era nada menos que el literato y poeta cubano Enrique Hernández Miyares, director del semanario «La Habana Elegante», revistió el asunto una desmedida notoriedad; y se pusieron en juego las mil y una pasiones, invectivas, denuestos, imputaciones y «marragerías» que la envidia y la impotencia literaria acostumbran a sacar a relucir en estos casos. El crítico, a lo que parece, había sido mal informado; pues no podíase creer de su reconocida erudición e inteligencia otra cosa. Hoy no se le hubiera dado ninguna importancia al asunto, llegando a hacernos indiferentes del todo, hasta que se hubiera escrito o no el soneto, y que fuera o no autor del mismo, el Preste Juan de las Indias. Pero los amigos y compañeros de Hernández Miyares nos pusimos entonces inmediatamente a su lado, dispuestos a romper cada uno su lanza, al igual del protagonista del soneto. Don Quijote, frente a aquel Caballero de la Blanca Luna que venía a sostener lo contrario; y la contienda adquirió tanta importancia como la de Checoeslovaquia de estos días.

Hervían los cenáculos literarios. El Ateneo, las redacciones de «La Habana Elegante» y «El Figaro»; las del DIARIO, «La Lucha», «La Discusión»; las tertulias del Teatro Albu—encendida cocina del integrista», como lo calificaba Antonio Escobar—, las del café de Irijoa; las del Brunet, de Tación; las del Hotel Telégrafo; las del Central; las del café Europa, que cierta vez llamó Luis Bonafoux «El Avispero»; las de la Acera del Louvre, que no había perdido aun su importancia y auge social; las reuniones, por fin, que se verificaban en las esquinas de Obispo y Habana; Obispo y Mercaderes; Zulueta y Prado; y portales de la aun incompleta Manzana de Gómez, eran escenarios de violentas y apasionadas discusiones sobre el asunto de «La más hermosa». Aprovechando la oportunidad del tema, un experto comerciante abrió en la calle de San Rafael una Juguetería con aquel nombre; y no tuvo que arrepentirse de ello. Tan crecida y constante le resultó la clientela, gracias a aquella oportunidad que supo agarrar por los cabellos, y su éxito fué tan definitivo, que durante mucho tiempo subsistió en la citada calle la juguetería «La más hermosa».

Ruy Díaz, entre tanto, insistía en su denuncia; con tales visos de seguridad, que...

—A no ser—llegó a decir Enrique Hernández, confundido por aquella irresistible serie de datos—que yo, sin saberlo, haya caído por casualidad en una imitación demasiado exacta.

Asombro; duda; recelo. Se citaban casos de semejanzas literarias, verdaderamente anonadantes de obras célebres de Alejandro Dumas; de versos de Victor Hugo. Se había acusado de plagarios a escritores tan famosos e indiscutibles como Leopoldo Alas, «Clarín», y Eca de Queiroz. Se traía a cuento el escritor francés Lé-Sage, autor del célebre «Gil Blas de Santillana», a quien se tenía por un usurpador que le había robado su gloria a un oscuro abate español. Hoy se hubiera citado la campaña contra el novelista Pérez Lugín, a quien se le negaba la paternidad de su inmortal «Casa de la Troya».

Al oír aquella inesperada manifestación de Enrique, los doce apóstoles que de continuo le rodeaban, temblaron. Cundió la duda entre ellos. Ante los insistentes ataques y pruebas que aducían los flageladores del poeta, era para perderse en un piélago de silogismos y de incógnitas; pero a todos les fortalecía la actitud firme e invariable del acusado, aguardando sereno, y cada vez más animoso, el fallo concluyente y definitivo de la verdad. Un día se dijo que se había utilizado el cable para ponerse en contacto con Rodríguez Marín, a quien se tenía por el verdadero padre de la criatura; preguntándole si él era o no el autor del soneto «La más hermosa», que aquí se había publicado con la firma de otro poeta. El primer discurso de Hitler en el asunto de Checoeslovaquia no fué esperado con mayor ansia, que la contestación cablegráfica del insigne poeta sevillano. La respuesta de Rodríguez Marín fué vaga, incoherente; no sabía de lo que se trataba, ni a qué soneto querían referirse. Nuevas congeturas y suposiciones. Eludía una contestación categórica; no quería hacer daño. Ciertos eran los toros sevillanos. Se hizo mayor sombra aun acerca del asunto. Los apóstoles,

VIEJAS POSTALES DESCOLORIDAS POR Federico Villoch

inseguros, volvían sobre aquella contestación enigmática de Hernández Miyares; y en tanto, crecía por momentos la popularidad de la juguetería de San Rafael «La más hermosa».

Se agotaron en las librerías habaneras las obras de Rodríguez Marín, solicitadas por el numeroso público que seguía la contienda literaria; pero como en ninguna de ellas aparecía el soneto objeto de la discusión, aseguró entonces la maledicencia que las ediciones del libro en que aquél viera la luz se habían agotado hacía ya mucho tiempo, a causa, precisamente, del valor y la magnificencia de la composición poética que armaba tanto ruido. Muchos que ni siquiera sabían de la existencia del erudito comentador del Quijote, se lo leyeron de cabo a rabo, con la esperanza de encontrar agazapado en algunas de sus páginas el soneto que Hernández Miyares se había atribuido «cínicamente». Pero el soneto no asomaba la cabeza por ninguna de ellas; y lejos de eso, trastornaba cada vez más con su misterioso pasado, la de los invensibles litigantes que no cedían un ápice en sus respectivos criterios. Mientras tanto, Hernández Miyares, que era la impasibilidad personificada—había que conocerlo—dejaba correr el tiempo —y el soneto— fumando imperturbable sus célebres cigarrillos de Chamico, que le habían recomendado para la afección asmática que padecía. Además, Enrique era un verdadero criollo amigo del choteo y la guasa. Panchito Chacón, uno de sus íntimos, solía preguntarle: —En secreto, Enrique ¿dijimos lo que hay de verdad en el asunto? Y Enrique, para verle, le contestaba: —Es casi un plagio, pero no se lo digas a nadie...

De nuestro grupo del «Figaro» y «La Habana Elegante», Enrique y Panchito eran los únicos que hubieran podido escribir aquel zarandeado soneto de corte clásico. Ambos tenían la misma afinidad literaria y la misma inclinación hacia la antigua literatura española; y sobre todo, Hernández Miyares había heredado de su patria de origen, el legendario Camagüey, el gusto por lo aristocrático y arcaico. Panchito, noble de abolengo, hablaba a lo Calderón de la Barca; con giros y ademanes del teatro antiguo.

Todos los días se publicaba en los periódicos algún comunicado anónimo firmado por una o varias letras de las veinte y ocho del alfabeto: A. J. —M. Y. —L. Z. —H. B. etc., etc., no quedando una sola sin su correspondiente diatriba o defensa acerca del asunto, citando muchas de ellas, para confirmar sus aseveraciones, libros, artículos, ensayos y revistas que jamás habían visto la luz pública en ninguna parte. ¡Oh! inagotable erudición de los osados y mixtificadores de las letras, a los cuales alude José Cadalso, cuando dice en su «Eruditos a la Violeta», que en todos los siglos y países del mundo han pretendido introducirse en la república literaria unos hombres ineptos, que fundan su pretensión en cierto aparato artificioso de literatura».

El discutido soneto de Hernández Miyares lo publicó por primera vez en el periódico «El Mundo», el malogrado cronista del mismo, Mario Muñoz Bustamante, en una sección que titulaba «Ecos de todas partes», firmado con el pseudónimo de «Crisóstomo». Una discusión sostenida en el Senado, a raíz de la proclamación de la República, en 1902, entre los esnadores don Manuel Sanguily y el doctor Antonio Sánchez de Bustamante, con motivo de la presentación de un proyecto de Ley en que se prohibía la venta y traspaso de tierra, dió lugar a que entre ambos ilustres hombres públicos se cruzaran brillantes frases y en contra de dicho proyecto legislativa, siendo el insigne literato el que sostenía lo primero; y el elocuente internacionalista, el que apoyaba lo segundo. La mayoría de votos le dió la razón al doctor Sánchez Bustamante; y aunque Sanguily reconoció su derrota, como el Caballero de la Blanca Luna en el Quijote, declaró que creía su idea digna y patriótica; y que, por

lo tanto, continuaría en lo sucesivo rompiendo lanza por ella.

Poco más, poco menos; con palabras más sonoras; con más conceptuosas frases, describíese en el inmortal Don Quijote de Cervantes una escena entre el bueno y noble don Alonso Quijano y el Caballero de la Blanca Luna, parecida a la que hubo lugar en el Senado entre Sanguily, El Quijote Cubiche, y el doctor Bustamante, que allí caracterizaba al travieso Bachiller Sansón Carrasco: «Y como era más ligero el de la Blanca Luna, llegóse a Don Quijote a dos tercios andado de la carrera; y allí le encontró con tan poderosa fuerza, sin tocarle con la lanza, que la levantó al parecer de propósito, que dió con Rocinante y con Don Quijote por el suelo, con una peligrosa caída. Fue luego sobre él; y poniéndole la lanza sobre la visera, le dijo: «Vencido sois, caballero; y aun muerto, sino confesais las condiciones de nuestro desafío. Don Quijote, molido y aturdido, sin alzarse la visera, como si hablara dentro de una tumba, con voz debilitada y enferma, dijo: «Dulcinea es «la más hermosa» mujer del mundo; y yo el más desdichado caballero de la tierra; y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad: aprieta, caballero, la lanza; y quítame la vida; pues me has quitado la honra». «Eso no haré yo, por cierto—dijo el de la Blanca Luna—: viva, viva en su entereza la fama de la fermosura de la señora Dulcinea del Toboso; que solo me contento con que el gran Don Quijote se retire a su lugar un año, o hasta el tiempo que por mí le fuere encomendado, como concertamos antes de entrar en esta batalla». Lo que hizo Quijano Sanguily, el bueno; dejándole el campo a los que no tardaron en hacer de él mangas y capirote, vendiéndolo; traspasándolo; e hipotecándolo a su antojo.

Aquella discusión senatorial sostuvo la nota de actualidad durante algunos días, dividiéndose la opinión entre los idealistas o quijotes que estaban con Sanguily; y los prácticos o sanchopanescos, que le daban la razón a Bustamante. Hay que tener en cuenta que, finalizada casi una guerra desastrosa para la propiedad rústica, como lo había sido la de la Independencia de 1895, formaban legión los que esperaban «al americano rico», para venderle a buen precio sus fincas, y resolver favorablemente su situación económica. Se hizo popular el tipo del americano comprador. Todo el mundo lo esperaba para venderle algo: tierras, casas, concesiones, objetos históricos, machetes, rifles célebres, y fuerza es confesar que tanto los compradores como los vendedores hicieron buenos negocios; dándose también el caso, y no poco repetido por cierto, de que los primeros salieran a veces con las manos en la cabeza, en pago a su impaciencia y desconocimiento del país; y también de su desmedida avaricia.

Hernández Miyares, fanático admirador de Manuel Sanguily, se sintió inspirado ante la patriótica y noble conducta de éste, propiciando una idea que creía altamente beneficiosa para Cuba; y fundándose en las palabras que aquél había vertido en la famosa discusión senatorial, escribió su soneto, al que en un principio, ni su mismo autor ni el público, le concedieron importancia alguna; y que hubiera seguramente permanecido ignorado bajo aquel pseudónimo de «Crisóstomo», de no sacarlo a la palestra, el reconocido por todos cáustico y chispeante crítico Ruy Díaz. Seguro que el corte clásico de la composición, poco corriente en la producción poética del país; y el raro pseudónimo tras el que parecía esconderse un autor tímido o sospechoso, inclinaron al crítico sagaz a creer que se trataba de un plagio; por lo que no tuvo inconveniente en escoger a aquélla como tema de uno de sus diarios y entretenidos vapuleos periodísticos, dando ello lugar a que se supiese al fin que «Crisóstomo» era el distinguido y apreciado director de «La Habana Elegante», Enrique Hernández Miyares, y que



LA MAS FERMOsa

se leyese y publicase en el último rincón de la isla su bello y combatido soneto:

«LA MAS FERMOsa»

*Prosigue el caballero su camino
entuerto desfaciendo con su lanza;
todo noble tesón al fin alcanza
domar las justas leyes del destino.
Cálate el roto yelmo de Mambrino
y en tu rocín glorioso altivo avanza;
desoye al refranero Sancho Panza;
y en tu brazo confía y en tu sino.
No temas la esquivez de la fortuna;
si al caballero de la Blanca Luna
medir sus armas con las tuyas osa,
y te derriba por contraria suerte;
de Dulcinea, en ansias de la muerte,
dí que siempre será «la más fermosa».*

El poeta no había hecho, como se ve, más que enterrar en bellos y rotundos endecasílabos las alentadoras frases de Cervantes; pero ¡con qué acierto, con qué justeza, con qué oportunidad!

Cuando se empezó a agriar la polémica, y el propio crítico Ruy Díaz se dió cuenta de la inseguridad en ella de su posición, lanzó la noticia de que un tal José Iñigo Romero era quien, en carta que obraba en su poder, le había denunciado el plagio del soneto, cuya paternidad le atribuía al escritor sevillano Francisco Rodríguez Marín. Nunca se supió quién era, ni de dónde había salido, ni si en realidad existió, el tal José Iñigo Romero.

Como se comprenderá, la aseveración del crítico cayó en la opinión pública como una bomba en medio de una plaza. Frescos aun los rencores de la guerra separatista, el asunto derivó en el acto hacia la legendaria enemiga entre cubanos y españoles; y ya se entabló la polémica en el terreno de las más acres diatribas, y las más duras violencias; sucediéndose los episodios y las disputas de que hemos hablado anteriormente.

Enrique, con su carácter hermético, retraído, enemigo acérrimo de la parlanchinería—dado su padecimiento asmático crónico—, era parco en palabras, esquivaba hablar del enojoso asunto, ni menos tomaba parte en las discusiones que hasta en su presencia se suscitaban acerca del mismo—excepción hecha de al-

gunas crónicas en estilo festivo que publicara en «La Discusión» con la firma de Hernán Enríquez—de lo que se valía la maledicencia para sus desfavorables comentarios. Los ajenos a la vida literaria se enteraban del caso sin darle importancia mayor, ni seguir el curso de las enardecidas polémicas; dando ello motivo a que no pocos consideraran ya resuelto el asunto con arreglo a sus primitivas impresiones. Contaba en uno de sus «Ecos y Notas», de «La Discusión», el ameno cronista Héctor de Saavedra, compañero del poeta en aquel periódico, que yendo una vez por la calle del Obispo en compañía de un cierto señor extraño por completo a las bellas letras, pasara Enrique por su lado; y al cruzarse entre ambos el correspondiente saludo, aquél le preguntó, por simple curiosidad, de quién se trataba; y al decirle Saavedra que de Enrique Hernández Miyares, su eventual compañero le contestó en el acto:

—Ah! ya sé: uno que se robó un soneto.

Seguro que, de enterarse del caso, el propio Enrique se habría reído de él a mandíbula batiente, sin el menor enojo.

Desenmascarado el Iñigo Romero de quien hablamos anteriormente; dadas las oportunas explicaciones por Ruy Díaz, que se tomaron como una rectificación sincera de su involuntario error—su caballerosidad y su amor a las letras no le hubieran permitido otra cosa—recibida aquí en la Habana una carta de Rodríguez Marín, tras cuya posesión se dieron no escasas y cómicas carreras, por que ya se decía que la había recibido Fulano; ya que Fulano no la había podido extraer aun del correo a causa de su equivocada dirección; ya que Mengano la había recibido al fin de Fulano; ya... El hecho en definitiva fué que nunca se esperó carta amorosa con mayor ansia por su destinatario; ni tardó tanto en llegar a poder de los interesados que la esperaban afanosos, como el infeliz condenado a la última pena aguarda su ansiado indulto. Desvanecido, en fin, el error, sonó la hora del desagravio; y se le ofreció a Enrique Hernández Miyares, en la noche del 14 de mayo de 1903, en el Teatro Martí, un banquete homenaje que revistió los detalles de una imponente apoteosis en loor al poeta.

Pocas veces la solidaridad patria se ha manifestado de una manera más efusiva y elocuente; latía en todos los corazones un sincero deseo de desagraviar al com-

patriota de tan ruda manera combatido. Puede decirse que todos los que asistieron a aquel hermoso acto lo hicieron—lo que no es corriente cuando se ensalza a un prójimo—sin reservas mentales de ninguna clase; y que cada apretón de mano recibido por el homenajeado, fué una calurosa prueba de afecto, pues sólo el que lo sentía de verdad en su corazón por el poeta, tuvo empeño en asistir al convite.

Presidía la mesa del banquete el director de «La Discusión», doctor Manuel María Coronado, quien dirigió los brindis con la mayor discreción y el más oportuno acierto. Leyeron expresivos sonetos dedicados al poeta el Conde Kostia, Manuel S. Pichardo, Bonosio de Segarra, Bonifacio Byrne, etc., etc., y pronunciaron bellos discursos, el cultísimo escritor y afamado médico doctor José Varela Zequeira y otros; amenizando el acto con bellos cantos del país y deliciosos danzones, la popular y afamada orquesta de Raimundo Valenzuela. Una fiesta memorable.

Terminado el banquete, los amigos íntimos y compañeros del festejado le fueron abrazando uno por uno. El abrazo del postalista no fué de los menos efusivos y prolongados. Pagábamos una deuda de gratitud. Enrique fué un entusiasta admirador de nuestros primeros desahogos líricos; y le abrió espontáneamente las columnas de su selecta revista «La Habana Elegante» a nuestra colección de «Cuentos a Juana»; en uno de los cuales—«La Corona de Espinas»—cuando no pensaba él escribir su soneto, hablábamos ya del calvario que le tiene reservado el mundo a los escritores de genio...

En 1904, José M. Carbonell, íntimo camarada de Hernández Miyares, publicó un ameno e interesante libro con todo lo que se había escrito y se refería a la tan ruidosa contienda literaria sobre el soneto «La más fermosa»; libro al que remitimos a nuestros lectores por si consideran—que son de considerarse—estos ligeros apuntes.

Muchos años después, y cuando ya pocos se acordaban de aquel ruidoso proceso literario, en un viaje de recreo que hicimos a España, pasamos un par de semanas en Sevilla. Corría el mes de junio; y es excusado decir cómo se experimentaba el calor en la bella ciudad que baña el Betis. Los pajarillos caían asfixiados en la alameda; en el Parque de María Luisa; en la Plaza del Ayuntamiento; donde quiera que había un árbol, se les veía revolotear atontados y caer algunos sin vida en aquella atmósfera de fuego. Una tarde, en que salimos del hotel, huyendo de aquel horno en que se convertía cada casa, refrescábamos en un café frente al Palacio Consistorial, cuando en una de las mesas próximas a la nuestra vimos sentado un señor de más de cincuenta años, de lengua barba blanca y simpático aspecto, que hablaba de literatura con dos caballeros de su propia edad, al parecer, que lo acompañaban:

—Rodríguez Marín, Don Francisco—nos informó el camarero, respondiendo a nuestra curiosa pregunta.

Puede suponerse nuestro asombro. No tardó el propio camarero, correspondiendo a nuestra súplica, en llevarnos a la presencia del justamente afamado cervantista sevillano; con el que entablamos una interesante y animada conversación que, como se comprenderá, llevamos al caso de nuestro compañero Enrique Hernández Miyares, ya por entonces fallecido hacía algún tiempo; y, cuando creíamos que el renombrado poeta y esclarecido erudito iba a darnos amplios e interesantes detalles sobre aquel asunto, en que él había tomado parte como una de las principales figuras—abogando con su augusta fama y su encendida gloria la incipiente de nuestro modesto compañero, a quien poco menos que se trató de crucificar por impostor y ponerle el INRI en la frente—nos contestó, en ese tono vago, oscuro e incoherente del que no le ha dado gran importancia al asunto sobre el que se le interroga:

—Ah! sí, Miyares... Miyares... tengo una idea de eso...

Nos vino a la imaginación el famoso cuento de Jules Lemetre sobre Pilatos, el juzgador de Jesús, cuando una tarde, ya declinando en su vida, al pasar en su lujosa litera de marfil, púrpura y oro, por una calle de Roma, alguien le preguntó si se acordaba de aquel joven de Nazaret que él entregó a las turbas, para que lo juzgaran a su antojo y según sus leyes mosaicas.

El viejo Gobernador de la Judea hizo un poderoso esfuerzo de memoria; y contestó al cabo:

—Ah! sí; tengo una idea... Jesús... Jesús... Un joven nazareno; un soñador...

He ahí el primordial objeto que nos ha guiado al reseñar este recuerdo histórico de «La más fermosa», cuyos detalles y episodios son, por otra parte, tan conocidos de la mayoría de nuestros lectores; señalar la irresponsabilidad de aquellos que suelen ser la causa indirecta e inconsciente, de no pocos acontecimientos importantes de la vida; en ocasiones, de nuestras propias desgracias e infortunios...

LA ULTIMA...

(Viene de la página 15.)

¿Por qué temer mi enojo? ¡Brindo a la salud de mi compañera!

Buck le detiene el brazo. Fuller le mira con tanta amenaza, que el secretario le suelta. Bebe.

—Muchacho —dice a Morton—, ¿qué hace usted aquí?

—Espero —responde, por salir del paso.

—Me duele decirlo, pero necesito hacerlo, muchacho. Usted no cumple con su deber. Esta noche tenemos que llenar el circo. Si no logramos esto, vamos a parar al calabozo.

Asiente. Les place encontrar a Fuller preocupado por las dificultades de la compañía.

—Buck, ¿cree usted conseguir ese lleno?

—No estoy seguro de eso, patrón —contesta el secretario.

—Pues yo lo estoy. —Se dirige a la atemorizada señora Sárdenson—: ¡Venga otro gin!

Esta vez ninguno se atreve a contradecirle. Temen su arrebato. Pálidos, le miran apurar la segunda, y luego una tercera copa de alcohol. El gin acaba por aclarar el gesto de Fuller, pero enturbia a los circunstantes.

—¿Cuenta usted con el éxito, patrón?

—Sí, Buck —responde—. Todavía dispongo de un recurso para atraer al público. Si este también me falla, secretario, habrá que borrar de nuestro itinerario este maldito pueblo...

—¿Cuál es la atracción?

El domador castiga sus botas con el latiguillo.

—¿No lo adivinas, Cascabel? —pregunta.

—Confieso que no.

—¡Menelik! —responde.

Sus compañeros lo temían. Miranse consternados. La hotelera exclama:

—¿Piensa usted hacerse despedazar?

—¡Me teme! —responde el domador.

En vista de que los hombres callan, la mujer desafía al coloso:

—¡Es usted quien tiene miedo! —grita.

—¿Yo, mujer?

—Si así no fuese, no le pediría coraje al alcohol. Enójese cuanto quiera.

Contra lo que esperaban, el domador sonríe:

—No creí discutir con usted mis asuntos, señora —dice—, pero como usted parece interesarse por mi salud, quiero darle una explicación: Menelik es un mal enemigo.

—Dígalo Bowers —interrumpe Buck.

—Le conozco —prosigue Fuller—; ha probado la carne, mas también ha probado mis puños y se doblega ante mí. Hace un cuarto de hora entré en su jaula. Llevaba mi revólver y este junquillo —señala—. ¿Bramó? Estuvimos un instante mirándonos. Esperé que saltara, y el canalla acabó por echarse a mis pies. ¿Se arrepiente usted de haberme llamado cobarde?

La señora guarda silencio.

—Si esta noche yo entrase en la jaula —continúa Fuller—, el espectáculo carecería de interés. El público es muy cruel, señora. Asiste a la función con la vaga esperanza de ver un poco de sangre.

—¿Quién entrará, entonces? —pregunta Buck.

—Gloria —responde el domador.

—¡Se la comerá! exclaman a dúo.

Fuller les mira con lástima.

—¡Comérsela! —grita—. ¿Están imbéciles?

—¿Quién la defenderá, patrón?

De un zarpazo el domador corre hacia adelante su revólver.

—¡Este! —responde.

—Puede fallar...

—Se trata de mi mujer, a quien amo y quien merece mi cariño —dice—. ¡Basta! —Dirígese a Morton—. ¡Mande pintar un cartel anunciando este número! Es conveniente hacer creer que Gloria corre gran peligro. Sabiendo que yo estaré a dos pasos de la jaula, pronto a matar a tiros al león, ese riesgo no existe.

—¡Me parece una locura, Fuller! —declara Buck.

—¡Yo conozco a mis leones mejor que usted!

La indignación de Morton es más fuerte que su prudencia.

—¡Pero yo creo conocer a usted, patrón! —replica.

El domador le atrae violentamente.

—¿Qué quiere usted decir? —brama.

—Nada...

Cascabel y dos o tres parroquianos intervienen.

—¡Entonces, obedezca! —dice Fuller, dándole un empujón.

Buck trastabilla y cae sobre un banco. Fuller se aleja.

—¡Síguelo! —ruega Morton al clown.

Los parroquianos vuelven a ocupar sus asientos. Cascabel abandona el bar. Entonces la hotelera se aproxima al maltrecho secretario.

—Quiere vengarse —murmura.

—¿Qué sabe usted?

—¡Todo, Buck! —confiesa la señora—. A pesar mío, oí cuanto habló usted con Cascabel. Ese canalla de Fuller conoce la traición de su señora y ha resuelto que el león la despedace.

Morton se yergue. Comprende que negar resulta inútil. Mira en torno, pone un dedo sobre los labios y en tono amenazante:

—¡Silencio! —dice.

—¿Y por qué he de callar? —replica ella—. Trata de cometerse un crimen y debo evitarlo.

—¿Cómo?

—Pondré el hecho en conocimiento del sheriff.

—¡Por favor, señora! —suplica entonces Morton—. ¿Dará usted publicidad a un secreto que ha sorprendido?

—Lo haré.

—¡Se trata del honor de una dama!

—¿Prefiere usted su muerte?

Buck intenta disuadirla de su propósito. Por desgracia, en su concepto, ni la policía ni nadie podría evitar el drama.

—¿Y la ley? —pregunta la hotelera.

—La pobre Gloria es domadora de fieras, señora. Varias veces ha entrado en la jaula de los leones. En tales casos, su marido queda cerca, dispuesto a defenderla.

—¡Sabemos que esta noche no lo hará!

—¿Lo sabemos, señora?

—Lo presumimos, Buck.

—¡Eso es todo, buena mujer! Yo estoy tan desesperado como usted... Y, sin embargo, sólo puedo cruzarme de brazos. Poseemos simples presunciones. Nada más. ¿Qué he visto? Lo suficiente para presentar el drama: el llanto de Fuller, la fuga del rival, la palidez de Gloria. Ninguno de los actores me ha dicho una palabra de lo ocurrido.

—¡Es usted un infeliz, Buck!

—Lo soy, señora —declara—. Merezco un día mejor que este. Lo aseguro.

—¡Suspenda el espectáculo! —grita ella.

—¿Con qué derecho? —gime, volviendo a sentarse—. ¿Quiere usted saber la verdad?

—La sé —dice la mujer—: ¡tiene miedo!

El asiente y permanece con la cabeza gacha.

—¡Pero yo no tengo! —grita—. Está en sus manos la salvación de esa desdichada.

—¿Qué puedo intentar?

—Por lo pronto, no mande hacer el anuncio.

—¡Imposible!

Ahora, la enérgica señora le obliga a ponerse de pie.

—¡Cobarde —dice—, vaya usted al circo y cuente a la mujer de Fuller el peligro en que se encontrará esta noche!

—Es inútil...

—Haga que se rebele. ¡Que huya! Yo la defenderé.

Buck toma una mano de la hotelera, la lleva a sus labios.

—¡Gracias por ella! —dice—. Es usted una buena mujer... Obedeceré. Si, como supongo, Gloria está dispuesta al sacrificio, mandaré hacer el anuncio del número, señora, porque yo no quiero morir a manos del domador... Queda una esperanza...

—¿Cuál?

—Dios.

Una hora después, dos ganapanes pasean por las principales calles del pueblo el cartel donde se anuncia que Gloria Fuller, para despedirse dignamente de «Despeñadero», entrará en la jaula del terrible león Menelik. Buck ha fracasado. A su vez, la señora Sárdenson deja el establecimiento, y de cocina en cocina, de grupo en grupo, hace correr por la localidad la angustiada verdad: Fuller, para vengarse de la adúltera y escapar al castigo, arrojaba su mujer a las fieras. «Despeñadero» tuvo un escalofrío. Cuando la señora Sárdenson comunicó sus temores al sheriff Davies, encontró que el funcionario policial pensaba al respecto lo mismo que Buck Morton.

—No puedo intervenir —le dijo—. No existe denuncia, señora.

—¡Procederá usted cuando ya no haya remedio!

—Asistiré al espectáculo. Creo que en caso de peligro, Fuller hará fuego sobre la fiera.

—¿Y si no lo hiciese así, sheriff?

—En tal caso mi revólver evitará el drama.

La función de despedida estaba anunciada para las nueve de la noche.

En el pueblo notábase extraordinaria animación.

De puerta en puerta se cruzan comentarios. Los vecinos más escépticos, las comadres que sólo salen de sus casas los domingos para ir al oficio religioso, los comerciantes engrillados a sus mostradores, todos se disponen a paladear el drama. No hay quien crea en la sangre. Esperan el arrepentimiento de Fuller, la rebeldía de la víctima y la providencial intervención del sheriff. Mas se les ofrece una noche de emoción y nadie quiere perderla.

A las ocho y media la banda inicia, en la puerta del circo, su acostumbrado concierto.

Oyense borrosos los bramidos de las fieras.

Nótase movimiento en boletería. El pueblo despierta.

El primer palco lo adquiere el matrimonio Sárdenson. Poco a poco la carpa se llena de vecinos atraídos por el olor a sangre. Todos cambian impresiones en voz baja.

Las señoras, pálidas, acompañadas por sus maridos, silenciosos y graves, ocupan sus asientos, cuidando no manchar los vestidos de fiesta. No se nota la presencia de un solo niño.

Faltan pocos minutos para las nueve, cuando un matrimonio retrasado llega a boletería.

—¡Dos asientos de platea! —pide el marido.

—No hay más localidades —responde el empleado.

La empresa ha obtenido una entrada formidable. Aun cuando Gloria Fuller vaya al hospital de la localidad y su marido al calabozo, el resto de la «troupe» estará en situación de saldar sus deudas y emprender viaje al pueblo vecino. Esta seguridad no consigue animar a los atribulados pruebistas. En vano Cascabel y sus ayudantes sacan gracia de su pena y la siembran sobre la pista. El público les oye en silencio casi tormentoso. Los clowns realizan maravillas. Quémanse, ante la apatía general, chistes infalibles, frases y situaciones ingeniosas que han hecho reír a los espectadores de todas las villas. No arrancan ni protestas ni aplausos.

Ahora los payasos se retiran para dejar la plaza a los audaces hermanos Grant. En los trapecios colgados del techo los acróbatas cumplen su «número». Cada vez que miss Grant se lanza al espacio para encontrar las manos de su compañero, oyense algunos chillidos sofocados. Nada más. La triple voltereta con que cierran su trabajo logra escasas palmadas. En cambio una verdadera ovación recibe a Gloria Fuller, cuando la «ecuyera» da varias vueltas sobre el picadero, realizando elegante acrobacia sobre su famoso caballo blanco.

Todo el «respetable» rindió homenaje al valor de la presunta víctima. Las señoras más feas, las más honestas, las solteronas crónicas del pueblo, olvidaron el pecado de la señora Fuller para recordar únicamente que, si Dios y el sheriff Davies no lo impedían, la domadora iba a pagar con su sangre un minuto de debilidad.

Por fin se acerca el ansiado y a la vez temido número de los leones. Mientras Cascabel y los payasos de menor cuantía entorpecen la maniobra, diez empleados arman la gran jaula de hierro. La banda de música ejecuta aires populares. Nadie oye. El viejo clown se fatiga buscando el aplauso, castiga a sus tonys, les hace rodar por la arena. Cae a su vez.

Todo inútil. La gente no se entera.

El público, anhelante, espera la aparición de Menelik. A poco, dos ayudantes hacen rodar la jaula de la fiera. La historia de aquel león, pregonada durante quince días, su melena que aparece entre los hierros y el recuerdo de su víctima, hiela a los espectadores.

La fiera no ruge; pasea sin cesar por la jaula, barriendo el piso con la borla de su cola.

Una vecina ábrese paso a fuerza de codos, se acerca a la señora Sárdenson y le habla en voz queda.

La hotelera se levanta y dirigese al palco ocupado por el sheriff:

—¡Davies! —le dice—. ¿Va a permitir este asesinato?

—¿Sabe usted que lo sea, señora?

—Estoy en condiciones de probarlo, sheriff.

—¡Veamos!

—¿Fuller es el encargado de evitar el drama?

—Lo es.

—¡Bien, sheriff! ¡Ese canalla acaba de cambiar los proyectiles de su revólver por cartuchos de foguero.

—¿Quién lo ha visto? —pregunta el policía.

—Carolina Bumpo —responde la interrogada.

—¿Dice usted la verdad? —interroga el sheriff a la temblorosa señorita Bumpo.

—Sí, señor.

La informante refiere que, tras una cortina, son...

MUY BREVES

GALANTE.

En Superior (Estado de Wisconsin) compareció John Brower, de 80 años de edad, con pensión a la vejez, ante el Comité de Asistencia social y declaró que se había visto obligado de escribir una carta a la señora de Roosevelt, esposa del presidente, solicitando aumento de su pensión. Instado a que dijera cual había sido la respuesta dijo gallardamente: «Yo jamás revelo el contenido de las cartas que me escriben las esposas de otros hombres». — (Newsweek)

PUEBLO.

Un repórter de Washington apostó a que no había petición tan estúpida que no pudiera encontrarse gente que la firmara. Ganó la apuesta. Obtuvo sesenta firmas para pedir al Gobierno una pensión para la viuda del Soldado Desconocido. — (Fliegende Blatter).

PRUEBA.

Marido. —¿No te parece que estaba muy oscura la sala esa para que nos invitaran a un cocktail en ella?

Ella. Así debe haber sido, porque noté que los hombres buscaban a tuestas con las manos a sus compañeras. (Tales of a Wayward Inn).

CONSEJOS.

Para el marido que quiere que lo divorcien: Refiérase siempre a su mujer llamándola «mi cadena» o «la vieja»; revele siempre su edad y diga que representa más; no sonría jamás. Para la mujer que quiere divorciarse de su marido: «Póngase una espesa capa de crema en la cara antes de acostarse».

Para perder amigos que no se quieren: «¿Cómo están Uds.? ¡Cuánto tiempo que no los veía! Observo que Uds. acaban de comer cebollas... (Irving Tressler).

INTUICION.

Con motivo de celebrarse con dos minutos de silencio el aniversario del armisticio en Londres, el profesor preguntó a sus alumnos que sabían de ese acontecimiento. «El armisticio, respondió uno de ellos, fué firmado el 11 de noviembre de 1918 y desde entonces ha habido dos minutos de paz en cada año». — (Medley).

prendió al empresario verificando el cambio de cápsulas.

—¿Qué le detiene a usted, sheriff? —pregunta la hoteñera.

—Muchas razones, buena mujer —responde con calma—. ¿Quiere usted que suspenda la función?

—¡Lo exijo!

—¿Y el público? ¿No le supone capaz de lincharme?...

—¡Nos considera usted unos salvajes, Sr. Davies!

—No se trata de eso... pero no deseo ponerlo a prueba. Seamos razonables —agrega, conciliador—. Mientras no se les prometió este número, no acudieron al circo. Esta noche han concurrido en masa. ¿Quiere que les prive del postre? No, señora Sárdenson. Tampoco puedo permitir que el león se coma a la domadora. Aun cuando Fuller no haga fuego, yo estoy seguro de mi puntería. Si es preciso, mataré a Menelik... —y desprende la canana de su revólver y avanza hacia la jaula.

Cascabel, inquieto, se acerca al policía y le sigue en todos sus movimientos. Cuando Gloria Fuller aparece, oyense protestas aisladas. Sólo la claque hace sonar en lo alto de la gradería las palmadas de reglamento. El público sisea y le obliga a guardar silencio.

La domadora luce su uniforme verde con botones dorados. El traje ceñido destaca su belleza. Todo el concurso la encuentra hermosísima. Junto a su mujer, Fuller avanza sonriente.

—¡Abran! —ordena a los peones.

Menelik salta hacia la arena. Pasea por el ruedo su orgullosa mirada. Abre las fauces y acaba por echarse en el suelo. Buena parte del público, de pie, da gritos al sheriff, mientras los índices señalan al empresario. Davies no responde y Fuller no se digna mirarlos.

—¿Estás pronta, Gloria? —pregunta.

La domadora suspira, da la mano al marido y responde:

Cartilla Histórica de la Salud

Por FISHER BROWN y NAT FALK

COPYRIGHT 1930—HEALTH NEWS SERVICE, INC.



Esta es una falacia dietética propagada por ciertos curanderos que se las dan de médicos y otros maniáticos de los alimentos.

En 1751 le dieron a Philippe Pinel dos grandes manicmios franceses para que los administrara. El demostró que los dementes no tenían que ser encadenados ni encarcelados como animales salvajes, como era entonces la costumbre, sino que respondían a un tratamiento decente y humano.

La Dra. Alice Hamilton es la única mujer miembro de la facultad de Harvard y es una autoridad en bacteriología, inmunidad y envenenamientos. Fué elegida por la Liga de las Naciones consultora de su departamento de organización sanitaria.

PASATIEMPOS

Por DIOGENES

No envidies a tu vecino su buena suerte; envidiale su diligencia.

La experiencia de la vejez es responsable de muchos más errores que la inexperiencia de la juventud.

Sabia es la solterona que cree en la predestinación.

Cuando dos pueden vivir con lo mismo que uno es porque no pueden hacer otra cosa.

«Cristianos práctico» es el que el hombre mantiene siempre fuera de la órbita de sus negocios.

No hay nada más caro que las cosas que nos regalan.

Diez centavos en el bolsillo compran más que un peso que nos depen.

La lengua es la única arma mortífera que no ha evolucionado.

Si fuera cierto que el pescado es el mejor alimento del cerebro, los mejores cerebros serían los de los peces que se alimentan de otros peces.

La experiencia le enseña a la gente una cantidad de cosas que no desearían saber.

rodean la jaula. Entonces cae la piel del león y aparece, despeinado y pálido aún, el simpático secretario Buck Morton.

Oyense silbidos, carcajadas, protestas. Algunas piedras dan en los hierros. Para ponerse a cubierto, los artistas entran en la jaula.

—¡Silencio! —ruega el secretario.

Pasan varios minutos sin que se restablezca el orden.

—¡Ladrón! —grita ahora la señora Sárdenson.

Por fin, Buck consigue ser oído:

—¡Respetable público! —dice—. ¡No hay porqué silbar de ese modo! Sheriff, hágame el favor de guardar ese revólver.

Davies accede, riendo a carcajadas.

—Yo, por fortuna, no soy una fiera —continúa Buck—, y ese rojo que mancha el uniforme de mi amiga Gloria no es sangre, por suerte, sino anilina... un inofensivo truco... Por medio dólar han asistido ustedes a un buen programa circense, seguido de una comedia de adulterio, celos y venganza. ¿Pueden ustedes quejarse?... Fuller y su esposa, que es una dignísima señora, se prestaron a la farsa contando con el concurso de ustedes, con mi talento imitativo y con esta explicación. No hay tales amores clandestinos, ni Fuller, que adora a su compañera, es capaz de exponerla a ningún peligro. Yo propuse la comedia para llenar el circo con los distinguidos vecinos del inolvidable «Despeñadero», pues deseaba recordarles que estamos a 26 de diciembre y que han sido objeto de una buena broma de Inocentes —se inclina—. ¡He dicho!...

Algunos de los chasqueados vuelven a desaprobado. Pero la mayoría ríe, y de las carcajadas pasan a los aplausos.

Poco a poco, los más enojados acaban por batir palmadas y Buck Morton, después de haber estado en peligro de muerte, recibe la ovación más calorosa de su vida.

—Lo estoy.

—¡Entra!

Cesa la música. La artista obedece. Ciérrase tras ella la puerta. Algunas damas no pueden contener el llanto.

—¡Arriba, valiente! —grita ella restallando su látigo.

Menelik se incorpora. Siente la fusta, se yergue, rampante y tira zarpazos a la cinta de cuero que suena en sus orejas, le alcanza y castiga.

—¡Basta! —se oye gritar en la platea.

La exclamación, en lugar de contener, da ánimos a la artista. Anhelantes, los espectadores, la siguen con ojos dilatados, mientras avanza hacia la temible fiera.

—¡Vamos, Menelik!

El león retrocede. Gloria, temeraria, le acusa.

—¡Cuidado!

Es tan angustioso el grito lanzado por la señora Stevenson, que Gloria Fuller se vuelve para mirarla... En ese instante, el león salta hacia la mujer, la voltea y una de sus garras le hiere. En el pecho de la domadora aparece una mancha de sangre.

—¡Fuego, Fuller! —grita el sheriff, avanzando. ¡Fuego, asesino!

El empresario se cruza de brazos. Ante esa actitud, el policía intenta empuñar su revólver. No lo consigue, porque Cascabel se arroja sobre él y dificulta sus movimientos. Luchan.

—¡Suélteme! —grita Davies.

Cuando logra desasirse del clown y, arma en mano, se acerca a los hierros, ocurre una escena inaudita: el león, el luctuoso Menelik, ofrece las zarpas a la domadora, le ayuda a incorporarse, se guarece tras ella y, poniendo a Gloria como escudo entre su piel y el revólver del sheriff, dice con voz ahogada:

—¡No haga fuego, policía!

Davies obedece. Cien espectadores asombrados



TRAS LAS ASPAS DEL

Molino

ROJO

de

Paris



por Renato Villaverde

Medio siglo de girar incesante.— Tiempos de gloria y su decrepita actualidad. Las muchachas de su famosa cuadrilla.— Sus tristes destinos.— “Rayon D-Or”, la única millonaria. Cuna de la Mistinguett y de Mauricio Chevalier.

DEDICAMOS nuestra crónica del domingo último a comentar el cincuentenario de la Torre Eiffel. Hoy diremos algo del Molino Rojo que también en estos días cumple cincuenta años de vida.

Si fuéramos a establecer un paralelo entre la armazón de acero y la popular sala de baile que desde hace diez lustros animan a París con el tipicismo de sus presencias, llegaríamos a la conclusión de que, salvando las enormes distancias que las separan y cada una dentro de su radio de acción, han conquistado una celebridad como pocas cosas la logran en la Capital de Francia.

Pero si tratásemos de escrudriñar sus futuros, nuestros diagnósticos serían bien diferentes. La Torre Eiffel mira hacia el porvenir con gallardía. En la próxima guerra que inevitablemente parece apuntarse en el horizonte, jugará un «role» de primer plano. Será, como ya lo fué entre 1914 y 1918, el más importante vigía de la ciudad y el más enérgico defensor contra los aviones enemigos. Su potente estación de radio captará mensajes y transmitirá órdenes sin descansar un solo instante. Francia, resumiendo, mucho tiene que esperar de la Torre Eiffel en la defensa de París.

En cambio, el Molino Rojo sólo es actualmente una caricatura de su nombre. Desde hace ya varios años arrastra una vejez decrepita. Hace poco se habló de su muerte definitiva, y aunque las aspas de su famoso molino siguen girando en las noches pardas de la Place Blanche, su vitalidad de antaño ha sido escamoteada ante los ojos de los parisienses como si se tratase de un incomprensible truco de prestidigitación. El Moulin Rouge que yo he conocido es el de esta

época de senectud. Nunca una decepción más completa sufrí en París. Mi primera visita al templo de la «cuadrilla» fué un mazazo para mis juveniles ilusiones. Un gran cinematógrafo, como cuarenta semejantes que existen donde quiera, era lo que quedaba prin-

cialmente del Molino Rojo. Junto a la sala oscura en que reinaba el «vitaphone», y como una desvaída atalaya de sus pretéritas glorias, un espacioso salón de baile trataba de reanimar sus glorias de antaño. Me acodé en una mesita junto al «ring» de baile. Bebí un

«pernod» a sorbos lentos. Media docena de pecadoras viejas como el propio Molino Rojo, semejantes a las desgraciadas muchachas de los bajos fondos londinenses que hicieron famoso el nombre de Jacques «el destripador», desgranaban a mi alrededor la aneja de sus sonrisas. Sobre el «ring» de baile compactas parejas de obreros, enlazados a cocineras y criadas, sudaban a los desenfundados acordes de las diabólicas «javas».

Inútilmente evoqué su ambiente de hace cuarenta años. Inútilmente traté de descubrir alguna botella de champagne sobre sus mesas. Mis ojos, inútilmente también, buscaron en sus recodos las sombras de «La Goulue», de «La Sauterelle», de la «Mome Fromage», de «Grille d-Egout», de «Nini Patte en l-air», de «Valentin-le-Désosse». ¿Era posible que en este desierto alambicado se inspiraran las famosas telas de Toulouse-Lautrec? ¿Dónde estaban los armiños, las chinchillas, las gargantas refulgentes de diamantes, los príncipes rusos, de incógnito, cimentando con rublos sus conquistas de amor? ¿Era allí donde Rochefort, Ludovic Halévy y tantos otros quemaban la bohemia de sus noches?

El Molino Rojo, actualmente, es un cementerio de pretéritas glorias y sueños desvanecidos.

o o o

Aunque construido dos años antes, no fué hasta la Exposición de 1889 cuando las aspas del Molino Rojo impulsieron su canción al mundo. La pasada generación que conoció el París de hace unos lustros no ha olvidado sus luces de colores, las banderas que alegraban su sala de verano en las noches de gala, el gigantesco y filosófico elefante traído de la Exposición al Molino, y, sobre todo, la famosa cuadrilla de hermosas y extraordinarias bailarinas que, a los acordes del can-can, levantaban sobre la perfección de sus pantorrillas los amplios vuelos de sus faldas multicolores y mostraban tras la interrogación de sus enaguas de encaje, los misterios crepitantes de sus carnes de seda, refulgentes y tentadoras, entre los histrionismos de los comas desarticulados.

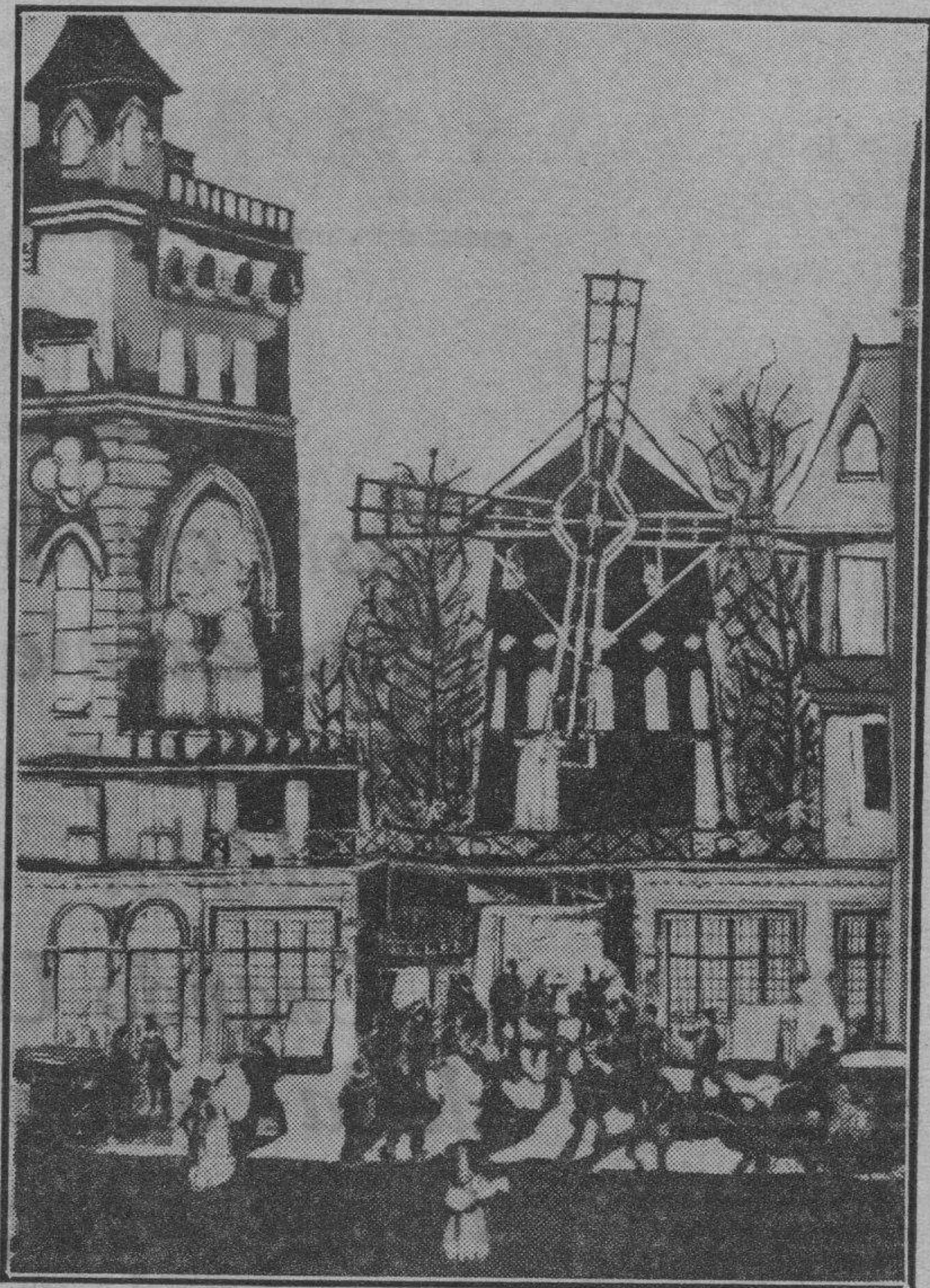
Las deliciosas muchachas, que fueron también expertas bailarinas del can-can, dieron al Molino Rojo la fama. Ellas desaparecieron, pero la celebridad del templo de la Plaza Blanca, de Montmartre, perdura en la mente de todos los extranjeros. A casi todas las amadoras intensamente. Casi todas también hollarán troncos dorados con sus pantorrillas perfectas. Pero todas, con excepción de una sola, dieron un puntapié a la fortuna. Sus finales resumen el precio que cobra la vida a las sacerdotisas del arte y del placer.

Estas muchachas han grabado sus nombres en el libro del arte frívolo. Fueron las «pioneras» del «music-hall» transplantado al cabaret. Hace cincuenta años, cuando nuestros abuelos deambulaban por los bordes del Sena contemplando la Exposición, una sala pública de baile era algo que escapaba a las ambiciones del minuto. La palabra «dancing» se escuchaba como una expresión exótica que no se había familiarizado en el terreno de las realidades. La oportunidad de ver bailar a jóvenes danzarinas fuera de un escenario alejado de la codicia de los ojos y desprovistas de las pudorosas mallas que cubrían las piernas, para contemplarlas a pocos pasos de distancia, levantando los tacos a la altura de la cabeza, calzadas con medias caídas y polícromas ligas de indiscreción incitante, era un plato bien condimentado que tenía por fuerza que despertar los arrebatos de las gentes.

Y allí fué todo París. Los ricos, los pobres, los elegantes, los bohemios, los artistas, los extranjeros con sus trajes exóticos y sus carteras repletas. El París que cantado siempre comenzó a levantar la pierna en el corazon de Montmartre. Europa se estremeció. Los acordes del can-can resonando sobre el tabladillo del Molino Rojo se impulsieron en el mundo. Tres docenas de muchachas cimentaron el milagro con sus rítmicas aventuras...

La Goulue fué una de las más célebres «vedettes» del Molino Rojo. A los diez y seis años hacía volar sus ilusiones sobre el agobiante trajín de su oficio de lavandera. Pronto la libélula habría de trocarse en mariposa y romper los barrotes de su jaula. A los diez y siete años sus piernas perfectas trazaban arabescos de luz en el romántico jardín del Molino Rojo. Toulouse-Lautrec, el enano genial de la pintura, inmortalizó su recuerdo en su maravillosa paleta. Príncipes millonarios cambiaron sus besos por gruesos diamantes. Cuando su juventud, elevada sobre una pirámide de oro, perdió la turgencia de su morbideces. La Goulue emigró del Molino. Se convirtió en domadora de fieras. A punto estuvo de morir bajo la garra de uno de sus leones. Abandonó el circo y se dió a la tarea de dilapidar su fortuna. Hace justamente diez años, en

El internacionalmente popular Moulin Rouge, de París, enclavado en la Place Blanche de Montmartre, tal como aparecía en la ya lejana fecha de 1900. Numerosas modificaciones posteriores dieronle carácter más elegante, pero jamás ha igualado en prestigio al que disfrutaba en aquella fecha. Posteriormente sufrió, entre las innumerables vicisitudes de su dilatada existencia, un pavoroso incendio, reconstruyéndose después. La estampa parisina del 900 permanece, no obstante, en la retina de cuantos le visitaron y gustaron de su arte siempre atractivo



1929, murió ignorada en uno de los hospitales de París.

Todas fueron ricas porque todas eran bellas. Y todas también, al correr de los años, murieron en la miseria víctimas del despilfarro y la imprevisión. Basta narrar la vida de una de ellas para conocer el fin triste de las demás.

Entre todas las víctimas del Molino Rojo, la única que escapó al desastre en el ocaso de su existencia, fué «Rayon d-Or», y ello quizás porque el destino no quiso empalidecer su pseudónimo.

Rayon d-Or, aunque parezca una broma, debió a Edison su porvenir dorado. Mientras ella bailaba en el Molino Rojo rodeada de mil admiradores, estaba en París un representante del «mago de Menlo Park» que había ido, algún tiempo antes, a demostrar ante la severa Academia de Ciencias la realidad de su último invento: el fonógrafo. Mucho trabajó el enviado de Edison para convencer a la incrédula asamblea de la realidad de la invención. Flammarión nos cuenta sobre este encantador asunto, lo siguiente:

«Aquel día de hilarante memoria asistía yo a la sesión de la Academia de Ciencias. El físico du Moncel presentaba el fonógrafo de Edison a la docta concurrencia. Una vez hecha la presentación se puso el aparato a recitar dócilmente la frase registrada en el disco. Entonces se vió a un académico de edad madura, de espíritu penetrado, saturado incluso de las tradiciones de su cultura clásica, revelarse noblemente contra la audacia del innovador, precipitarse sobre el representante de Edison y gritarle, cogiéndole por el cuello: «¡Miserable, no conseguirá engañarnos un ventrílocuo». Ese miembro del Instituto —continúa escribiendo Flammarión— se llamaba el señor Bouillaud; y no es lo más curioso lo referido, sino que, seis meses después, en una sesión análoga, tuvo a honor el declarar que «después de maduro examen» no había para él, en aquel asunto, sino un caso de ventriloquía y que «era inadmisibile que un vil metal pudiera reemplazar al noble aparato de la fonación humana»...

Durante largos meses pasó trabajos ímprobos el representante de Edison para convencer a los sabios de la Academia de Ciencias de París de la realidad del fonógrafo. Logrado su objeto, distraía sus labores diurnas con la asistencia nocturna al Molino Rojo. Allí conoció a Rayon d-Or. Allí se enamoraron ambos jóvenes. Después, el triunfo rotundo del fonógrafo abrió las puertas de la fortuna al amante de Rayo de Oro. Juntos emigraron a América. Juntos fueron apilando millones de dólares en su camino. Y la mariposa brillante del Molino Rojo se convirtió en una rutilante dama del Park Avenue newyorquino.

Esta crónica se alargaría inconmensurablemente si continuásemos hablando de los recuerdos que en cincuenta años se apilonan tras las aspas dinámicas del Molino Rojo. Al susurro de su girar incesante—cuando años más tarde se convirtió en el primer teatro frívolo de París—las clásicas piernas de la Mistinguett —las más bellas de Francia— elevaron la fama de su nombre a alturas interplanetarias. Después, bajo la protección cariñosa de la Mistinguett, y siempre desde el trampolín prodigioso del Moulin Rouge, había de surgir el nombre internacional del primer fantasista de Francia: Mauricio Chevalier...

Ahora el Molino Rojo es un cinematógrafo que desliza películas de «gangsters» y extravagancias equinas de «cow-boys». Su sala de baile, marchita y anémica, es bolsa de caricias «bon-marché» y punto de cita para las ilusiones de las cocineras.

Sus cincuenta años recogen toda la tragedia de la vejez. Y sólo las aspas rojas de su molino, en su girar orgulloso, bajo las noches infinitas de la Place Blanche, hacen pensar al transeunte optimista que el templo de las inolvidables cuadrillas no ha perdido su fausto de antaño. ¡Triste ilusión de los sentidos! Su destino será trágico, anodino, cubierto del polvo como el de aquellas mocitas que cimentaron su gloria sobre sus pantorrillas perfectas...

Abril, 1939.

LA LOTERIA

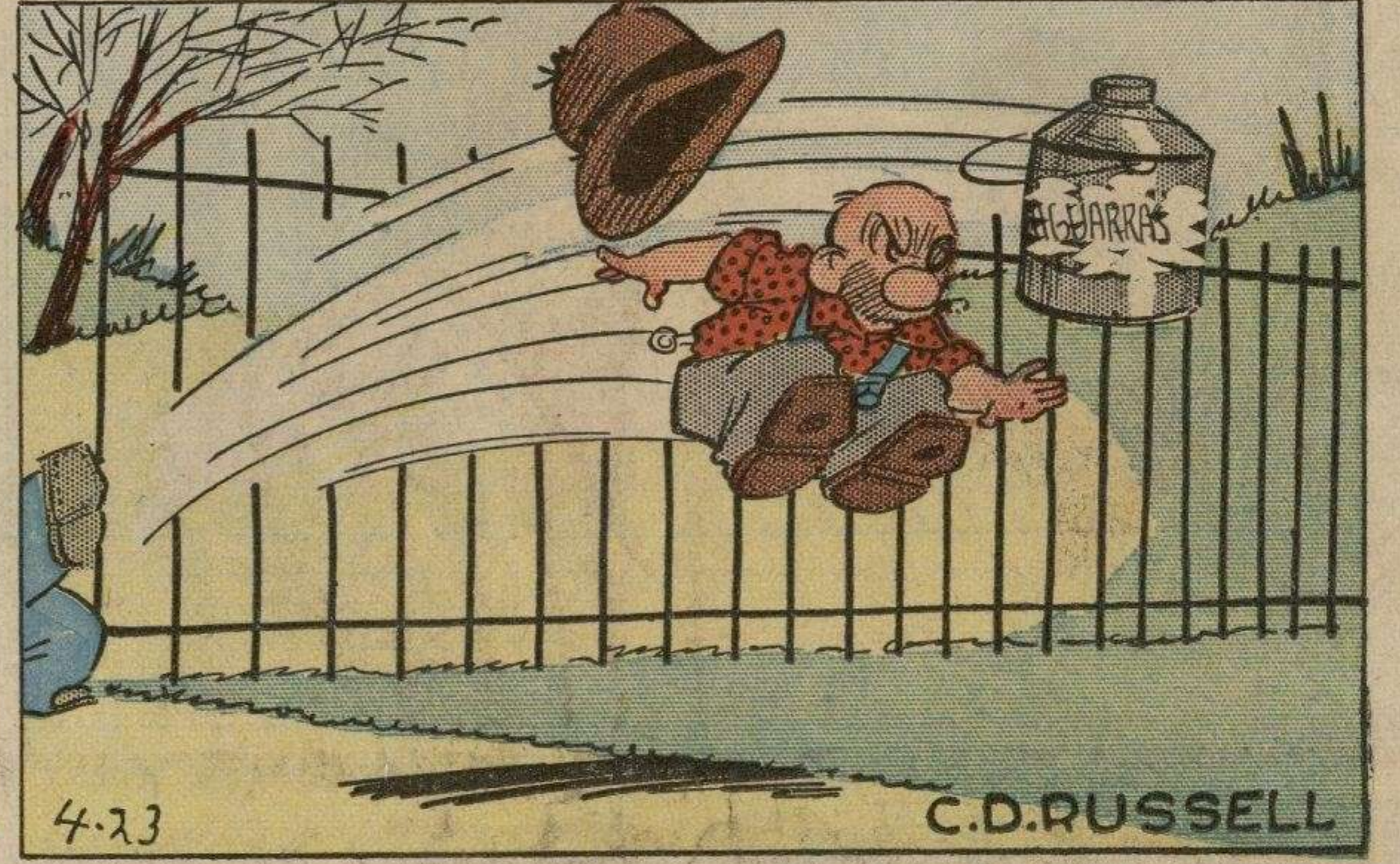
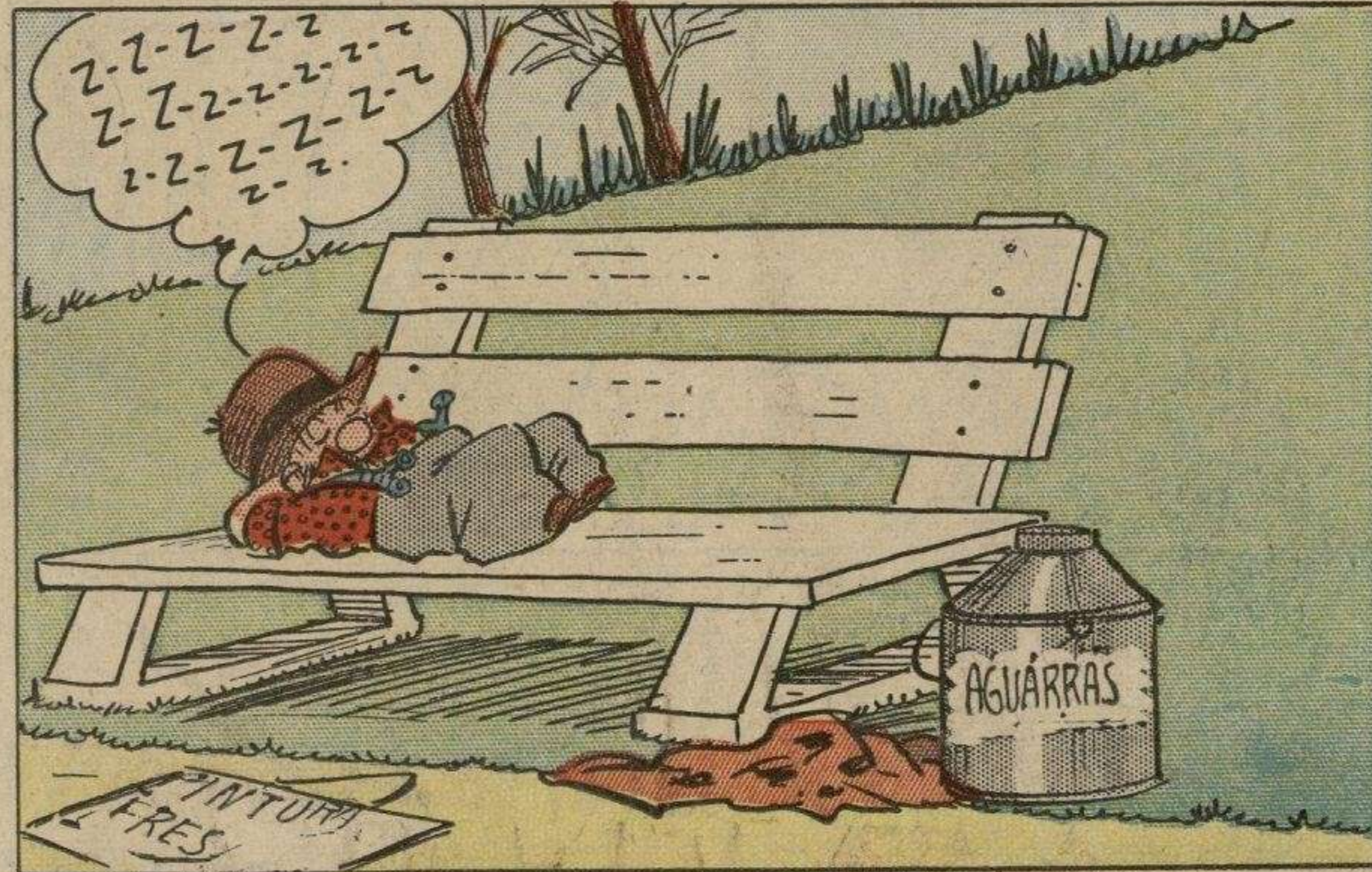
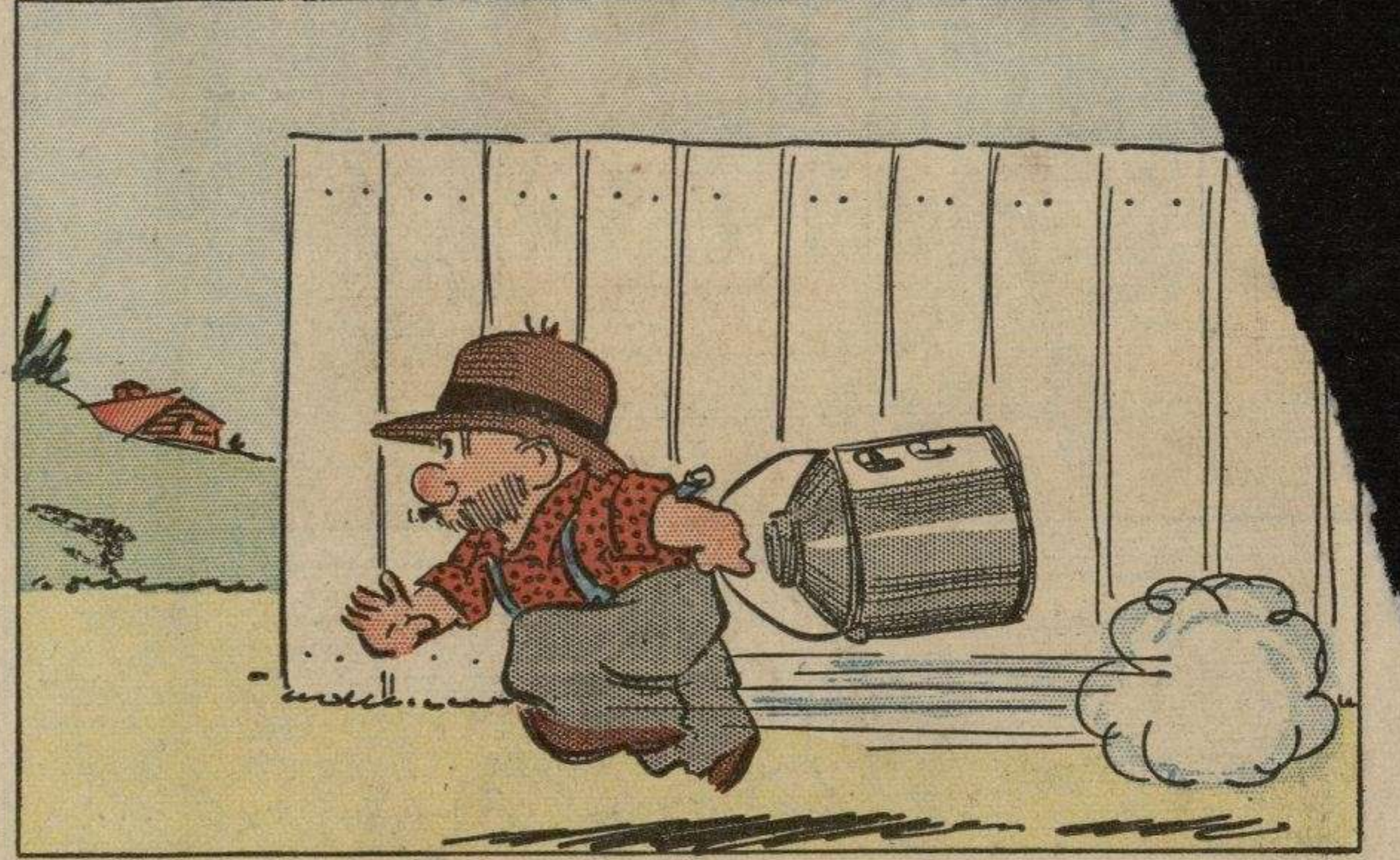
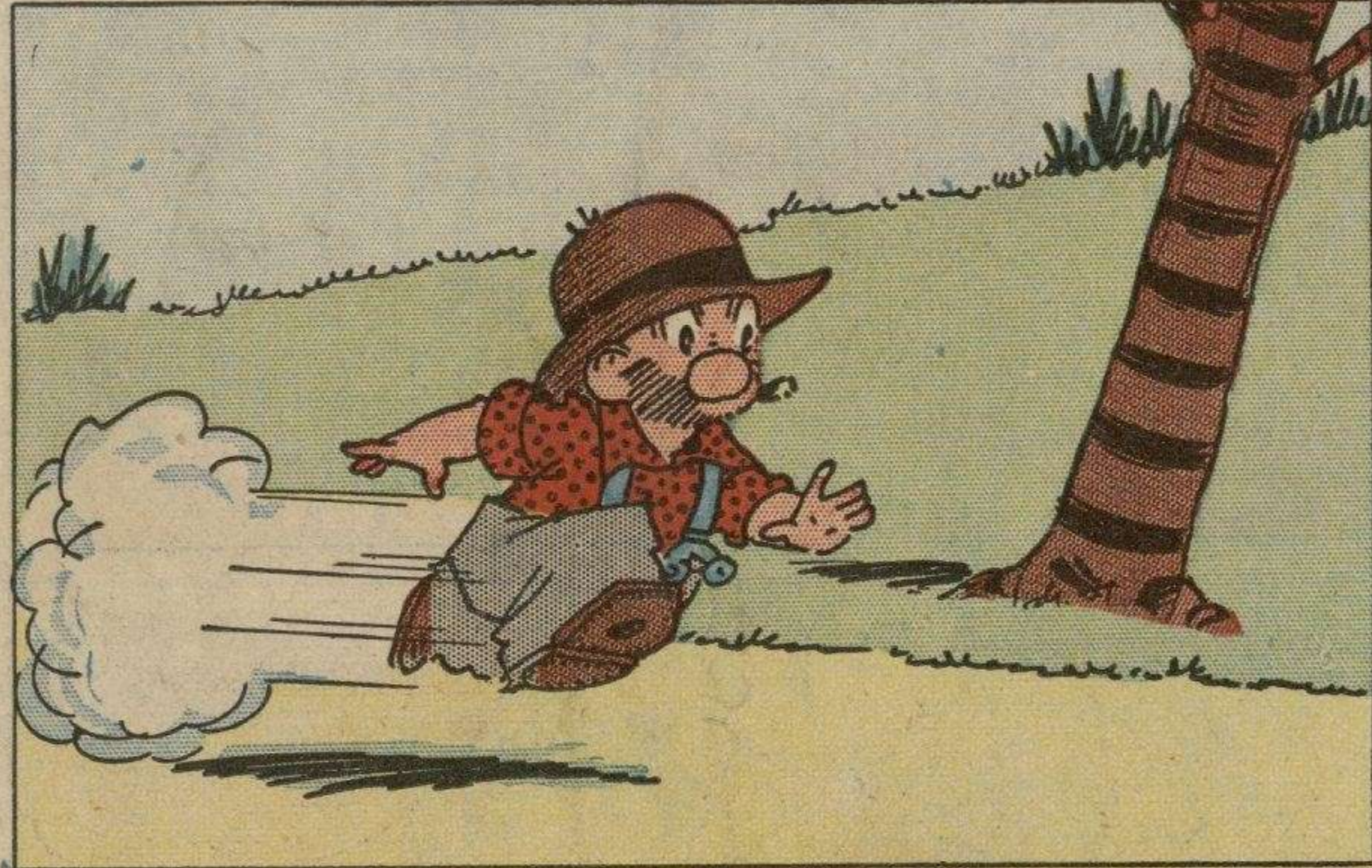
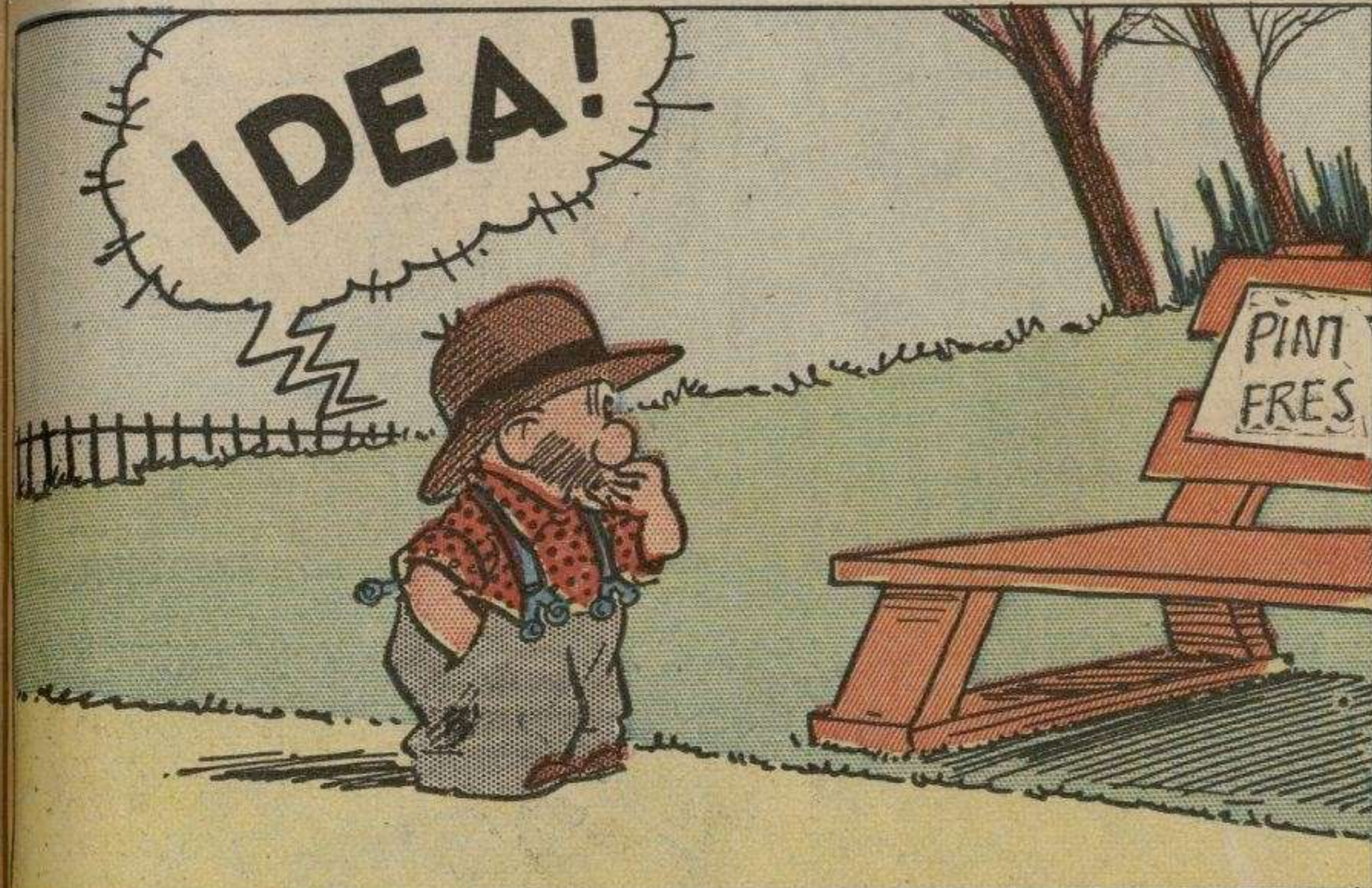
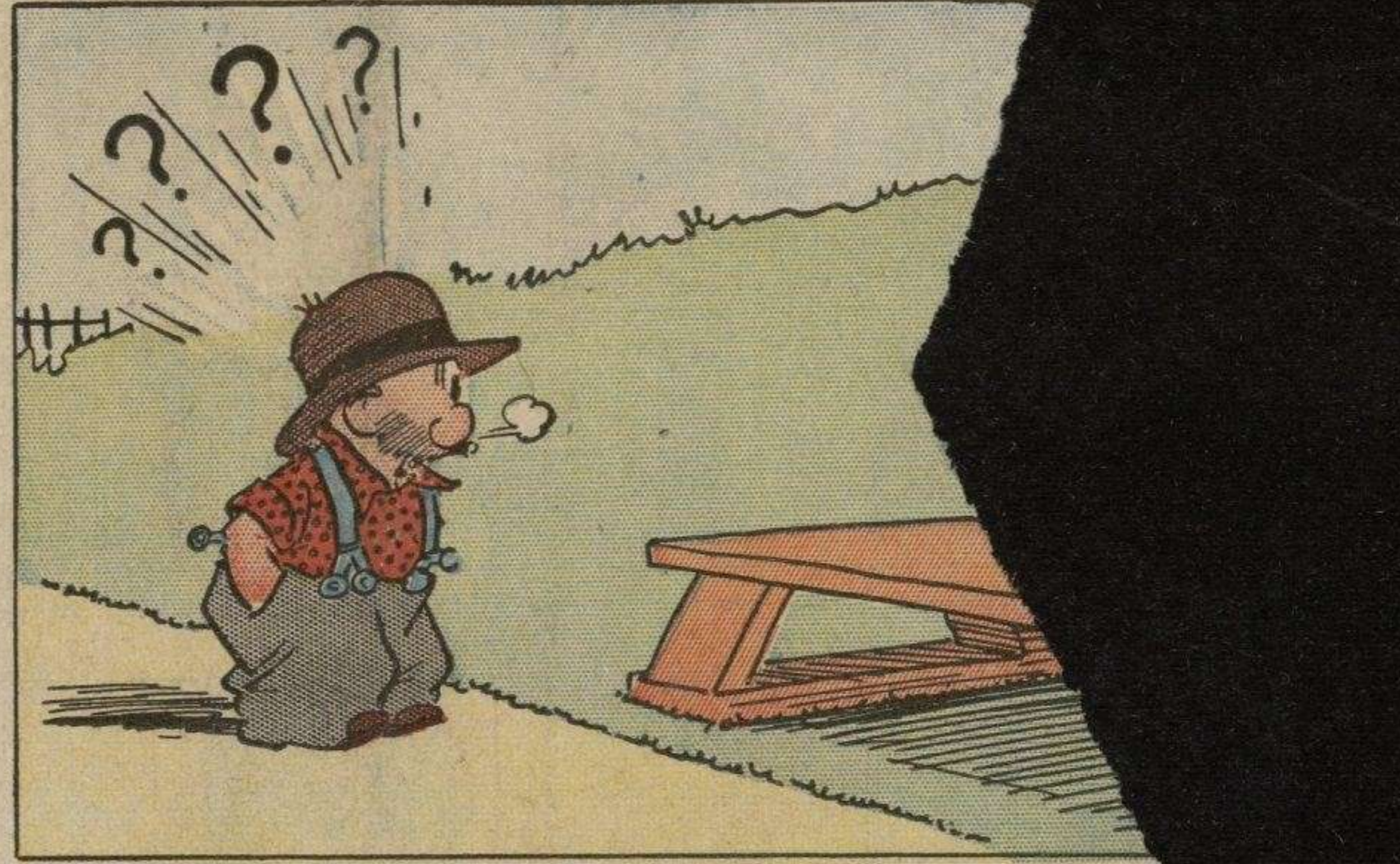
NACIONAL

está creada para responder al sostenimiento de los niños, enfermos y desvalidos de la República.

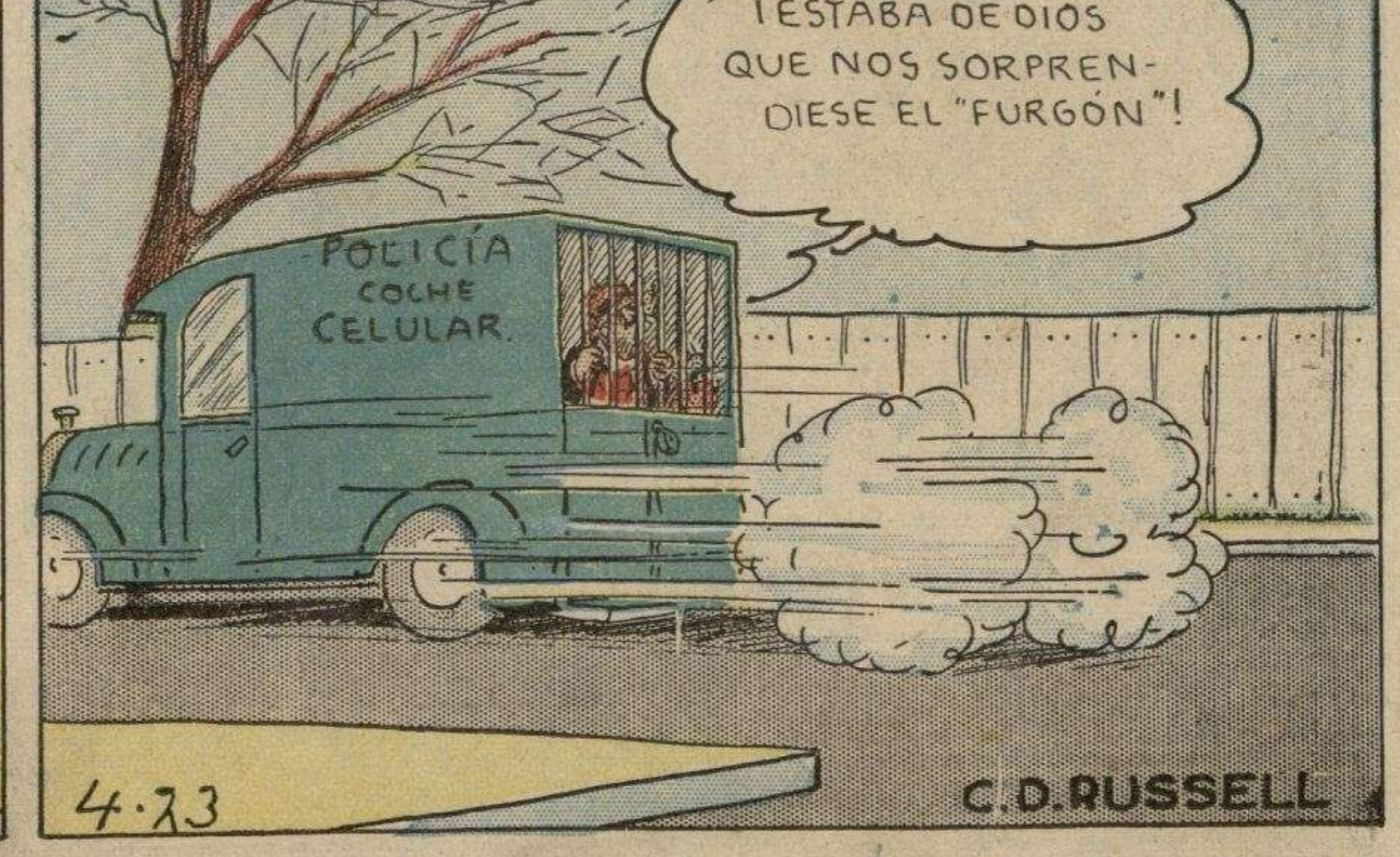
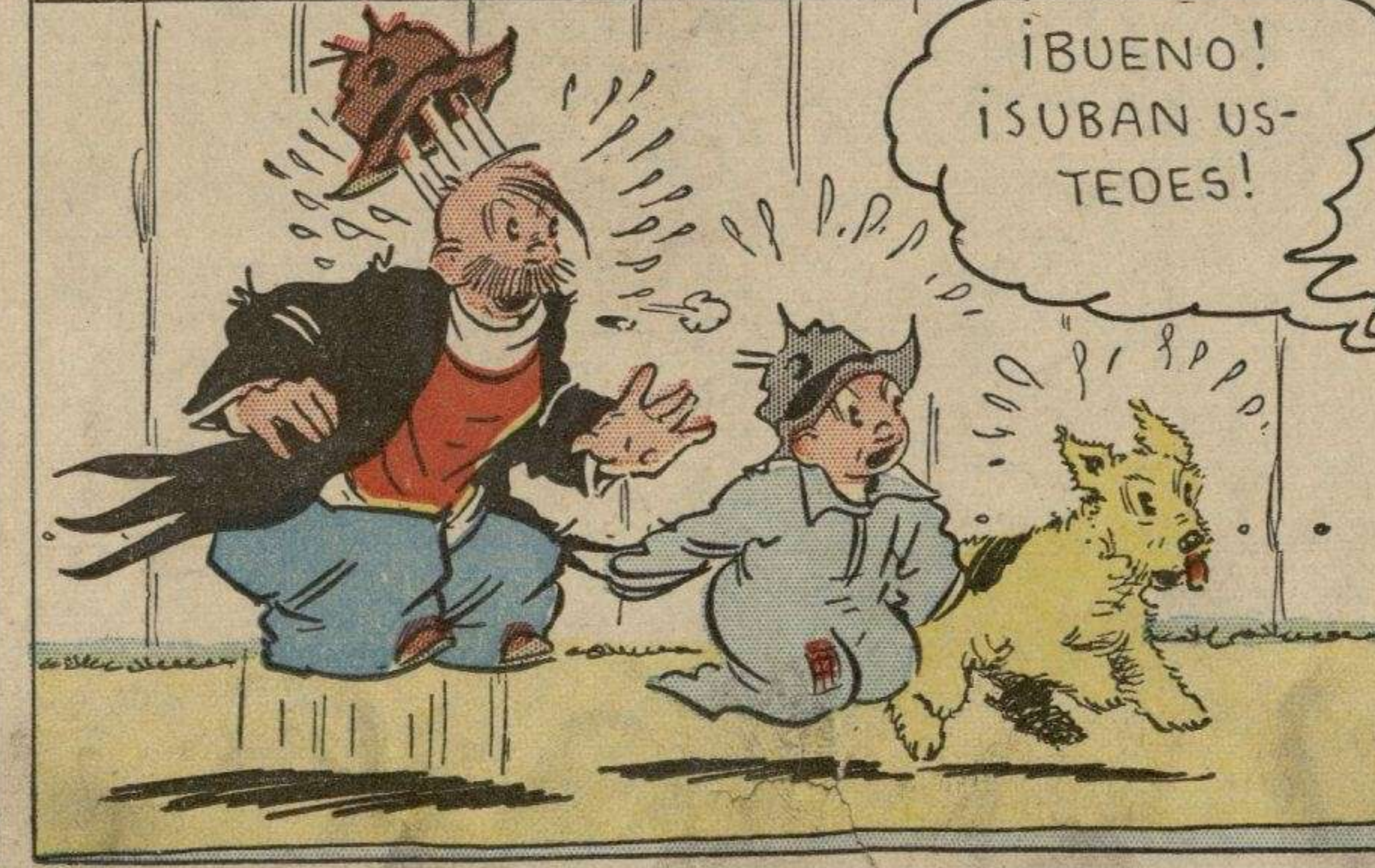
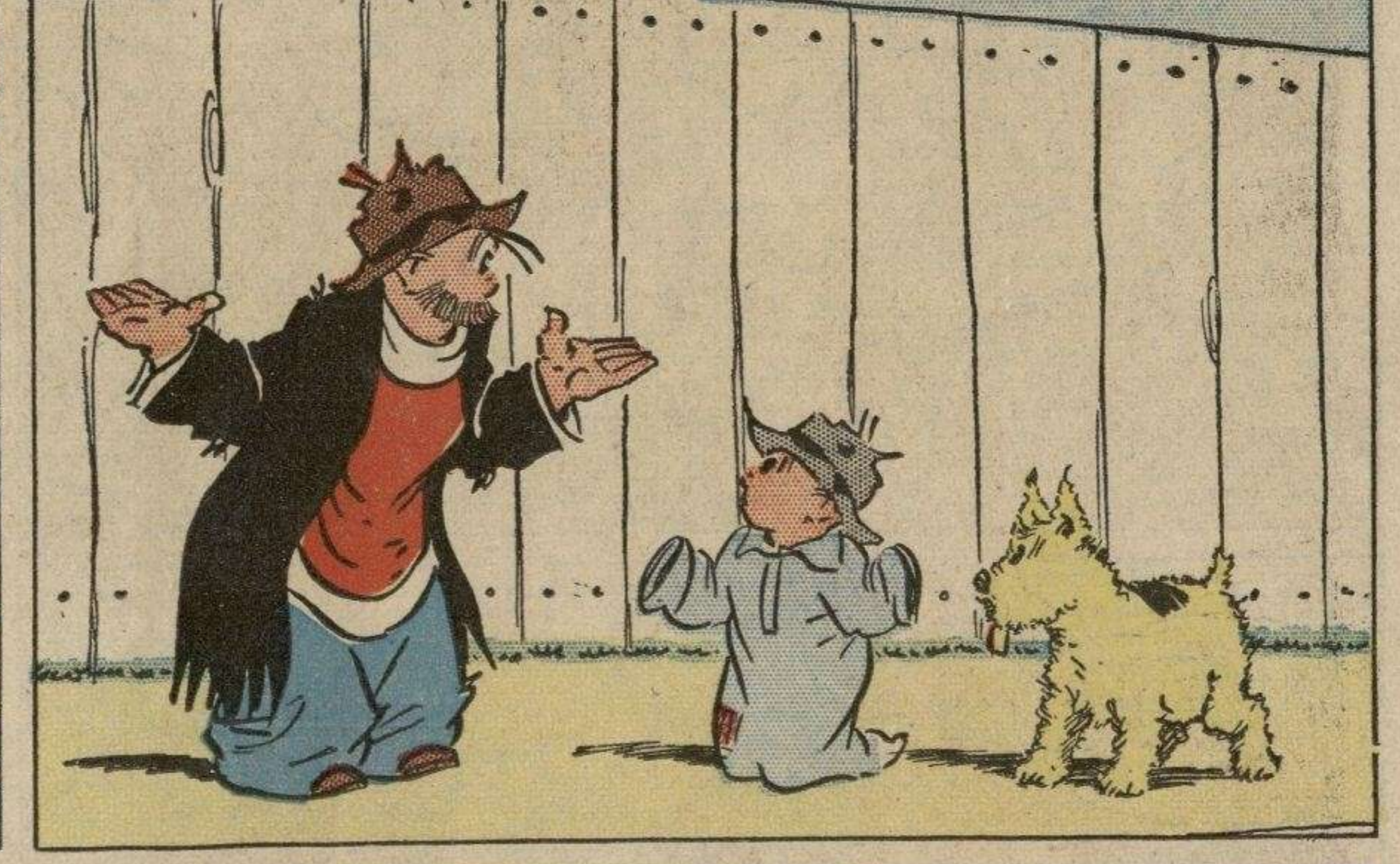
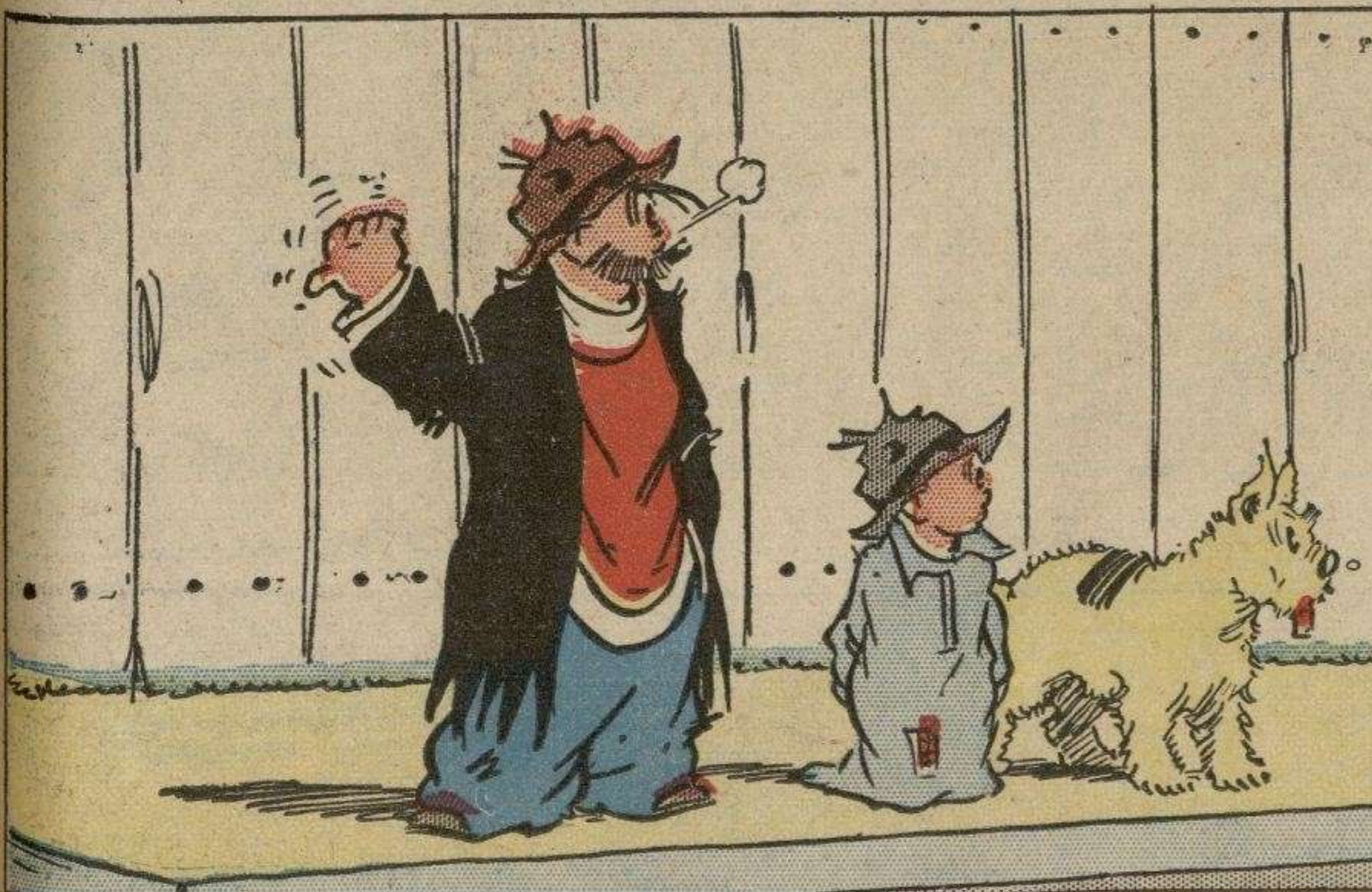
Cuando Ud. juega billetes de la Lotería Nacional y boletos de Beneficencia, no sólo busca su futuro feliz sino que presta su ayuda a miles de infelices.

No juegue clandestinamente, pues de esa manera deja de ayudarse a sí mismo.

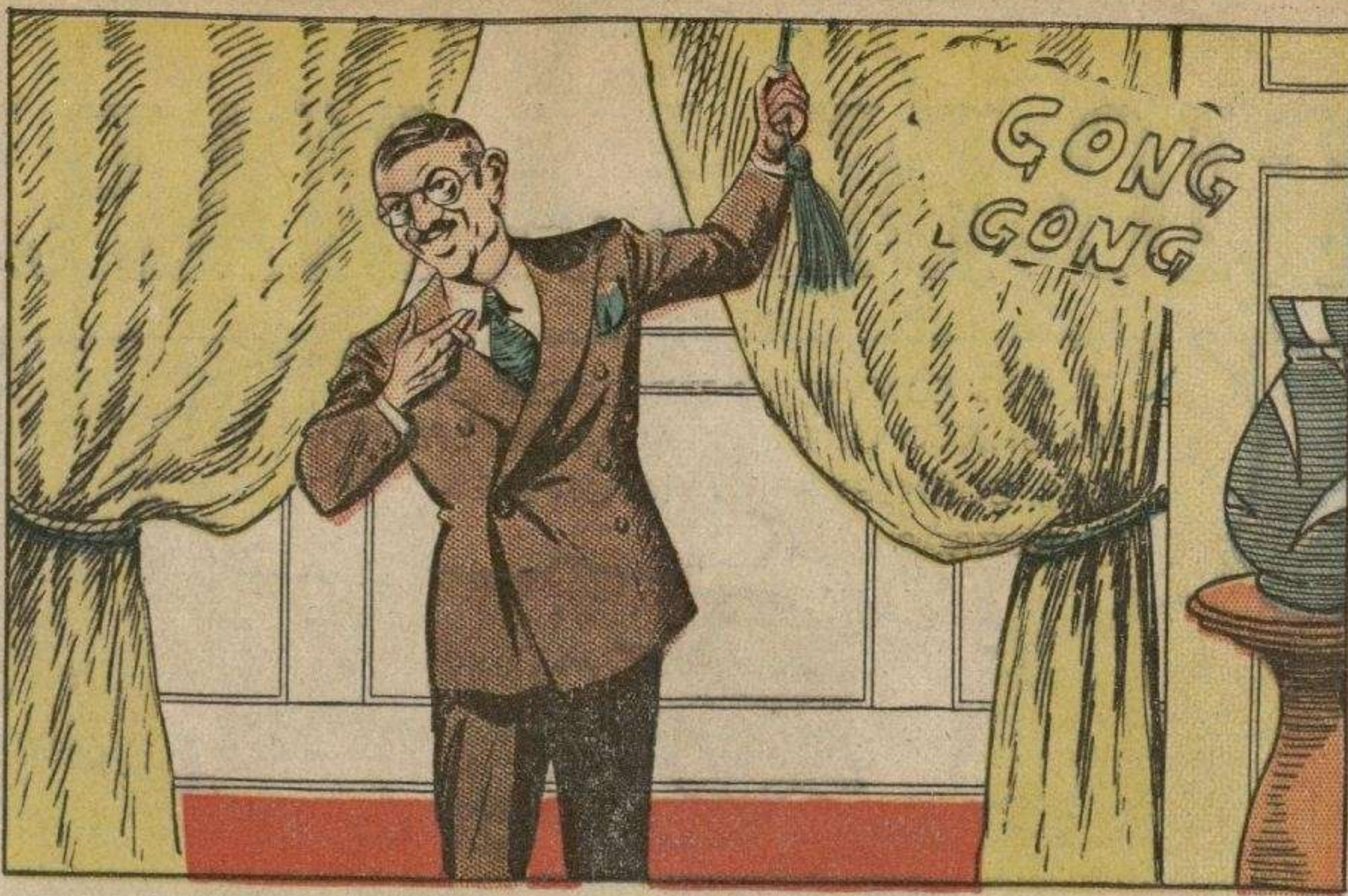
A PARTIR DEL SORTEO DEL DIA 3 DE MAYO, GUARDE LOS BILLETES QUE NO LE SALGAN PREMIADOS. LA COMPAÑIA NACIONAL DE REINTEGROS LE DA LO QUE USTED PAGO POR ELLOS. GRANDES REGALOS.



PEDRO HARAPOS



DESTINO RIZOS

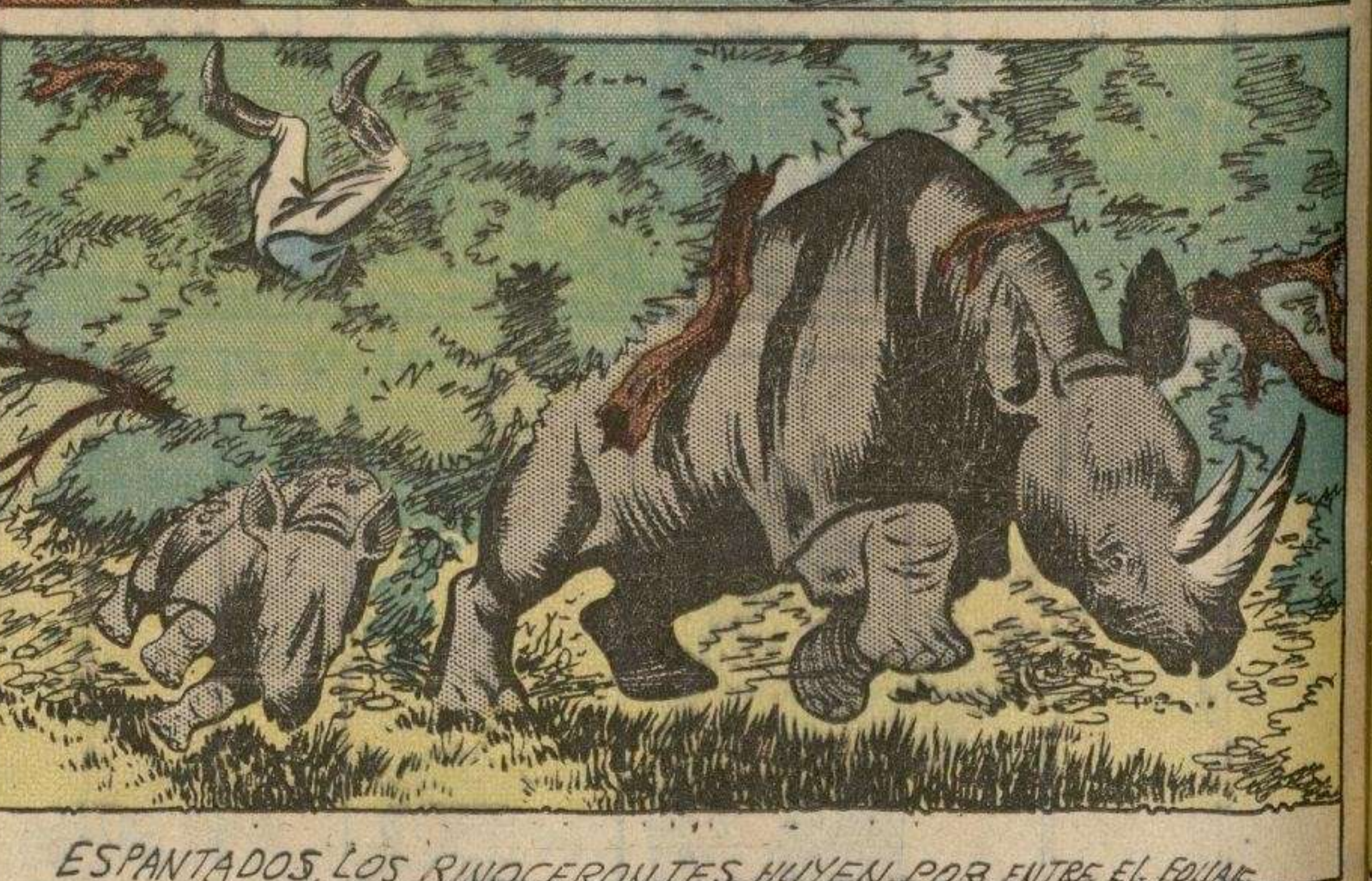
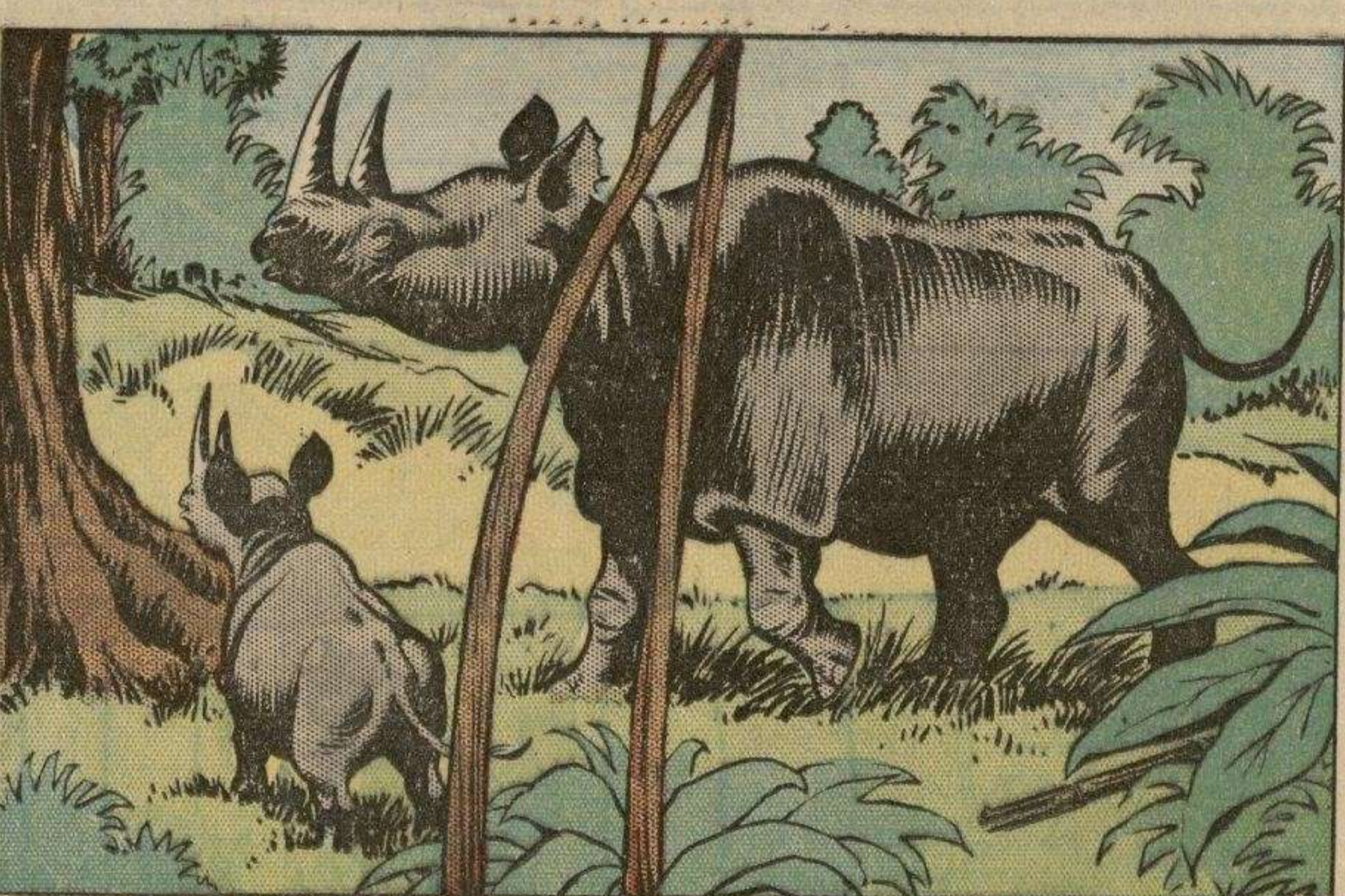


4-23

CONTINUARA

AVENTURAS DE AGUILUCHO

Lyman Young



ESPANTADOS, LOS RINOCERONTES HUYEN POR ENTRE EL FOLIAJE



CONTINUARA



WONG LO

EN SU AFÁN DE OBSEQUIAR A WONG LO, LOS INDÍGENAS, CON DESTREZA PRODIGIOSA, CONSTRUYEN UN BARCO SIN EMPLEAR OTRO MATERIAL QUE BAMBÚ DE DIFERENTES ESPECIES.



¡CARAMBA! ¡QUÉ MILAGRO! ¡UN BARCO DE PURO BAMBÚ Y SIN NADA DE METAL, NI SIQUERA UN CLAVO!



¡SOY UN GALOPÍN, SI PUEDO CREER A MIS PROPIOS OJOS!... ¡PARECE MAGNÍFICO, EN LA PLAYA! ¡SI NAVEGA, ES UNA MARAVILLA!



CON LAZÓN ESTÁ ESCALTO: SI NO HUBIERSE NUBES, ¿QUIÉN GUSTARÍA LE TOMAR EL SOL?



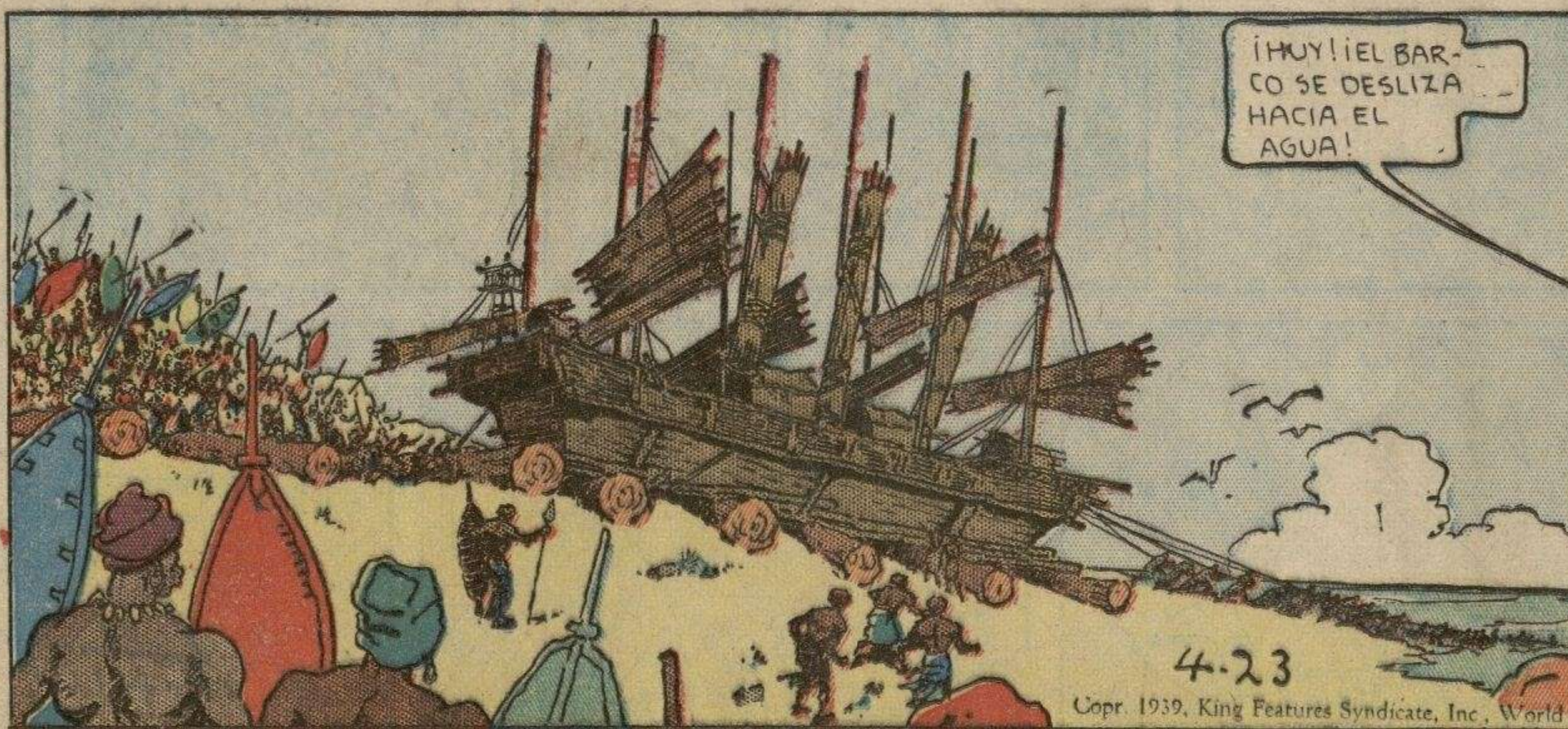
¡LA LENGUA INALECUALA LE ESTA INÚTIL PELSONA ES IMPOTENTE PALA EXPLESAL NUESTLO PLOFUNLO AGLALECIMIENTO POL EL LEGALO LE ESTE BALCO!



¡EL HONORABLE JEFE LES SUPLICA ACEPTAR CON BENEVOLENCIA ESTA HUMILDTUD POR HABER SALVADO A SU TRIBU DE UNA MUERTE HORROROSA!



¡EN LAS TUMBAS SAGLALAS LE LOS HONORABLES ANTECESORES LE ESTE POBLE NECIO ESTÁ INCLUTO: MÁS VALE SALVAR UNA VILA QUE EDIFICAR UNA PAGOLA!



¡HUY! ¡EL BARCO SE DESLIZA HACIA EL AGUA!



¡ESTE BIEN ALCANZA LO TRIUNFO SELÁ CONMEMORALO CON GRANLES FESTEJOS Y MÚSICA LE BATINTINES!

4-23

Copyright 1939, King Features Syndicate, Inc., World rights reserved.

ANITA Y SUS AMIGOS

Registered U. S. Patent Office

Brandon Walsh



¡CARAMBA, "HUESITO", QUÉ SUERTE TENEMOS TÚ Y YO! ¡LA SEÑORA FLORES YA NO ESTÁ ENFADADA CON NOSOTROS!



ANTES DECÍA ELLA QUE YO ERA UNA NIÑA SIN HOGAR Y SIN NADIE QUE RESPONDIERA DE MÍ: QUE TÚ Y YO DEBIÉRAMOS ESTAR ENCERRADOS EN ALGÚN HOSPICIO PARA NUESTRO PROPIO BIEN.



... Y SEGUN EL SR. BARNES, POR HOSPICIO ELLA QUERÍA DECIR CARCEL, ASILO DE HUÉRFANOS, PATIO DE LACEROS... PERO YA NO TENEMOS QUE PREOCUPARNOS.



PORQUE DICE EL SR. BARNES QUE PARA NUESTRO PROPIO BIEN ÉL VA A ADOPTARNOS. ENTONCES YO SERÉ ANITA BARNES Y TÚ "HUESITO" BARNES, Y TODO SERÁ MAGNÍFICO.



EL VIEJO BARNES ES DE BUEN CORAZÓN; PERO TE DIGO QUE NO LO DEJARÁN ADOPTAR A NADIE.



¿QUIENES NO LO DEJARÁN, Y POR QUÉ? ¡TÚ HABLAS COMO SI ÉL QUISIERA COMETER UN CRIMEN! ¡VAMOS, HOMBRE!



YO NO HE HELCHO LAS LEYES, PERO SE QUE PARA ADOPTAR A UN NIÑO, TIENES QUE CONVENCER A UN JUEZ O A ALGÚN TRIBUNAL DE QUE ERES UN CIUDADANO RESPONSABLE Y PUEDES PROPORCIONAR UN HOGAR A TU AHITADO.



¡BUENOS SON USTEDES PARA OPINAR! ¡TODO EL MUNDO SABE QUE BARNES ES UN CABALLERO! ¿NO ESTÁ A PUNTO DE RECIBIR UN CHEQUE POR \$1.000? ¿Y NO TIENE UN HOGAR AQUÍ? ¡VAMOS!



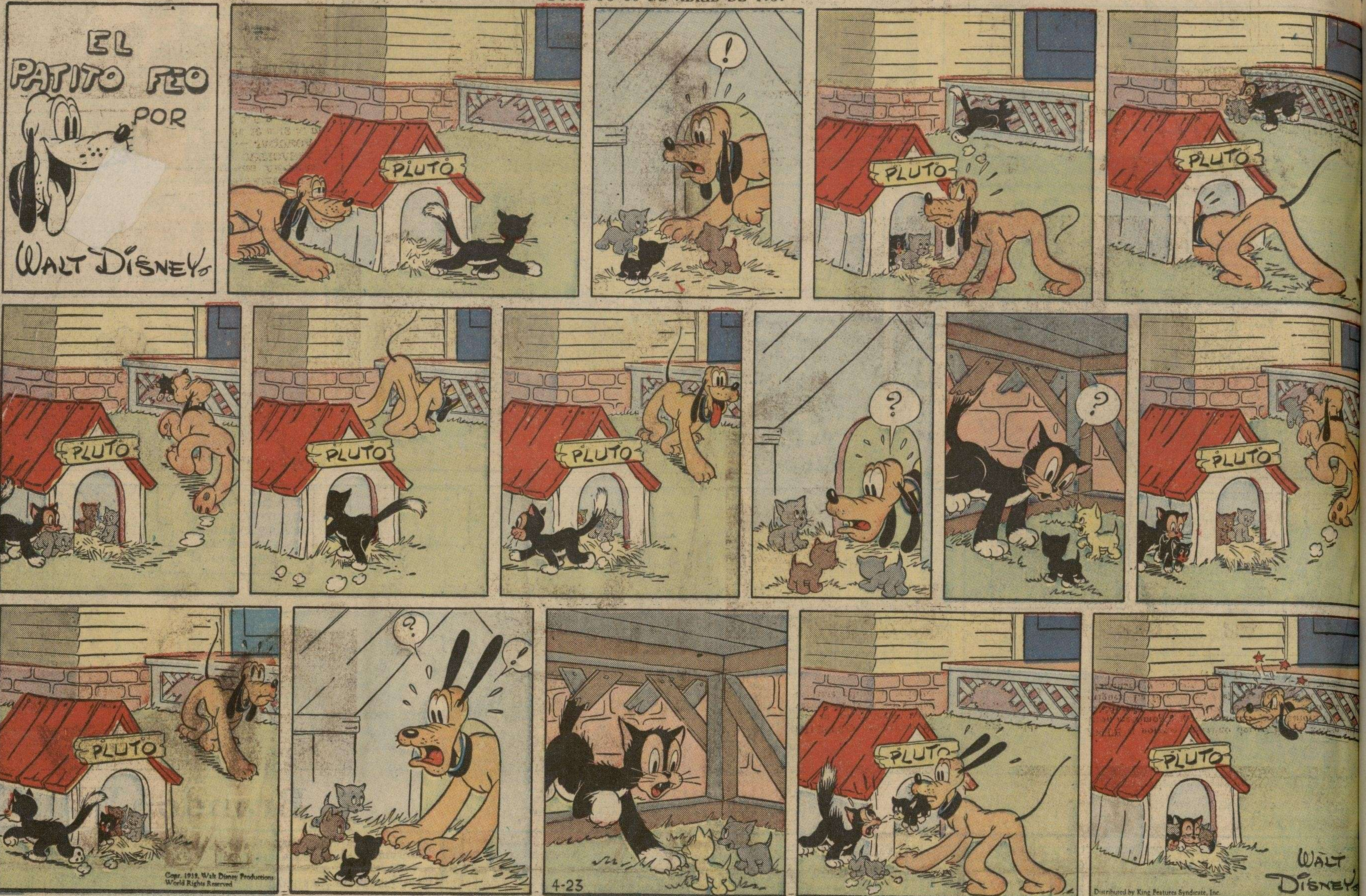
¡CARAMBA, "HUESITO"! ¡SI EL JUEZ DICE QUE EL SR. BARNES ES DEMASIADO VIEJO Y POBRE, QUÉ VERGÜENZA PARA ÉL Y QUÉ PENA PARA NOSOTROS!

4-23 N. Brown



DIARIO DE LA MARINA

DOMINGO 30 DE ABRIL DE 1939



EL RATON MIGUELITO

REGISTERED U.S. PATENT OFFICE

